

Marta Lopetegui

LOS PLEBEYOS

blatt & ríos

LOS PLEBEYOS

MARTA LOPETEGUI

blatt & ríos

Índice

Cubierta

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Sobre la autora

Créditos

Otros títulos de Blatt & Ríos

Capítulo 1

El vuelo llegaba el lunes a las 6:40 AM. Estaba casi sin dormir.

Su jefe no había aceptado mandarle un remis. “Tenemos que ir nosotros”, le dijo. “Nosotros”, y lo mandó a él.

Habitualmente zafaba, pero esta vez estaba empezando a compensar unos días que pediría para irse a Rosario. Necesitaba puntos a favor en ese juego de la oca que era su trabajo. Cartelito en mano, una hoja con el membrete de la compañía y abajo escrito grande con marcador: “Manuel Cisneros Díaz”.

Cuando se abrió la puerta tuvo la misma sensación de siempre: ¿por qué los viajeros se visten ridículos cuando viajan?, ¿qué les cuesta averiguar qué temperatura hará en destino? Habiendo tanta ropa neutra, zapatillas por ejemplo, ¿por qué algunos se empeñan en llegar a Buenos Aires a las siete de la mañana de un día de julio en ojotas?

Iban saliendo algunos, que miraban con cara de náufragos a ver si alguien los había ido a buscar. Dos mujeres medio grandes que se habían hecho íntimas en la valla que separa a los viajeros de los buscadores de viajeros esperaban a los hijos que se volvían. Los dos se habían ido con la crisis de 2001 de acá y se volvían con la crisis de 2011 de allá. Parecían hermanas, seguramente si se hubieran encontrado antes habrían comparado las tenencias, los logros, los viajes, los poderes; ahora competían para ver cuál de los dos hijos había caído más bajo. Hasta sospechaban las dos que había cosas que no les habían dicho para que no se amargaran.

Salió la tripulación, impecables, hasta felices parecían. Por los altoparlantes las aerolíneas avisaban que llegaban o que se iban.

Apareció por la puerta. Venía de traje, como recién bañado y con calzoncillos limpios, bastante alto, pelado a propósito. Ni bien lo vio no tuvo dudas de que se depilaba todo. Sonrió y se dio cuenta de que era él porque haciendo como una pistola con la mano derecha disparó el índice y le dio al

cartelito. Traía un juego de valijas, “maletas” les diría, buenas, caras pero no ostentosas. Como bolso de mano traía un morral de cuero negro como las valijas, que no le iba con el traje pero que tampoco chocaba. Buenos zapatos.

Se paró un poco antes de encontrarse y saludarlo. A Manuel le sonó su teléfono. Una llamada de trabajo, dio instrucciones, esperó una respuesta y cortó, medio seco. Sonriendo, mientras le estiraba la mano, le dijo:

—La diferencia horaria, están casi cerrando.

Cuando le fue a estrechar la mano se dio cuenta de que le tenía que dar un apretón y listo, si era medio fuerte mejor. Beso, en la oficina se daban beso todos con todos. Pero enseguida se dio cuenta de que el español era de los que besan a la madre y a las hermanas nada más. ¿A la novia? Hummm, no le pareció que fuera de los que tenían novia. Mucha facha pero algo olió que lo hacía dudar de que estuviera de novio. Linda voz tenía. Arrancó diciendo:

—Joder, que te he hecho madrugar. Por mí estaba bien que me mandaran un coche de una agencia vuestra, pero han insistido: que no, que irá por ti una de nuestras promesas, un joven muy emprendedor, así en el viaje te va poniendo al corriente. ¿Será largo el viaje? Al hotel primero, por favor, que me tengo que duchar y hacer algunas llamadas.

El carro cargado con las maletas chocó con una azafata de Lufthansa, una alemanita preciosa, y Manuel se puso a gorgorrearle, que si estaba bien, que si le dolía algo, que cómo hacía para disculparse. A ella no le había pasado nada, lo miró, entornó lo ojos, se ve que le gustaba el acento de Manuel, y esperó a que avanzara. Nacho se corrió y lo dejó hacer. Hubo un revoleo de teléfonos y se dieron cuenta de que paraban en el mismo hotel. En algo quedaron, pero quedaron en inglés y Nacho entendió lo que pudo.

Tuvo otra vez la misma sensación de sequedad vital. Le parecía que no corría líquido por sus venas, eso le pasaba cuando no dormía, cuando no dormía bien, cuando sentía que algo de todo el montaje fallaba mucho. Él no quería estar ahí, no quería estar haciendo eso. Nacho sabía que era hora de arremangarse, de dejar de hacerse el distraído y de empezar a actuar y a la vez de dejar de actuar como un actor que se la pasa metiendo bocadillos. Ya no esperaba un protagonista, pero ser un actor de reparto, un extra con algunas líneas, ya lo tenía cansado.

¿Cómo había que hacer?, ¿cómo era que se tomaba el toro por las astas y se dejaba de ver espaldas y más espaldas, siempre por detrás?

Manuel le dijo:

—Cada vez que vuelo más de diez horas en lugar de jet lag tengo un subidón de adrenalina brutal. Llévame al hotel, una buena ducha, un desayuno bien proteico y arrancamos. ¿Me llevarás a un buen lugar a tomar algo por la noche o eres de los que se cansan fácilmente tú? —Mientras hablaba avanzaba hacia la salida, sin hacerse cargo de sus maletas, su abrigo, su carro y su lacayo.

El viaje duró lo que dura un viaje Ezeiza-Recoleta a esa A las 7:22 pasaron por el peaje del aeropuerto y, como siempre, guardó el ticket. Después no los cobraba, no tenía claro si debía pasar el gasto o si eso en realidad era un honor, poner el auto, poner el sueño, ponerse al servicio.

Hasta unos meses atrás se había atrevido a pensar que sus sueños y él mismo tenían límites que no estaba dispuesto a negociar. Después entendió que se negocia cuando hay otro negociando por la cosa, que hasta la negociación con él mismo la había ido perdiendo despacito.

Llegaron al hotel, Manuel se bajó sin importarle dónde dejaría Nacho el auto y las maletas. Retrocedió, se acercó bastante a la ventanilla y le dijo:

—Me ducho y bajo, ¿subes conmigo o me esperas a desayunar? Espérame aquí mejor, haré más rápido si no me estoy chocando contigo mientras me cambio.

Se veía que Manuel estaba acostumbrado a seducir a todos y a todo.

Buscó los tickets, estacionamiento, peaje, los puso juntos y se juramentó que los cobraría o los cambiaría por algo, algo podía ser un día más en Rosario, con goce de sueldo. Ese viaje a Rosario era un algo para hacer de cuenta que tenía un proyecto. Faltaba convencerse a sí mismo de que tenía sentido viajar, de que ya no era demasiado tarde. Lo único que sabía era que tenía que ir en los próximos quince días.

Le había hecho llegar las maletas y la notebook a la habitación. Se quedó en el lobby del hotel, los diarios todavía eran los de ayer, los de ese día los estaban mandando a las habitaciones y al salón donde se servía el desayuno. Se entretuvo mirando lo que les ofrecían a los turistas: día de campo, las fotos mostraban un campo plano y muy verde con un asado al asador, gauchitas sirviendo empanadas y un gaucho con las patas chuecas por un malambo con boleadoras. El Tigre. Casas de cueros. El folleto del tango era la foto de una pareja enroscada de tal manera que parecía que era el hombre el que tenía un tajo hasta la ingle en el pantalón, los dos con los ojos cerrados, la mujer mordiéndose un costado del labio como si fuera una propaganda de lubricante

femenino. En fin. Si a Manuel le interesaba el tango lo llevaría a una tanguería en serio, Lo del Chino, La Viruta o La Catedral de Sarmiento y Medrano. Todos eran lugares para turistas, pero menos mentirosos. Nacho no sabía bailar tango, le parecía tierno cuando sus padres bailaban una o dos piezas casi al final de alguna fiesta familiar. Bailaban después de aclarar que no eran de la época del tango, sino de la del rock and roll.

Se abrió la puerta del ascensor y apareció un nuevo Manuel. Cambiado, perfumado, hasta más alto parecía. Nacho vio que lo buscaba y se le puso a tiro de ojo. Se sintió como con resaca, a él también le hubiera venido bien una ducha. Ropa como esa no tenía, ni zapatos, ni reloj. Su elegante sport acababa de pasar a ser sport a secas. Se ve que Manuel tuvo la misma sensación, hizo un gesto con la cabeza y como le pareció poco agitó también la mano y le dijo:

—Venga, a desayunar así te vas a descansar un rato.

Seguro que lo iba a esperar dispuesto a primera hora de la tarde para almorzar, ya le había dicho en el viaje que lo que más le costaba era almorzar antes de las tres de la tarde, que es la hora en la que se almuerza durante la semana en Madrid. Los fines de semana le aclaró que, si almorzaba, no era antes de las cuatro. Nacho calculó que para esa hora iba a estar en forma nuevamente. ¿Nuevamente?

Capítulo 2

La mesa del desayuno era un vergel, un no va más. Como hacía casi siempre que se le venía encima algo no habitual, Nacho le pegó una recorrida visual de mayor a menor, de lo general a lo particular, diría la Tausend. La profesora de historia que tuvo en la secundaria les decía: “Escuchen con atención, no pretendo que sepan historia, les quiero enseñar a vivir”. Casi a final de tercero se reveló y les dio las pautas del materialismo dialéctico. El ser determina la conciencia.

Nacho supo bien por qué justo ahí había prestado tanta atención, con el tiempo se dio cuenta de que había sido endovenoso lo de la Tausend, con su método había internalizado cómo analizar a una mujer, a un cliente y ahora inconscientemente, estaba sacándole la ficha a una mesa de desayuno de hotel... por favor, necesitaba unas vacaciones. Lo de Rosario no iban a ser vacaciones precisamente.

En la mesa había vajilla: tazas y platos, platos un poco más grandes, vasitos para el jugo, copas para agua; también había cubiertos que ya se veían pesados a la vista: cucharas, cucharitas de dos medidas, cuchillos y tenedores de dos medidas. Jarras de agua y jugos de tres colores distintos: color naranja, color frutilla y color cítrico más maracuyá. Artefactos que no eran más que grandes termos para servirse café, agua caliente, leche caliente. La leche fría estaba en una jarra. Después venían la manteca en pancitos, los potecitos de queso crema, los dulces con cartelitos en inglés rayita francés rayita español, pero con solo verlos ya te dabas cuenta: manzana, naranja, frutilla, dulce de leche y uno que no se podía saber ni leyendo el cartelito de qué era, tenía clavo de olor. Eso lo sabía. Tablas con jamones crudos y cocidos, fuet, mortadela con pistacho –eso a Nacho le dio risa–, quesos brie, gruyere y dos o tres variedades más de las que seguro una era pategrás o, como le dijeron siempre en su casa, queso Mar del Plata. Cereales de varios tipos y colores,

sobre todo colores, había aritos verdes, pegados a los yogures enteros y descremados, natural, vainilla y frutilla. En una mesa con ruedas había unos baúles con tapa con fuego abajo, como cuando se hace fondue. Uno tenía salchichas de carnicería con salsa; el otro, huevos revueltos; y el último, verduras: distinguió zapallitos, cebollas, papas y espárragos pero verdes. Todo caliente. Al final, desde donde Nacho miraba, desde su punto de vista, la pastelería, como diez cosas distintas, a esta altura ya estaba empachado. Y al final había fraperas con champagne y copas flautas.

Acá me quedaría a vivir, pensó. Se entró a reír solo pensando que en ningún rincón de semejante mesa había un mate, un triste mate.

Los que desayunaban hacían muy poco ruido, si se reían era con sordina. El sonido, la intensidad del sonido, es una señal de elegancia.

—Ignacio eras, ¿no? —escuchó que le decía el gallego, que se arrimaba a la mesa a elegir unas tostadas, huevos revueltos y frutillas. Nacho miró el plato, dulce con salado, puaj.

—Todos me dicen Nacho, decime Nacho. Yo llevo los cafés, ¿cómo lo querés vos?

—Mucho café y apenas leche fría, luego cerraré con una lágrima o como le digan aquí.

Se las arregló bastante bien, más que nada porque Manuel se había instalado en una mesa cercana. Cuando llegó con las tazas tuvo que hacer malabarismos porque en la mesa ya había tazas vacías, la primera taza de café la servían unas ladies que estaban paraditas esperando la señal de vení y atendeme que les hacían los huéspedes.

Una de ellas se acercó y retiró las tazas vacías. Se miraron y Nacho casi que le vio un globito como en los comics arriba de la cabeza que decía: “Hola, ¿qué tal? Tranquilo que te doy una mano, soy de Berazategui, te tengo visto por Quilmes”. Hubo contacto visual, qué lindo, un contacto visual es todo. Estaba meta contactar cuando volvió Manuel con el plato cargado pero discreto. Tenía el saco puesto sobre los hombros, no había metido los brazos por las mangas. Después escucharía que no le decía “saco” sino “americana” o “chaqueta”. Se veía que en los bolsillos tenía cosas importantes, estaba siempre pendiente de dónde lo dejaba.

Nacho se tomó el café solo, largo, que se había traído para él. Mucho buffet, pensó, pero el café estaba apenas más que tibio. Se paró y fue a cargar un platito con dos medialunas y un cuadradito de tarta de ricota.

—¿Solo eso? Con eso no llegas a todo el trajín que te daré hoy, come algo más proteico. Si hubiera un chuletón me lo zampaba.

—Es que no, no estoy acostumbrado, salgo a la calle con unos mates.

—Oh, el mate, muero por probarlo, ya me dirás cómo hacemos y dónde lo hacemos.

A esa altura Nacho no sabía si lo que lo incomodaba era la diferencia en el vocabulario u otra cosa, pero algo lo incomodaba.

Cuando amagaron para irse se acercó un camarero con una planilla y les pidió el número de habitación. Manuel tuvo que buscar el sobre donde guardaba la tarjeta que también era la llave de la habitación. Dijo el número, 607, y aclaró:

—Yo estoy alojado, el desayuno del señor cárguelo a mi cuenta.

Y mirándolo a Nacho agregó:

—Porque tú no te vas a alojar aquí, ¿o sí?

El gesto que le salió fue algo confuso, levantó los hombros en un queseyó y dijo:

—No, creo que no.

Pero esto último Manuel no lo escuchó, antes giró teatralmente la cabeza, solo la cabeza, sin mover ni un músculo del resto del cuerpo, para clavar los ojos en la azafata de Lufthansa que acababa de entrar al desayunador. Nacho no la reconoció al primer golpe de vista, estaba recién duchada, tenía el pelo suelto, húmedo, perfumado. Sin el uniforme, tenía una mini, zapatillas, musculosa y camperita. Se enamoró, siempre se enamoraba si olían bien y antes de que hablasen.

Manuel casi cacareó:

—¡Astrid, Astrid!

La azafata se dio vuelta con la sonrisa ya puesta, le dio la mano a Manuel, cambiaron tres o cuatro frases en inglés, de cortesía. Nacho era invisible hasta que Astrid le dijo en un español precioso:

—Qué gusto volver a verte. Yo nací en Suecia, mis padres eran, son, bueno, no importa, uruguayos.

Nacho solo se atrevió a pensar: “Qué raro es esto, ¿Manuel no parece español? ¿Por qué le habla en inglés?”, pero no perdió un minuto más, tuvo que controlar su caída de mandíbula. Astrid era rubia, pero no del todo, tenía piel muy blanca, ojos no claros, pero ahora que no estaba disfrazada le vio una parada local.

—¿Cuántos días te quedás?

—Me guardé unas vacaciones, estaré en total nueve días, mañana cruzo el charco.

Lo dijo y se rio de cómo le había salido la frase.

—Voy a desayunar que quedan veinte minutos –les dijo a los dos ahora sí en español. Manuel ya había aclarado que aunque pareciera nórdico era hijo de asturianos.

—Nos vemos, bye –saludó la uruguayita importada.

Mientras la miraba irse y mientras pensaba que Astrid tenía un muy buen irse, Manuel irrumpió y con ese tono imperativo tan imperial que tenía le dijo:

—Te dejo este móvil, ponle tu chip, necesito que estemos comunicados siempre, ¿entiendes? Siempre.

—¿Vos decís que mi chip entra acá?

—Resuélvelo.

—Ok, pero ¿cuál es el plan, vas para la empresa? ¿A las oficinas, a la planta? ¿Dónde te llevo? ¿Te espero?

—Ah, no... ¿entonces no tienes *tú* mi agenda? Yo solo tengo citas, horas, nombres, no sé dónde deberás llevarme. Por favor resuélvelo.

Nacho pensó rápidamente: Eleonora, ella sabe. Ele era como la asistente en serio para todos los despelotes, no era la amante de ningún jefe, era la que compraba los regalos, reservaba los vuelos, los hoteles, pero con asepsia, no se equivocaba de mundo. No se confundía nunca de paquete ni de mensaje ni de número de teléfono. A él siempre lo había ayudado. La llamó.

—Ele, ¿qué catzo tengo que hacer con el coso este?

—...

—Hum, ajá, hummm..., bien, ok.

La misma Eleonora le había enseñado:

—Lesson one –le había dicho–, tenés que aprender a hablar por teléfono: si tenés que dar una noticia trágica, un problema, ponés cara de cumpleaños, si no tenés idea de qué tenés que hacer y estás llamando para que te digan para dónde agarrar, poné cara de que te están contando un partido de fútbol que terminó con un empate, cero desesperación, nunca sabés quién te está mirando. Lo que sientas –susto, miedo, felicidad– es asunto tuyo. En el laburo y sobre todo en el cuarto y quinto –en esos pisos funcionaba el directorio–: un dandy, que parezcas un propio.

Un día en el office la pescó pegándose una uña de gel que se le había caído y mientras se soplabla el dedo, le amplió con algunos ejemplos prácticos, pero siempre hablaba en general como quien habla de lo que hace otro, era una profesional del entuerto:

—Cuando me mandan a comprar flores y enviarlas a una que no es ni la madre, ni la mujer, ni la hija, tomo nota y me imagino cómo será el nuevo gato que ronronea al bombón del gerente financiero. La verdad es que cuando me piden que envíe flores es para pedir perdón por alguna cagada, chica o mediana. Si me dan los datos para un vuelo y empezamos con un documento que arranca en 40 millones, 37 millones, ruego que no me digan que es la sobrina. Que nunca se te caiga una pregunta que no sea indispensable, no preguntes para corroborar, seguí por intuición a dónde va a parar el asunto y deducí, confiá en vos. Nachito, sos lindo, pero medio nabo todavía.

En este caso una vez más Ele fue impecable. Él se la imaginó como si le estuviera hablando en inglés:

—El gallego este se piensa que viene a vendernos espejitos, que es un virrey, que lo va a atender el señor Rodolfo. Realmente lo hicieron venir para ver si cierran algunas sedes en Madrid y en Sevilla y cómo hacen para que salga más barato. Tiene suerte si lo atiende la niña Sole. Decime, Nacho, ¿está bueno? Porque si está bueno lo atiendo yo.

Una mujer genial Ele. De lo general a lo particular, ahora tenía claro todo.

Capítulo 3

La niña Sole era la hija menor del fundador de la empresa. La empresa hacía ropa con la impronta, como decían ellos, del polo, pero no solo para jugadores de polo sino fundamentalmente para el entorno, para la periferia. En España era furor. No eran La Martina, eran un poco más exclusivos. El empleado que estaba a cargo de las expediciones y que ya estaba cuando él había empezado a trabajar le había explicado: “estos son como Los Redonditos, funcionan por el boca a boca”.

La niña Sole estaba casada con un polista al que no se le entendía lo que decía, hablaba como si estuviera comiendo una papa caliente y mechando palabras en inglés o francés, cosa que a ella no parecía importarle mucho. Lo olía. Eso sí le importaba, cómo olía.

¿Y si le decía a Eleonora que fuera a Rosario con él? Para no ir tan solo. Nunca se le había ocurrido nada con Ele, era un poco más grande, pero los que tuviera, 42, 43, estaban muy bien llevados. Era alguien de la que podía aprender de todo, pensó, de todo... se sonrió. Manuel volvió sobre él justo en ese momento y como siempre pensaba que la sonrisa de otro lo incluía, le dijo:

—¿Ya te has aclarao? ¿Ya sabes lo que debes hacer conmigo?

Una vez más le dio la sensación de un doble sentido que no le hizo gracia. Los otros españoles que había conocido no usaban el doble sentido, ni para los chistes ni para nada, eran literales, como él.

Muy plantado como si también se hubiera duchado, cambiado de ropa y midiera diez centímetros más, que fueron los que siempre le faltaron para ser un poco más feliz en la vida, le contestó:

—En tres horas tenemos que estar en la planta de Pilar, vos te quedás aquí, descansá un poco, yo te paso a buscar y te llevo.

Manuel casi chillando le pidió el número del móvil, le dijo que no

recordaba cómo debía marcar desde su móvil español y un botones que se dio cuenta de que Nacho se iba y lo dejaba al otro de náufrago le dio un papelito impreso que tenían preparado para los europeos. Era un cinco estrellas después de todo.

Dio media vuelta y salió. Ese tiempo era el que él necesitaba para hacer dos o tres cositas. Hizo lugar para que una pareja de turistas brasileros y su montón de maletas y bolsas se fueran del hotel. Mientras salía, vio por los espejotes del hall a Manuel, que ya estaba a punto caramelo para un ataque de nervios. Caminaba como un bicho enjaulado, hablando por teléfono en voz un poco alta para el ámbito. Nacho alcanzó a escuchar: “Que sí, hombre, Manolo, que soy Manolo, que he llegao y me tienen esperando”. En unos de sus giros, Manuel casi no ve que por detrás suyo pasaba Astrid y prácticamente se le tiró encima.

Nacho se permitió pensar que en un gesto de reciprocidad Astrid se quedaba mirando cómo se iba él.

Capítulo 4

No dudó, lo que le quedaba más a mano para pegarse una ducha y, ya que estaba, confirmaba si todavía había ropa suya, era lo de Cande. Subió al auto, tenía las llaves del departamento de Pueyrredón en la gaveta y fue. La hora estaba perfecta. Se habían hecho las once. No iba a llamar para asegurarse de que no hubiera nadie, en todo caso tocaba el timbre antes de meter las llaves. El portero lo conocía, después de todo prácticamente había vivido ahí y conservaba las llaves y las veces que Nacho había caído en mal momento y se había ido en retirada nunca había sido en horario de portero. Igual, era doloroso.

Encontró lugar para estacionar sobre Paraguay, cuadra y media. El portero estaba entretenido con el pibe de Oca, lo saludó como si tal cosa. Séptimo contra frente, C. Timbre, nada. Medio minuto mas. Entró. Olió, se sonrió pensando que olfateaba como un pichicho que busca a su dueño. Algo de eso había. Todo en orden, la cocina impecable, el baño perfecto, exageradamente impersonal, como debía ser. La habitación con la cama tendida, la persiana levantada, la hoja de la ventana abierta unos diez centímetros para que ventile y mueva la cortina color crudo que llegaba hasta el piso de madera. En las paredes no había nada, Cande ya se lo había explicado, era mejor. Sobre la cama, ancho como todo el ancho del cabezal y de unos cincuenta centímetros de alto, un cartel de una muestra de Jackson Pollock en el MoMA, con vidrio que no reflejaba, que no funcionaba como espejo, y con marco rojo. Eso también se lo había explicado Cande, había aprendido que el marco debía ser del color que menos estuviera en el cuadro, pero que estuviera, dos veces se lo tuvo que explicar, ella no sabía el porqué pero alguno de los visitantes de su casa se lo había enseñado y funcionaba, armaba como un conjunto. Esa parte, las cosas que le enseñaban los otros a ella, la hacía sentir menos puta.

En fin.

Se bañó, el baño tenía una cabina con varios duchadores que hacían salir el agua de tal manera que los chorros masajearan todo el cuerpo, el nombre de ese sistema nunca lo supo. Cada vez que se duchaba ahí, después haberse ido, y entraba como esta vez porque era lo que le quedaba más a mano, aprovechaba y lloraba.

Salió y se paró en la alfombra, teniendo mucho cuidado de no mojar nada. Se secó bien la cabeza con una toalla chica, se envolvió en un toallón que sacó de abajo de la pila de toallas que había en el mueble del mismo baño. Las de arriba eran más nuevas y secaban menos. Sacó una color verde limón, viejita.

La dejó caer cuando abrió la puerta del placard que tenía espejo adentro. Estaba todo colorado, por los chorros, la cara también. Buscó ropa en un cajón que había sido uno de los suyos, no había mucho para elegir, pero estaban como siempre las tres mudas de ropa interior y arriba del mismo lado dos camisas manga larga, una lisa y una escocesa, muy discreta cada una en una percha con barral, y en los barrales los pantalones sports a juego, neutro, todo neutro. A esa misma altura en el estante, dos sweaters: uno más abrigado y otro más liviano. Todo combinaba con todo. Era como decirle vení todo el año, vení cuando quieras. Abajo, dos cajas: una con mocasines marrones y en la otra golf negros acordonados. Dando marco a este rincón estaba como siempre la campera larga, elegante. Cuando Cande se la regaló Nacho ya no vivía más ahí. Se ve que él puso cara de “te debe haber salido un huevo y es medio de viejo”, porque ella entendió y le dijo:

—Te la regalo para que la dejes acá que te queda de paso de todo. Sabés que la tenés, tenela acá.

Por suerte no era necesario ponérsela. Tenía la duda de si no se tenía que llevar el más liviano de los sweaters, aunque sea para ponérselo sobre los hombros. No sabía a qué hora iba a terminar, y de última lo podía dejar en el auto.

Juntó la ropa sucia, salió al lavadero, buscó una de las bolsas que Cande usaba para lavar la ropa, lavaba todo junto pero separaba la ropa, la de cama, las toallas, la de ella. Nacho sabía que podía dejar toda su ropa junto con las toallas que había usado en una sola bolsa. Las traía de afuera, eran de un tejido todo caladito, blancas, cerraban como las bolsas caras para la basura.

Alguna vez Nacho había puesto a secar las toallas en el ténder del lavadero y Cande le había explicado que no, que mejor no, que era complicado, y usó

las palabras necesarias para que él se imaginase que ella necesitaba que su casa pareciera un hotel, impecable, ordenado, impersonal, un cinco estrellas.

A ella en el fondo le gustaba que él siguiera pasando de vez en cuando, le dejara una notita, una huella. Los dos sabían que era incómodo verse ahí. Iban a comer al Cañón de Avellaneda, a algún bodegón de Independencia, cada vez menos.

La notita la dejó donde debía, en la cocina debajo del posa pavas, asomando una puntita: “Pasé, necesitaba refrescarme, te dejo un beso, paso. N”.

Necesitaba un café. En la esquina había una pizzería, no tenía hambre, solo quería un café largo, americano. Se lo tomó en la barra, entre los gritos de “fainá”, “dos de muzza y un chopp”, “cierra la ocho”. Aprovechó para ojear el diario, que a esa hora ya tenía todas las manchas del menú y la claringrilla hecha. Se miró el horóscopo: “Nuevos amigos, salidas y viajes conformarán sus horizontes. Sus temores irán decreciendo durante la jornada. Amor: La ternura será el lenguaje que lo conectará con su alma gemela. Déjese llevar por sus emociones y sentimientos. Riqueza: Las reuniones, contactos y relaciones podrían ayudarlo en ese proyecto que está gestando. Bienestar: Momento propicio para expresar su imaginación a través del arte o lo simbólico.”

Lo leía y se lo olvidaba, le pasaba lo mismo que con química de quinto año, no le iba a servir para nada. Terminó el café, dejó la galletita que le habían puesto, se tomó de un trago el vasito de naranja y atrás el vasito de soda.

Subió al auto y encaró para el hotel. Llegó enseguida, lo de Cande tenía eso, siempre le quedaba de paso. Trataba de hacer memoria para acordarse del número de habitación de Manolo pero no hizo falta, estaba en el hall, instalado en un sillón. Ya se había tomado un agua Evian, desparramado por lo menos dos diarios y hablaba por teléfono: “que sí, madre, que ni bien pueda... que no lo sé... que te llamo yo, que te vayas a dormir tranquila que no me va a pasar nada”. Esto último lo dijo meneando la cabeza y habiendo registrado el ingreso de Nacho.

—¿Preparado? Vamos para la planta.

—Subo a la habitación a recoger mi iPod y alguna cosa más y salimos. Por fin, pensé que te habías olvidado de mí.

—Tranquilo, va a ser inolvidable.

Arrancó para el ascensor, meneando la cabeza y todo lo demás, pero antes de tocar el botón se volvió a mirarlo, muy serio, controlando que Nacho

estaba impávido.

Capítulo 5

Manuel salió del hotel dispuesto para la travesía pampeana. En la mano, por suerte no en la cabeza, llevaba un sombrero tipo panamá. Le aclaró:

—En mi anterior empresa, Inditex, Industria de Diseño Textil Sociedad Anónima, un grupo multinacional español de fabricación y distribución textil que tiene su sede central en el Polígono Industrial de Sabón, La Coruña, y opera 6249 tiendas bajo las marcas Zara, Zara Home, Massimo Dutti, Pull & Bear, Bershka, Oysho, Stradivarius...

—¿Eso no es un violín?

—Je, je, a esta altura te digo que Stradivarius también es un violín. Para mí la marca de ropa con ese nombre es la expresión de la exquisitez técnica, de la conjunción perfecta de colores, tejidos.

—¿Perfumes tienen?

—Por supuesto, es lo que corresponde. Cada marca del grupo que atiende a un nicho distinto tiene sus propias fragancias.

—¿Nicho?

—Bueno, segmento diferenciado del mercado de consumidores.

—Ah. ¿Y por qué te fuiste de ese lugar tan maravilloso?

—Es una historia un poco larga. Te la contaré. No permitían relaciones personales entre miembros del sector jerárquico. Tuve que elegir. En realidad lo hacen porque en la familia fundadora nadie se habla con nadie y esas peleas les llevan la energía que deberían poner en la Compañía –decía “compañía” y lo hacía sonar en mayúsculas–. Te decía, en mi anterior Compañía, cuando nos enviaban a supervisar plantas de producción en otros países había que prepararse, vacunarse. Llevábamos nuestra propia agua envasada, comida. Te intoxicas y te mueres, sin más. El tercer mundo, los emergentes son complicados.

—¿Y acá te viniste así nomás? Te animaste a comer, ya vi.

—Vosotros los argentinos sois descendientes de Europa, de la Europa que fue pobre y dejaba ir a sus jóvenes más incultos. Ahora parece que estamos dejando ir a nuestros jóvenes profesionales.

—Sí, mi tío Armando dice siempre: la vida es un subibaja...

Pasaron por los peajes, fueron viendo esa zona norte de Buenos Aires que se deja entrever desde la autopista. A Manuel todo le parecía espléndido, perfecto, “magnífico” se atrevió a decir. El día acompañaba tanta esperanza de bienestar. Hay que meterse bastante adentro, alejarse de la Panamericana para ver los barrios donde viven los servidores del disfrute, los barrios de casas más bajas, más a medio hacer. En los barrios cerrados las casas nunca son casas a medio hacer, son casas en construcción. En un country nadie se va a vivir a la casa hasta que no está terminado el parqueizado. Una casa a medio hacer es una casa habitada y el medio que falta hacer no se sabe cuándo se hará, no hay fecha de terminación.

Al llegar al kilómetro 55,5 el GPS les indicó giro a la derecha, acceso a Parque Industrial Pilar. Barreras, controles, una corta espera y llegaron.

Estacionó cerca de la puerta de entrada a la administración. Eran las dos y media de la tarde. En la planta el comedor ya estaba limpio de nuevo, los operarios en sus tareas contando el tiempo que quedaba para irse.

Cuando estaban bajando del auto, Manuel, sonriente, como si todo estuviera en orden, dijo:

—Anda, mira cuántas bicis. ¿Son de los operarios? ¿Vienen en bicicleta a trabajar?

Nacho eligió no contestar, se encogió de hombros dando por cierto lo que había dicho Manolo. Con un gesto señaló el lugar donde estaban estacionados los autos de los administrativos y de los dueños. Era clarísimo. Por si hiciera falta, dijo:

—Los lugares del playón del estacionamiento son para los de las oficinas.

Desconcertado, Manuel preguntó:

—Pero ¿cuántos operarios hay? Veo menos de treinta bicicletas, de cuarenta...

—Hay operarios que no tienen bicicleta o viven demasiado lejos, vienen en colectivo.

—¿Colectivo? Autobús, dirás. Colectivo es, en España, un grupo con un tema unificante, tenemos colectivos de poetas jóvenes, de mujeres golpeadas, mi madre está en el Colectivo de Viudas de Asturias...

Diciendo esto traspuso las puertas de vidrio. Nacho saludó:

—Buenas. Hola, Fredy, traigo a nuestro visitante, ¿lo anunciás?

—¿A quién? ¿Con quién tiene cita?

Hablaban como si Manuel no estuviera ahí mismo, parado, esperando.

Manuel dijo:

—Buenos días, avísele de mi llegada a Don Rodolfo. Él me espera. Seguramente habrá una reunión general.

—Nacho, Rodolfo no está. Le voy a preguntar a Ele —marcó un interno.

—...

—Señor Cisnero, aguarde un momento, ya lo vienen a buscar.

—Cisneros Díaz. Ok, espero.

Nacho y Fredy se pusieron a charlar, Nacho se acodó en el mostrador de la recepción y hablaba en voz muy baja. Era innecesario. Manuel no hubiera entendido más que algunas palabras sueltas.

Todos se dieron vuelta al escuchar el taconeo, firme, seguro, con el ruido exacto que anunciaba la llegada de Eleonora.

—Señor Cisneros Díaz, bienvenido.

Avanzaba con la mano extendida, no debía haber lugar a dudas para ningún saludo que no fuera un suave apretón de manos.

Manuel encantado. Desde que escuchó la venida giró para verla y lo que vio evidentemente le agradó. Todo estaba acorde. Nacho también miró y olió a Ele, la fragancia era suave, casi profesional. Era One de Calvin Klein. Hasta que no se iba definitivamente el otoño, hasta que no hacía frío, Ele no usaba el Light Blue de Dolce & Gabbana.

—¿Es usted la señorita Soledad? —dijo Manuel.

—No, no. Soy la asistente del señor Rodolfo. Él me acaba de llamar para avisarme que está demorado con un proveedor. La señorita Soledad está en San Pablo inaugurando un nuevo local.

—¿San Pablo, Brasil?

—Sí, por supuesto. Acompañeme a la oficina del señor Rodolfo y se toma un café mientras lo espera. Fredy, acompañá al señor Manuel.

—Por aquí —indicó Fredy, casi ridículamente, con un gesto que sacó de alguna película, inclinándose hacia la derecha y abanicando el aire con la mano.

Ele le dio un beso a Nacho, le acomodó el cuello de la camisa y le preguntó:

—Nachito, ¿qué hacemos con el gallego? Rodolfo ni te cuento dónde está, en realidad es una proveedora... Ni se acordó que hoy llegaba este. La niña Sole se fue sola a San Pablo, el salame del polista se hizo un esguince montando una potranca nueva —suspiró y le aclaró—: Me tienen podrida. Si está con la adrenalina alta el visitante lo mando con Oscar a ver algún taller de acá cerca. ¿No le querés mostrar la planta? Dale, que yo tengo que terminar una información para el contador y no me quiero quedar después de hora con él. Ya sabés que él quiere y yo no. Ya se lo dije, pero se hace el boludo, se lo dije clarito, porque él pensaba que el problema es que es casado. Los casados son una bendición, este es un casado baboso y boludo, si me vuelve a rozar lo paso por la destructora de documentos.

—Bueno, lo paseo por la planta, me debés una. ¿Conocés Rosario vos?

—Soy de Rosario, ¿no te dije? Hace un montón que no voy.

—Lo paseo hasta las cinco menos cuarto. Y te lo llevo de vuelta al hotel. Mañana dame otra cosa para hacer, sé buenita.

—Ay, Nacho, ya sabés que esto es parte de tu trabajo, sos el hombre de confianza de Rodolfo o mío, no me acuerdo... Te espero en la oficina. ¿Tenés que ir a Rosario? Decime y vemos.

Sonrió divinamente, giró sabiendo que a ese giro lo estaban mirando, y casi sin taconear se fue. A mitad de pasillo se cruzó con Fredy que volvía de instalar a Manuel en la oficina principal. Sin hablarse Ele y Fredy cruzaron las palmas. Era el hasta ahí que Ele se permitía con el resto. Con el resto que sabía que ella tenía acceso a los dueños, los patronos, como decía Elba, la señora que había limpiado la casa y ahora venía a limpiar solo las oficinas. El resto de la planta lo limpiaba una empresa de limpieza. Hasta la mugre tiene poderes.

Nacho decidió esperar un poco así llegaba cuando Manuel ya hubiera tomado el café, ya hubiera dicho lo que él ya había escuchado. Le preguntó a Fredy:

—Che, no quedó nadie...

—¿Cómo nadie? Está Ele, viste qué bien que está Ele, es grande para mí pero a vos te toca, te mira con cariño. Está el contador, los de diseño, los de producción, los de corte, estoy yo... Ah, vos decís de los dueños. Esos da igual, esos no laburan más.

—De los dueños, decía. Bueno, voy a atender al gallego así se lo saco de encima a Ele.

—Quedate tranquilo, si Ele lo tiene encima es porque ella quiere.

Capítulo 6

Nacho se fue acercando al despacho del dueño y escuchó el parloteo de Manuel. En realidad estaban en la recepción de la oficina de Don Rodolfo. Ele contestaba solamente con “ajá”, “humm”, “mire usted”. Los dejaba caer como para que el otro no sintiera que estaba hablando solo.

—Ignacio, te me habías perdido. Aquí Cisneros me dice que quiere conocer *todo, todo* de esta casa central. Es lógico, ellos reciben el producto terminado. Seamos prácticos. ¿Podés por favor acompañarlo a recorrer la planta? Antes de que salgan le muestro lo que van a ver en la maqueta, un aporte artístico de la señorita Soledad. Pase por aquí.

Los hizo entrar a la impresionante oficina del imaginador de todo. Sobre una mesa grande, alta, ubicada de tal manera que la luz natural la iluminara y a su vez no marcara con crudeza las desprolijidades, estaba la maqueta cubierta con una caja de policarbonato que la protegía del polvo y de una vista muy aguda. La niña Sole tardó meses en hacer, en realidad en hacer que hicieran, ese trabajo manual en casi tres dimensiones. En el medio hubo caprichos y discusiones de orden estético, técnico y moral. No se puede negar que la maqueta mantuvo entretenida a la empresa unos meses: que si ponían las bicicletas que había siempre en la entrada, que si ponían los baños que pedía el sindicato o ponían los que había en realidad. El colmo fue cuando la mujer de Rodolfo pidió que en la reproducción a escala del despacho de su marido pusieran a la mujer desnuda y a Rodolfo a medio vestir en el chester marrón que estaba al lado de la biblioteca. Lo pidió a los gritos la última vez que fue a la planta. No la volvieron a ver ni allí ni en Buenos Aires, un arreglo, con firma de poderes incluidos, la instaló en Miami.

Nacho vio cómo Ele le hacía leer los carteles que tenían los distintos sectores: presidencia, “donde estamos ahora”, aclaró, administración, tesorería, recepción y, a la derecha, diseño, “como usted sabe, los egresados

de la UADE, los mejores, son nuestros”, producto: con los ingenieros textiles, y al final, moldería y desarrollo. “Ignacio lo llevará al último de los procesos, corte. Vayan que, si no, no van a encontrar a nadie”.

La oficina en la que estaban tenía ese tono y las cosas hacían ese ruido que denotaba que había sido todo comprado en fábricas de antigüedades. Parecían muebles de museo pero no tenían más de treinta años. Enchapados, no macizos. El sillón del dueño era de diseño liviano, acero, cuero.

Por suerte había pocos cuadros en las paredes, dos originales, de autores por ahora desconocidos.

Ahí no había herencias conservadas.

Manuel se paró y arrancó, no quería perder tiempo en la zona administrativa, de eso se encargaría luego de hablar con Don Rodolfo.

—Vamos, Nacho.

Le aclaró a Ele que Ignacio lo había autorizado a decirle así, Nacho.

Una vez que Manuel salió, Nacho se mordió el labio inferior, levantó las cejas y señalando con el mentón la espalda de Manuel, le dio a entender a Ele que el gallego seguía fuera de eje. Le faltaba aterrizar.

Como había avisado, pasó raudo por las oficinas de administración. Con un golpe de cabeza saludó a Fredy que, como pensó que se iban, fue a abrir la puerta de vidrio de la entrada y se quedó con la manija en la mano viéndolos seguir de largo hacia lo que todos le decían “producto”.

El sector de diseño tenía un despacho al fondo con una mesa y tres sillas, con las paredes cubiertas de planchas de corcho llenas de chinches largas con las cabezas de colores sujetando de cualquier manera fotos sacadas de revistas, bosquejos. Una puerta ventana daba al parque. El resto del espacio estaba ocupado por dos tableros con taburetes altos y dos mesas cuadradas: una con seis sillas y otra con cuatro. Casi todas las sillas eran naranjas. En una sola mesa, y todos del mismo lado, estaban sentados tres diseñadores. Una rubia sentada sobre una de sus piernas y balanceando la otra hojeaba una revista, dos chicas hablaban apasionadamente y un muchacho con el ceño fruncido tecleaba furioso en su Mac. En total había tres mates, llenos de yerba, abandonados, y vasos térmicos blancos, sucios, vacíos de café. Nadie miró cuando Nacho y Manuel se asomaron. Manuel avanzó sin entender que no lo vieran.

Nacho le dijo:

—Lo mejor es que te presente el señor Rodolfo.

Manuel dijo como quien habla solo:

—Nadie usa la ropa de la fábrica...

En el pasillo al siguiente sector pasaron por delante de máquinas de café y por puertas cerradas de baños, que no estaban claramente identificados. Tenían carteles que decían ELL@S.

El departamento de producto tenía la puerta con la parte superior de vidrio y estaba cerrada. Adentro todo era más prolijo, varias mesas con computadoras portátiles, al fondo una impresora grande y un cubo cerrado con paneles y vidrios sin puerta. También tenía una puerta que salía al parque.

A lo largo de la pared, en un perchero de dos niveles de los que se usan en los negocios, estaban colgados los muestrarios de telas. Varias telas abrochadas juntas con un cartón grueso, en el centro del cartón una percha pequeña que permitía engancharlas al perchero. Se llaman cabezales, casi siempre tienen el nombre del fabricante o del importador.

Manuel preguntó:

—¿No trabajan juntos, no se comunican?

—No sé bien, me imagino que los jefes sí hablan entre ellos.

Corte y muestrarios no eran oficinas. Era un galpón con dos mesas larguísimas de madera aglomerada, una tenía diez paneles de 1,20 por 1,80 metros de ancho; la otra era de ocho paneles. La altura era de 80 centímetros. Las patas de las mesas tenían a su vez un estante con el mismo recorrido de los paneles donde estaban acomodados rollos abiertos de distintas telas.

Las paredes tenían a todo lo largo alambres finos de donde colgaban moldes hechos en papel color madera.

Ni bien entraron se les acercó un morocho grandote que saludó a Nacho dándole la mano y un golpe suave en el hombro. Dio un paso atrás cuando vio que no venía solo. Nacho los presentó:

—José Luis, el encargado de corte; el señor es Manuel Cisneros Díaz, viene de visita de la sede de España.

—¿Querés que le muestre?

Sin esperar respuesta dio media vuelta y fue hasta el fondo. A lo largo de toda la pared del fondo estaban los baños, una mesada con pileta, hornallas eléctricas y un microondas, al lado una heladera, arriba estanterías con paquetes de yerba, platos, vasos y un florero bajo con cubiertos con los mangos para afuera y los filos para abajo, una mesa redonda y cuatro sillas.

Un tabique de durlock alto separaba la cocina de una estantería metálica de bandejas anchas, con biblioratos de distintos colores sin nada escrito en los lomos. En la parte de abajo, cajas largas con rollos de papel y cartuchos de tinta. José Luis aclaró:

—Todo eso es del plotter. Yo ni sabía lo que era, antes tizaba con cartón, ¿usté sabe? Ahora no podría, aprendí con el plotter y es otra cosa. Se tarda un poco más para armar la tizada, pero después se corta al toque. ¿Quiere que le muestre?

Sin esperar respuesta empezó:

—Está la computadora y arriba la pizarra negra magnética y al pie el plotter. Esto funciona así: una vez hecho el molde, esto lo hago yo con las correcciones de los de diseños y de los ingenieros. Aprendí a hacer moldes con un patrón coreano que me enseñó. De una foto te saco un molde, de otra prenda ni hablar, te lo saco igualito. Ese molde se fija en la pizarra con imanes chiquitos, casi como alfileres, y se saca una foto. Esa foto se “baja” al programa de la computadora, que una vez que tiene todos los moldes y se le cargan datos como el ancho de la tela y la cantidad de talles, los procesa y dice cómo se deberían distribuir para aprovechar mejor. Se puede hacer varias veces hasta conseguir el rinde óptimo, ahí es cuando se imprime en el plotter con el largo de la tizada, que puede tener hasta doce metros la tizada. Conserva este nombre porque antes se hacía con tiza y moldes de cartón, que se iban moviendo a lo largo del rollo de tela desplegado y encimado. En esta tizada de ahora, moderna, cada talle tiene un color, es muy linda de ver. Cuando la máquina dice qué largo debe tener cada capa de tela, entre dos empiezan a encimar el rollo. Hay encimadoras mecánicas, pero no tengo, parece que van a comprar ahora. Mientras, se va imprimiendo la gran tira de papel, que se colocará arriba de toda la tela y no es más que una guía de por dónde cortar. Cada pieza, una vez cortada, es una torta con capas. Si se han encimado telas de distintos colores o estampados la torta es hermosa. Entre pieza y pieza quedan los desperdicios que también son muy lindos de ver. Tienen altos de cinco a veinte centímetros. Hay parejas que ya están armadas para encimar. Hablan entre ellos, están cara a cara, se ríen, se cuentan, si uno de los dos no viene el que está no encima con otro, hace otra cosa. Es feo encimar con uno que no te llevás. Yo ya no encimo más. Vení, Carlitos, vení que te presento al señor: Carlitos es mi asistente, antes decía ayudante, pero si los ingenieros tienen asistente, yo dije, Carlitos es mi asistente.

Se rio con la explicación. Manuel sonrió, había entendido el sentido del todo, se le habían perdido partes y palabras. Nacho ya se lo había escuchado otras veces. José Luis siguió:

—Cuando los de producto dan la orden y la tela ya está, yo preparo la tizada y hago hacer el corte. Carlitos arma los paquetes de cortes y las planillas para los talleres. Nacho, ¿ya le explicaron al señor que la costura acá no se hace?

Esto último lo dijo como si Manuel no estuviera ahí escuchando. La costura externa era todo un tema.

Siguió José Luis, Nacho sabía que con esto ya terminaba:

—Después están La Nancy y Tito, que son los que le dan los cortes a los talleres. Hoy ya no están. La Nancy está con la lactancia, se va antes, y Tito se quiso hacer el cortador y casi se vuela un dedo. Mire que tenemos guantes metálicos, botiquín, todo, pero él no, que quería cortar, estábamos terminando de comer, él agarró para el lado de la mesa de corte, había uno encimado, se sube y prende la cortadora, como si fuera un juguete. Es un arma, señor, hay que tenerle respeto.

Nacho miró la hora y dijo:

—¿Alguna pregunta, Manuel? Porque los muchachos ya se empiezan a cambiar para irse...

—Sí, por supuesto, muchas. Sobre todo el tema de la confección propiamente dicha, que no termino de entender dónde es que se hace, no me cuaja...

—Vas a estar unos cuantos días y, si el señor Rodolfo lo dispone, conmigo o con Tito seguramente vas a ir a algún taller que quede cerca.

—¿Cerca?, eso es lo que no entiendo. Pensé que se hacía todo aquí, en la planta. Eso sí quiero verlo. Hasta creo que en la página web hay fotos de gente cosiendo, pero si allí hay máquinas de coser...

Esto último lo dijo mientras caminaba hasta el fondo del galpón, donde efectivamente había tres máquinas distintas, una recta, una overlock y una collareta. Antes de que hubiera llegado José Luis se apuró a decir:

—Pero claro, con estas hacemos las muestras, los prototipos para corregir la moldería, pero nada más.

Sin saludar iban saliendo los operarios. Pasaban primero por el baño. Por las visitas, ese día no había chistes. Otras veces que había estado ahí en el momento de la salida, Nacho los había escuchado hacer bromas, casi siempre

sobre las capacidades sexuales, o si uno demoraba mucho en el baño le gritaban: “¡Largá el rímel!”. No faltaba tampoco que cargaran a alguien con alguna de las travestis que trabajaban en los talleres externos. José Luis le había explicado: “Un buen taller de medianito a grande tiene a una travesti o a un puto”, así le había dicho, “que se encarga de mantener el orden, son re prolijos, limpios”. Lo decía como si hablara de animalitos.

Estaba claro que había que ir saliendo. Empezaron a irse. Al llegar a la recepción Fredy le dijo:

—Eleonora se fue, la llamó el señor Rodolfo que se sentía mal. El contador la llevó. No sé ustedes, pero yo también ya me voy.

—Sí, sí, volvemos a Capital, ¿te acercamos?

—Llévame hasta la entrada que me vienen a buscar y si no tengo que ir a pata... caminando, digo.

Una vez que estuvieron nuevamente en la autopista, Manuel dijo:

—Nacho, a este ritmo y con estos contratiempos, una semana será poco tiempo, ya sabes que quiero verlo todo.

—No te preocupes, en dos días más estas al tanto de todo y viaje resuelto. ¿Volvés al hotel?

—Paso solamente, pero entiendo que estas a mi disposición, siento que no he hecho nada. ¿Hoy es lunes? ¿Adónde se va los lunes de julio en Buenos Aires? No me digas que tienes frío. Esto no es nada, frío, el nuestro, en esa meseta que hiela. Vamos, ve poniendo algo de música en el auto así nos ambientamos, algún pub habrá cerca del hotel, si no allí nos dirán dónde ir. No sé por qué pienso que no eres de los que salen entre semana. Que no pasa no, que luego para dormir te tomas alguna cosilla y mañana como nuevos. No te he hablado de chicas, todavía, no me gustaría irme sin haber conocido alguna, sin haber estado con alguna. ¿Has visto lo buena que está nuestra azafata?

¿Nuestra? Cómo vuela el gallego, pensó Nacho.

—Carne, quiero comer carne –casi le gritó Manuel.

—Decime qué querés hacer. Me decís un pub, después me hablas de comer, yo te oriento, pero decime qué querés hacer. ¿No estás cansado? Por el vuelo, digo.

—Tú no me *orientas*, tú te vienes conmigo. Me quiero comer Buenos Aires, lo quiero todo. No puedo volver a Madrid sin haber bailado tango, comido un churrasco, tomado mate. Del Tigre también me han hablado, y ya sabes, no

me puedo ir sin haber gozado un poco, tú me entiendes.

Nacho sopesó todo el menú, decidió hacerse el desentendido con las entrelíneas y le dijo:

—Déjame ver si hoy abre La Cabrera, carne de la mejor, hay que reservar. Hoy es lunes y muchos lugares cierran los lunes.

Miró en el teléfono, tardó un poco, ese teléfono lo tenía que cambiar, de todas maneras la señal en algunos tramos de Panamericana no era buena para ningún aparato.

—Sí, está abierto. ¿Reservo temprano, a eso de las nueve?

—Estupendo, y luego vemos hasta dónde llegamos. ¿Qué son estos? ¿Hoteles, hoteles de cita? Ya algo me habían dicho, que tenéis montada toda una industria del sexo vosotros.

—¿Qué, me vas a decir que en España no hay? Acá hay de toda la vida, los telos de Panamericana son de los más viejos.

—Pues no, allí o te alquilas algo o te vas a algún albergue rural, pero entre que llegas y todo el follón, es de día completo el plan, por lo menos. Ya me bulle la sangre. Tu seguro ya has estado, bribón.

—Trabajé un verano haciendo una suplencia en uno, pero no de acá, del centro.

—La de historias que tendrás, cuenta, cuenta.

—Puf, de todo. Pibes con pibes, pibas con pibas, tipos con travestis, tipos con travestis pero que no se habían dado cuenta...

—Anda, ya, ¿cómo no te vas a dar cuenta? Te das cuenta, que te lo digo yo...

Nacho tomó nota y siguió:

—Viejos con pibes, viejas con pibes, viejos con viejos, lo que se te ocurra. Eso en la entrada, después estaba lo que se escuchaba desde el patio adonde daban las piezas.

—¿Los cuartos dices?

—Sí, bueno, las habitaciones.

—Dime, ¿es cierto que en algunos son temáticas las habitaciones?

—Son un curro, depende del telo hay temáticas o hay unas berretadas que ni te cuento.

—Nacho, que no te entiendo todo, capto el sentido de lo que me dices, pero no reconozco las palabras. ¿Me llevarás a alguno?

—¿Conmigo, decís? Nooo, yo hace rato que no voy... y voy con mujeres.

—¿Solo parejas dejan entrar?

—En teoría sí, pero depende, si te pasan una buena propina y depende de lo que quieran meter.

—Cuenta, cuenta.

—Y... no me olvido de unos que querían entrar con el perro, un Labrador grandote, que no tenían dónde dejarlo, que si lo dejaban atado en la vereda iba a ladrar y era peor...

—¿Y?

—Entraron. El perro ni se sintió en todo el turno.

—¿Tu turno de trabajo?

—No, turno se llama a la entrada por cuatro horas, hay turno y pernocte.

—Dime, ¿dónde puedo ver fotos? Me muero de ganas de ir.

—Tenés que buscarte con quién.

—Es lo que te decía hace un rato, que vamos, tomamos algo por ahí y vemos qué sale.

—No es fácil, Manuel, no te prometo nada. No soy la mejor compañía, hace rato que no salgo con nadie.

—Pensé que se nos podía sumar Eleonora, ¿tienes su móvil? Ahora vamos al hotel, quién te dice, nos cruzamos con nuestra azafata y conoce a otra azafata, porque por lo que me dices, novia no tienes tú...

Nacho no contesta. Sabe que a Manuel realmente no le interesa nada de él, ni de su novia, ni de su trabajo, ni de suerte, ni de su felicidad. Solo quiere contar a la vuelta lo bien que lo ha pasado en la noche de Buenos Aires, y poder hablar de los telos.

Llegaron al hotel, dejó a Manuel en la puerta y buscó estacionamiento por la salida de servicio. En el único espacio libre los de la cocina habían puesto una bolsa de harina, de las que tienen doble cartón y costuras de puntadas muy grandes en los bordes y abajo, llena de pan viejo, para guardar un lugar. Están tan reforzadas por los ratones, para que les cueste romperlas. Se bajó, la movió un poco y estacionó, quedaba lugar para otro auto. Cuando cerró el auto se acercó de nuevo a la bolsa, saco un pan, lo besó y lo volvió a dejar donde estaba. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho se asustó un poco pensando en si alguien lo había visto. Tristísimo se puso. Besar el pan que se va a tirar era lo que hacía su padre. Nunca les pidió a ellos que lo hicieran, era una cuestión de él.

Llamó a Ele, necesitaba ayuda. Contestador.

Cuando pisaba el hall del hotel sonó su teléfono. Miró la pantalla y no reconoció el número. Atendió, era Ele. Nacho le preguntó:

—Ele, ¿de dónde me hablás?, te acabo de llamar.

—Después te explico, te llamo de otro porque no tengo buena señal con el mío, es el del contador, que tiene un aparato mejor, no guardes el número, ya me voy, ¿qué pasó?

—No sé qué hacer con Manuel, quiere salir de joda y no sé a dónde llevarlo.

—Entretenelo un rato que voy, total paga la empresa. Yo también hace mucho que no tomo champagne. Si vos venís, voy. ¿Tenés alguna amiga que podamos invitar?

—La puedo llamar a Cande, te conté, no sé si te acordás. ¿En cuánto tiempo llegás?, ¿querés que te vaya a buscar?

—Ni se te ocurra venir con el gallego a mi casa. Dos horas, ponele, igual es temprano y mañana se trabaja. Elegí dónde cenar, reservá donde quieras.

—¿La Cabrera?

—Ahí, o en La Bella Italia. Para el Museo Evita no da..., te llamo cuando estoy llegando.

Capítulo 7

Nacho se quedó mirando para afuera, dándole la espalda a Manuel y con el teléfono en la oreja como si siguiera hablando. Mientras, pensaba.

Sintió que le daban unos golpecitos en el hombro, suaves. Se dio vuelta y vio que la que lo había convocado era Astrid.

—¿Que van a hacer esta noche? Yo conseguí vuelo a Montevideo para el martes a las 6 de la tarde, así que estoy hoy y parte de mañana en Buenos Aires.

—En un rato vamos a comer y después Manuel tiene ganas de conocer la noche porteña.

—¿Me invitan? No tengo ganas de hacer la típica salida con la tripulación, no siempre termina bien. Llévame a la noche en Buenos Aires que vos conocés. Cuando salimos con las otras azafatas y los pilotos hacemos cualquier cosa, vamos a lugares de noche-noche, cabarets, total al otro día nos vamos. En un sentido es genial, nadie nos conoce. Pero ya está, eso ya lo hice. ¿A qué hora salimos?, ¿somos nosotros tres nomás?

—No, viene una compañera de mi empresa.

—¡Qué susto!, pensé que me ibas a decir que venía tu novia. ¿Manuel? ¿Qué tal es? ¿Lo conocés de antes o lo conociste en este viaje?

—Simpático, lo conocí hoy, qué sé yo. Hago la reserva, somos cuatro. ¿Qué querés comer?

—¡Carne, por favor!

—La Cabrera, entonces. A las nueve acá en el hall.

Sin pensarlo Astrid le dio un beso en la mejilla y mientras lo hacía vio a un desconcertado Manuel que levantaba una ceja y paraba su marcha.

Astrid fue a tomar el ascensor del que acababa de bajar Manuel. Le hizo un gesto con la mano, ya subiendo le dijo:

—Todo arreglado, nos vemos.

—Nacho, dime ya mismo que has arreglado. No me digas que Astrid sale conmigo... con nosotros.

—Sí, Astrid y Ele. Vamos los cuatro a comer carne como querías y después vemos.

—Lo sabía, me gustaste ni bien te vi. Eres la hostia.

—A las nueve aquí. Nada de traje, una chaqueta y un jean está bien. Voy a hacer las reservas y a cambiarme.

Llamó a La Cabrera, las reservas eran hasta las nueve y ya no había más lugar. No importaba, aunque hubiera sido mejor no tener que pedirle un favor, la flaca que atendía la puerta era conocida de Cande.

Nacho fue a cambiarse a su casa. Le había costado un tiempo decirle *su casa* a ese departamento contrafrente en Lezica y Río de Janeiro. Su casa era la casa de sus padres, en Banfield.

Este departamento estaba en un edificio curioso, con jardín en el frente, a dos cuadras del Parque Rivadavia. Generalmente subía los cinco pisos por la escalera, pero esta vez, sin pensar en esa posibilidad, llamó el ascensor. Se miró en los espejos de planta baja. Levantar los hombros, erguirse, eso era casi todo lo que necesitaba, desde afuera aparecía como una solución casi mecánica, de lógica física. En fin.

Antes de ducharse separó la ropa que se iba a poner. Eligió y olió, como hacía siempre, el bóxer, las medias, el jean, la camisa escocesa de cuadros chicos, el bremer verde inglés. La campera seguramente sería una que usaba poco, gris topo con cierres y broches, larga, apenas larga. Los zapatos que iban eran los golf.

Se duchó. No se afeitó. Perfume le quedaba poco, pero la ocasión ameritaba usar una de las últimas vidas de ese Acqua di Gio.

Llegó minutos antes de las nueve al hotel. Estacionó lo más cerca que pudo. Su auto iba a ser el que los llevara a los cuatro.

Entró y fue directo al mostrador de la recepción para llamar a la habitación de Manuel. No sabía el número de habitación de Astrid. Estaba en eso cuando el botones súper botones, le dijo:

—Usted es Nacho, ¿no? La señorita Astrid dejó dicho que si usted llegaba subiese a su habitación. Es la 507, ¿lo anuncio?

No tuvo tiempo de nada, un excitado y rutilante Manuel salía del ascensor. Se había cambiado, pero tenía puesto lo mismo que antes en otros colores y parecía tan recién duchado como siempre.

—¿Y nuestras damas?

—Ahora llamo a Astrid para que baje. Ele estará llegando, es muy puntual.

—¿Cuál es la habitación de Astrid? La voy a buscar.

—No, esperá, mejor la llamamos, si te invita subís.

—Nacho, Nacho, de mujeres a mí no me darás tú una lección.

El botones, midiendo la propina, marcó el número de la habitación de Astrid y le avisó que la esperaban. La propina se la tenía que dar Nacho.

Giró la puerta de entrada y trajo a Ele. Ella sabía entrar, como pocas. Vestido negro de lanilla liviana con algún hilito que le daba contratonos cobre, manga japonesa, a la rodilla, exacto, era sencillo imaginarse dónde iría el borde cuando se sentara, un collar que no se destacaba, pero que estaba y marcaba el final del escote en V, medias negras no opacas, zapatos clásicos, buenos, no muy altos. Tapado color lacre de buen paño. Un bolso chico, casi de mano. El pelo como recogido pero a medias, con algunos mechones que estaban justo donde tenían que estar, enmarcando los mejores ángulos. Light Blue.

Del ascensor salió Astrid. Tenía un enterito estampado de pantalón palazzo, tan pegado en los brazos que parecían tatuados con el estampado. El escote alto por delante, con la espalda descubierta hasta bien abajo. Los zapatos no se le veían. En la mano tenía un chal negro, grande, importante. Todo esto lo vieron porque al salir del ascensor dio una vuelta sobre sí misma y preguntó sonriendo:

—¿Estoy bien?

—Estás mor-tal –respondió Manuel.

Nacho y Ele se miraron y sonrieron chiquito.

Los pasos de comedia empezaron al subir al auto. Manuel no terminaba de elegir dónde iba. Ele, una vez más, resolvió. Los hombres adelante, las mujeres, que se acababan de conocer, atrás.

Manuel era el único que hablaba sin parar, decía cosas que se dicen cuando uno habla solo o cuando uno no espera respuesta: ¿tiene sentido alejarnos tanto?, ¿cuánto durará?, ¿será buena la carne de este lugar? Habló del chuletón de Ávila, del jamón del bierzo, de la morcilla de Burgos, la cecina, el jamón de bellota.

Nacho manejaba, buscó Córdoba y dejó de escuchar. Iba pensando en que nada le gustaba más que el asado que hacía su abuelo.

Ele y Astrid decidieron hablar entre ellas. Astrid se dio cuenta de que se

había olvidado de ponerse perfume. Ele le ofreció uno que tenía en la cartera, pero le aclaró que lo mejor era ponérselo a la salida, que siempre algo de olor a carne te quedaba, sobre todo en invierno que estaba todo cerrado.

Veinticinco minutos más tarde, después de dejar el auto a dos cuadras y una vez que Manuel hubiera notado que ahí estaba “la movida”, llegaron al restaurant. Como siempre, había gente esperando en la vereda, varios con copas en la mano y comiendo quesitos de una mesa puesta para tal fin. La prusiana que controlaba el ingreso, dividiendo a los mortales entre los que tenían reserva y los que no, lo vio a Nacho, le puso la oreja para que se la besara y le susurró:

—Me imagino que no tenés reserva. Tenés mi celu, no me llamás nunca. Quince minutos tenés que esperar, ya te llamo. Ni te pido que me llames, ni a Cande la llamás, ya me dijo.

—Gracias, Mica, es trabajo...

—¿Cuatro son? ¿Vos con quién estás?

—Es trabajo, Mica. Te debo una camisa para tu novio.

A los veinte minutos entraron, les dieron una mesa en un rincón. A Manuel le pareció fas-ci-nan-te; a Astrid, muy cool. Ele confirmó que esa mesa la atendía un mozo que ya la había atendido otras veces y que estaba bien.

Sin consultar, Nacho ordenó un chorizo de rueda, un bife de chorizo y un ojo de bife. Fond de Cave, un agua con gas y un agua sin gas. Les aclaró a los demás que no valía la pena pedir acompañamiento, que ya venían mozos trayendo cazuelitas.

—Yo ya he hablado mucho, cuéntenme ustedes —dijo Manuel.

Astrid no dudó:

—Lo que ya saben es que soy azafata, vivo en Múnich, bah, comparto un departamento con otra azafata, vivo en los aviones, en hoteles, me encanta viajar, me encantaba, ahora ya se perdió parte del encanto, es un trabajo, no como cualquier otro, es un trabajo que te impide tener una pareja estable, los hijos sufren mucho. Hay que retirarse, como los jugadores de futbol, está bueno pero no es vida.

Manuel aclaró inútilmente que Nacho, Ele y él trabajaban en la misma empresa, en distintas sedes. Propuso un brindis inmediato por esa noche que los había reunido y que sería ma-ra-vi-llo-sa.

Brindaron. Comieron elogiando todo, el punto de la carne, las cazuelas, el vino, el pan. Se dieron cuenta de que realmente tenían hambre, y se rieron.

Cuando estaban por pedir el postre –que Ele ya había dicho que debía ser volcán de chocolate– empezaron a barajar lugares para ir luego.

Astrid y Manuel, que venían de volar muchas horas, eran los que querían bailar, caminar, tomar. Ele y Nacho ni hablaban pero cuando decían algo era que al otro día trabajaban. Manuel aclaró:

—Nacho, tu trabajo soy yo, así que si yo termino tarde tú terminas conmigo. Y Eleonora, quién te va a decir algo si llegas tarde mañana y les explicas que estabas conmigo...

—Vemos, en todo caso un café y una copa por acá cerca.

—Baile, quiero baile.

A esa altura, Manuel ya parecía un niño pidiendo un juguete.

Pidieron un solo postre, a sugerencia del mozo, con cuatro cucharitas y cafés: largo, pocillo, jarrito y cortado.

Ele y Astrid fueron al baño, en realidad Ele la llevó a Astrid que había tomado bastante y que no sabía que el baño estaba detrás de un cortinado que parecía un telón.

—¿Querés un poco de perfume?

—Mejor cuando salgamos. Qué lindo es Nacho, casi no habla. Perdón, ¿ustedes tienen algo?

—No. Sí, es cierto, es lindo. Manuel habla mucho, pero tampoco está mal.

Silencio. Ele tuvo la sensación de que eran cazadoras que estaban a punto de repartirse las presas.

Salir de ese baño con cortinado era como salir al escenario. Volvieron a la mesa. Ele se detuvo en la caja, con un gesto identificó la mesa y le dijo al adicionista:

—Factura A. Le digo el CUIT. Le doy la tarjeta de crédito de la empresa y la mía de La Nación.

—Ok. La factura por el total y por su tarjeta un voucher para su próxima visita. Ahora les ofrecen champagne o lemoncello.

—¿Qué champagne es?

El adicionista levantó los hombros, separó las manos del cuerpo con las palmas para adelante y sacó apenas el pecho.

Ele dijo:

—Cargue a la cuenta una botella de Chandon Brut, por lo menos. Y lemoncello, no.

Dejó el diálogo sonriendo, así la vieron volver desde la mesa.

El mozo no tardó nada en traer las copas y la botella, ya habían limpiado la mesa.

—Mira, champagne... nosotros ya nos dimos por vencidos, tenemos nuestro cava y hemos venido a Mendoza a hacer champagne —dijo Manuel. Con la copa en la mano derecha, levantándola casi exageradamente, casi de pie y casi al grito—: Salud.

Todos levantaron la copa, agarrándola desde el tallo, y bebieron un sorbo antes de dejarla de nuevo en la mesa.

Ele y Nacho se miraron a los ojos y se sonrieron apenas. Hace unos años, no desde siempre, se dice que si al brindar te mirás a los ojos ese solo gesto te garantiza buen sexo.

Después de degustar su sorbo con los ojos cerrados, Astrid dijo:

—Será que ya he tomado mucho vino, pero ¿ustedes saben lo que es el medio y medio? Mis padres era lo único que pedían que les trajeran de Montevideo, una botellita de medio y medio. Para mí era asqueroso, no me lo dejaban probar, pero me tomaba los restos de las copas, no, de los vasos, lo tomaban en vasos comunes y lo hacían durar.

—No te pongas melancólica, Astrid, bonita, a divertirnos. Yo brindo por este viaje, que será inolvidable.

El mozo se acercó y Manuel le pidió la adición. El mozo respondió:

—Señor, ya está todo pago.

—Tranquilo, Manuel, paga la empresa.

—Disculpa, ya tendré ocasión de agradecerle por la atención a Don Rodolfo. Por la compañía tan grata os agradezco a ustedes. Una noche espléndida. ¿Cómo seguimos?

Nacho, que estaba esperando el momento, dijo:

—Yo no sigo, díganme dónde los llevo, pero mañana será un día largo, hoy ha sido un día largo.

—Ay, Nacho, los días son lo que son, veinticuatro horas tienen, a ti se te habrá hecho largo. Astrid ¿qué deseas hacer?

—¿Yo? Me tomaría otra copa, mañana lo tengo libre, pero nos la podemos tomar en el bar de nuestro hotel. ¿Quién viene? —dijo, mirando a Nacho.

—Yo los llevo y los dejo. Ele, ¿vos?

—Los llevamos a su hotel y me llevás a casa, ¿dale?

Antes de irse, Manuel le dio la mano al mozo, tiró una silla y saludó levantando la mano y moviéndola con ese modo de autómatas que se ve en los

saludos de las princesas o reinas jóvenes.

Buscaron el auto, se ubicaron Nacho y Ele adelante porque ellos seguían y atrás Astrid y Manuel, al que solo le faltó abrir la puerta del baúl para que quede clara su caballerosidad.

Durante el viaje ajustaron los horarios para el día siguiente. Manuel aclaró que le parecía que en este país todo empezaba demasiado temprano. Quedaron a las diez. Ele armaría un programa.

Al bajarse en el hotel Manuel extrajo del auto a Astrid y le pasó el brazo por la cintura. Ella se mostraba un poco inestable. Esperaron a que entraran y mientras Ele ponía en palabras la escena:

—Estos dos terminan horizontales. Me imagino una comedia yanqui de los cuarenta, con abrir y cerrar de puertas. Tanto lío para acostarse juntos. Al final todo es lo mismo, nacemos solos, morimos solos. Uh, me pegó mal el champagne que nos invitó Rodolfo, debería haber pedido uno mejor. Llévame a casa y quedate, haceme el favor.

—Te llevo. ¿Qué favor querés que te haga? ¿Que me quede?

El auto ya había arrancado, anduvo unas cuadras más y se metió en Barrio Parque. Estaba a punto de parar, Nacho quería besarla, quería confirmar que estaba entendiendo bien y también quería besarla, mucho.

—Nacho, acá no te pares que van a empezar a venir los custodios. Todo bien, pero acá viven todos: Susana, Mirta, Macri padre, Macri hijo... Vamos a casa, yo te digo cómo llegar.

Fueron en silencio, Ele le iba acariciando la nuca, casi como un masaje necesario. Nacho notó que su excitación ya estaba instalada, pero que junto con eso tenía unas ganas intensas de llorar, de abrazarla desnuda y llorar. Se imaginó que él quedaría abajo, ella espléndida, todavía penetrada por él, con las rodillas a la altura de su cintura, las piernas muy abiertas, los brazos muy hacia arriba. Nacho con una mano le haría exactamente la misma caricia en la nuca y con la otra mano la sujetaría, la atravesaría, le agarraría la cintura de lado a lado para evitar que ese momento termine y para que no lo vea llorar.

Llegaron al edificio. El auto quedó en la calle. Ele saludó por el nombre al nochero que estaba más dormido que despierto. Subieron al ascensor. Octavo. Silencio. Tres departamentos por piso. Ele abrió las dos cerraduras. En la mesa finita que estaba debajo del espejo dejó las llaves y la cartera. En el perchero que tenía un montón de cosas, sombreros, carteras, amagó con colgar el abrigo pero se sacó los zapatos y le dijo a Nacho, que estaba parado

detrás suyo sin saber bien qué era lo que tenía que hacer:

—Pasá y sentate. Cuelgo el abrigo, dejo los zapatos y vengo.

Terminó de decir *vengo* con la cabeza ligeramente ladeada, Nacho entendió. Le dio un beso. Ella le volvió a poner la mano en la nuca, separando bien los dedos para sujetar toda la cabeza, ahora para empujarlo suave sobre ella, sobre su boca que esperaba abierta. Lo llevó de la mano hasta un sillón, le preguntó si quería tomar algo, si quería ir al baño. Nacho no contestó, la volvió a besar, le empezó a acariciar el cuerpo con certeza, se encargó de llevar la mano de ella a su pija a través del pantalón. Ele le agarró los hombros para hacer una pausa.

—Nacho, casi te digo que era un polvo nomás, pensé que me ibas a coger vestida en el ascensor y listo, pero me gustás mucho. Vamos a ducharnos.

Capítulo 8

Sonó el despertador. 7:30. Ele remoloneó como si fuera un día cualquiera. Nacho se sentó bruscamente en la cama. Miró todo para asegurarse de que estaba en otra casa, en otra cama, con otra mujer. La acarició. Ele se dio vuelta para verlo y le preguntó si se iba a su casa a cambiarse o si iban directo a buscar a Manuel al hotel. Nacho dudó. Dijo:

—¿Qué café tenés? Necesito café para arrancar.

Le besó la nuca. Ele le dijo:

—¿Para arrancar qué necesitás? ¿Café? Tengo el café que quieras, instantáneo, de máquina...

Hicieron el amor nuevamente. Nacho se estaba apropiando de la situación. Ele estaba fascinada. A los tropezones, terminaron en la ducha. Nacho se encargó de bañarla y se encargó de que Ele lo limpie. Se dio cuenta de que terminaron riéndose a carcajadas. Nunca había sido así.

Se secaron. Ele hizo dos tazas grandes de café. Nacho decidió que iría a cambiarse de ropa antes de ir al hotel. Cuando ya se iba vio a la Ele de siempre, formalmente vestida. Ella lo despidió con un abrazo y con los ojos tintineantes. A partir de ahora eran cómplices en algo más.

Se dio cuenta de que casi no había dormido, pero al salir del edificio trotó hasta el auto, silbando.

Yendo para su casa cruzó las vías por el puente de Río de Janeiro y bajó la marcha, como siempre que pasaba por ahí, para mirar ese edificio antiguo tan hermoso, de tres pisos de departamentos con patios y terrazas. Era un juego, miraba a ver si había alguno en venta.

Al llegar encontró lugar cerca de la entrada. Subió silbando nuevamente, ninguna canción en especial, las canciones que escuchaba últimamente eran insilbables.

Primero se hizo un café solo, grande. La mitad de la taza se la tomó parado

en la cocina, casi de un trago; el resto, mientras se cambiaba. Vaquero, camisa, sweater escote en V, campera, botas. No se afeitó.

Fue armando el plan de trabajo. Iba a llevar a Manuel a la planta y de allí a un taller textil, le iba a pedir a Tito que los acompañara.

Alguien le tenía que aclarar a Manuel para qué lo habían traído. Lo estaban engañando o él se dejaba engañar. Esa tarea era para el dueño, hoy ya debería estar dispuesto. Pobre Manuel.

Nacho salió para el hotel. En el viaje fue pensando en qué habitación estarían Manuel y Astrid. Silbó nuevamente pero ahora tratando de adivinar qué canción era. No fue capaz de darse cuenta.

Al entrar al hall del hotel la vio a Ele, que al verlo venir le hizo un gesto que era su mano derecha totalmente abierta diciéndole: quieto ahí. Con los ojos le decía lo contrario. Nacho entendió, se entendían. Le dijo:

—Buen día, Eleonora, ¿cambio de planes?

—Buen día, Nacho. Te dejaste el celular en casa. Por suerte no sonó, pero me parece que tenés mensajes. Si querés, ya que estamos lo llevamos a lo de algún proveedor de telas, mientras en la planta coordinan la visita a un taller.

—Ele, ¿quién le va a decir a qué vino? Me da pena.

—Parece que le van a proponer que como parte de la reducción española él se venga a trabajar con nosotros. En el fondo me parece que le van a decir lo del traslado para que renuncie y salga más barato todavía, cosas de ellos.

—Y mientras tanto nosotros lo paseamos. ¿Es necesario?

—Hacen tantas pavadas, gastan tanta plata en cosas que no tienen sentido... que el pobre pasee un poco, que se divierta.

—¿Ya lo llamaste a la habitación?

—Te esperaba a vos primero. Llamalo.

Se acercaron a la recepción, llamaron a la habitación. No estaba. No llamaron a la habitación de Astrid. Decidieron ir a tomar un café y al entrar al salón del desayuno lo primero que vieron fue a Manuel plato en mano.

Plato que malabareó en sus manos cuando los vio. Lo sostuvo Nacho, lo que le dio lugar a Manuel a saludar a Ele con dos besos e intentar un abrazo a través del plato.

—Qué bueno que habéis venido pronto a buscarme, ya me he leído la prensa y voy por la segunda ronda de desayuno.

—Pensé que dormías. ¿Dónde está Astrid? ¿No está con vos? —le preguntó Nacho.

—No entiendo lo que pasó con esta niña. Subimos juntos, me dijo que pasaba por su habitación y que luego me buscaba. Me he quedado dormido esperándola, me desperté a medianoche y no me pareció prudente llamarla a esa hora... Pero mírala a la muy fresca, ahí viene...

Se dieron vuelta para mirar hacia la puerta que con un gesto de mentón había indicado Manuel y la vieron entrar a Astrid, que no venía sola, la acompañaba un hombre grande, cercano a los sesenta, bien llevados, de buen color y buen vestir. A Astrid la recibió Manuel. Ele y Nacho saludaron al hombre:

Ele dijo:

—Rodolfo, ¿cómo es que estas aquí?

—Eleonora, querida, anoche me desocupé tarde y no te pude contactar por teléfono para que me dijeras dónde iban a comer. Decidí esperarlos aquí, no tenía otra cosa que hacer. Estaba en el bar y allí conocí a Astrid, y después de charlar un rato nos dimos cuenta de que teníamos un vínculo, que ella había estado con ustedes. Pero bueno, a reponer energía, a desayunar y a la planta, a recuperar el tiempo perdido, que es probable que mañana tenga que estar en Montevideo.

Ele y Nacho apenas necesitaron mirarse para entender todo y más.

Desayunaron los cinco juntos. Al terminar, Rodolfo y Astrid cuchichearon sonrientes, Ele y Nacho distrajeron a Manuel que de todas maneras no parecía darse cuenta del juego coreográfico que sucedía.

Astrid se fue. Aclaró que iba a estar en el gimnasio, saludó moviendo la mano, para evitarse detalles, y la vieron irse dando casi saltitos.

Rodolfo dijo:

—Ele, ¿cuál es el plan? Trabajemos con Manuel, quiero que conozca todo lo necesario antes de tomar ninguna decisión.

—Señor, pensé dos opciones: una visita a un proveedor de tejidos o una a un taller externo. En realidad debería ir a los dos lados. ¿Quiere elegirlos usted o lo veo con la gente de producto y la de taller?

—Lo que sea más rápido. Mañana tenemos que estar cerrando este tema. — Y como si Manuel no estuviera allí escuchando— ¿Cuándo se vuelve? De última, cambiamos el vuelo, o se va antes, mañana, o se lo extendemos lo máximo posible si se queda.

Manuel creyó necesario aclarar:

—A donde dispongan, no tengo problema alguno, ansioso estoy.

Rodolfo cerró el programa:

—Eleonora, llama a producto y que te digan a qué fábrica de tejido ir, después a la planta y ahí que se enganche alguien de taller, no vayan solos a ningún taller externo, no les van a abrir. Te venís conmigo a la planta, a lo de las telas puede ir con Nacho, fijate si es necesario que vaya alguien de producto y se encuentran en lo del proveedor, están todos por San Martín. Depende la hora que se haga nos reunimos hoy a última hora o mañana a la mañana. Si yo viajo lo pasamos para el jueves. Total, mañana que esté en la planta y se empape.

Y dirigiéndose a Manuel:

—Y, Manuel, ¿cómo te han tratado?, ¿todo bien?

Manuel arrancó con un gesto y antes de que dijera palabra Rodolfo ya hablaba con Nacho:

—Nacho, vos te quedás con Manuel, yo me llevo a Eleonora. Si te necesito para que me lleves a Aeroparque te llamo, aunque si voy lo mejor será un remis, tendré que pasar por casa antes, si viajo.

Eleonora informó:

—Los de producto me dicen que vayamos a CITEX, en La Plata, o Texlifar, en San Martín, a cualquiera de los dos. Me dicen que a Nacho lo conocen en los dos lugares, que ellos avisan.

—No dije que me hagan elegir a mí, dije que los de producto decidan, ¿tan difícil es?

Sonó el teléfono de Don Rodolfo, que se alejó un poco para atender.

Ele volvió a llamar a los de producto, que le indicaron que en realidad debía ir a las dos fábricas, que hacían cosas distintas, que si era ir a una sola y encima tenía que ir uno de producto desde la planta que fueran a la de San Martín, que era más chica y se recorría más rápido.

—Van a la de San Martín —le informó Ele a un Rodolfo al borde del enojo.

—Vamos, Ele, que hay gente esperándote en la planta, los de Venezuela por la tienda en Margarita, en el viaje me contás qué hacías en este hotel.

Ele se mordió para no preguntarle lo mismo a Rodolfo, qué había hecho en el hotel. Rodolfo saludó rápidamente, puso su mano en el hombro de Ele y salieron. Nacho entendió que había cosas que no entendía y que era mejor así. Ele giró la cabeza para saludar a los dos, mirándolo a Nacho.

Capítulo 9

Nacho pensó que era necesario atender un poco a Manuel, explicarle por lo menos las cuestiones relativas al trabajo.

—Manuel, nos están esperando en una fábrica de tejidos, son los proveedores de las telas de las camisas, de las telas más livianas. Hace poco me explicaron la diferencia, seguro que vos ya la sabés, vamos a una fábrica de telas planas.

—Je je, sí, sé la diferencia entre telas planas y de punto, es una convención internacional. Lo aprendí en la tecnicatura que cursé en la Cámara de Comercio de Madrid, el profesor tenía puesta una camisa y un jersey y dijo: “La tela de mi camisa no cede en ningún sentido, ni horizontal ni vertical, es tela plana”, se sacó el faldón de dentro del pantalón e intentó estirla. Luego tomó su chaleco tejido: “¿Ven cómo cede para todos lados? Eso pasa porque es tejido de punto”. No se me olvida más.

—Bueno, allá vamos. ¿Te interesa ver la parte de los telares o solo el producto terminado?

—Todo. ¿Estarán los dueños? ¿Sabes si hay alguna negociación en curso con ellos? Esa parte es la que más me interesa, ese es mi fuerte.

—Los dueños están siempre, son dos hermanos, la fábrica empezó con los abuelos, se fundieron varias veces. Los padres y la abuela, que anda dando vueltas por allí, viven en una casa en la misma manzana.

—Una PyME familiar. En España solo han servido para algún producto artesanal.

Mientras hablaban llegaron al auto. Subieron. Manuel se puso el cinturón de seguridad, Nacho arrancó. Casi a los gritos, Manuel le dijo que no tenía el cinto puesto. Nacho le dijo que tenía razón, pero que en ciudad casi no lo usaba.

—Vosotros estáis locos. Nuestros autos no te dejan arrancar si algún

pasajero no tiene puesto el cinturón, vaya adelante o atrás, el tablero lo marca. No entiendo cómo no os matáis más...

—Nuestros autos no tienen eso que me decís, y sí que nos matamos, pero las estadísticas son otro tema complicado.

—Mejor no enterarse.

—Eso mismo, mejor no enterarse.

Salieron de Buenos Aires y pocas cuadras después de cruzar la General Paz llegaron a la fábrica que estaba en San Martín.

La fábrica no tenía cartel ni showroom. Tenía una cortina metálica grande y una puerta con reja y timbre. Nacho tocó el timbre, pasaron unos minutos, volvió a tocar y cuando estaba llamando a la gente de producto para que avisaran que estaban en la puerta, una voz vino gritando: “Voy... voy...”.

Se abrió la puerta y alguien los miró, reconoció a Nacho y dijo:

—Me llamaron desde la planta de ustedes, pero pensé que tardaban más – estiró la mano para saludar–. Guarda con el escalón. Esta era la entrada de la casa de mis abuelos, siempre estamos por hacer la entrada de nuevo, por poner una recepcionista, darle otra pinta, pero acá nunca se sabe. No sé qué le explicaron, pero acá nunca se sabe... pero bue, nosotros no sabemos hacer otra cosa. Después de todo, esto arrancó manteniendo a una familia y ahora mantiene como a veinte. ¿Café? Díganme cómo lo quieren que lo pedimos al bar de la otra cuadra.

—Señor... Mario –dijo Manuel–, acabamos de desayunar. Me interesa ver los telares, las urdimbres, la producción. ¿Hay algún pedido nuestro en máquina en este momento?

—Sí, siempre hay un pedido en máquina porque siempre estamos atrasados y no siempre hay algodón, con esto de la soja el algodón se cultiva en los rincones de los campos y nosotros tejemos solamente algodón, no sabemos trabajar con mezclas, ni queremos aprender, en una de esas nuestros hijos, pero pasen, pasen, miren por dónde pisan y vamos hasta el fondo.

En general estaba todo muy desordenado, había pilas de rollos de telas con distintos dibujos escoceses y algunas lisas. Cajas muy grandes con conos de hilo gigantes y otras abiertas de mala manera que se veía que tenían adentro tarros de tintas.

Mario, el dueño, avanzaba hablando:

—Textilfar nos llamamos, tuvimos cartel, bajamos el cartel, cambiamos el cartel, al final no lo colgamos más. Nadie nos va a entrar a comprar por el

cartel, les vendemos a los clientes que saben que tejemos algodón puro, nuestros escoceses son muy buscados. Mi hijo está terminando la carrera de ingeniero textil, pero nos explica cosas que no entendemos y después nos damos cuenta de que ya las estábamos haciendo, como los jacquard, ustedes saben, son dibujitos sobre la tela pero todo en el mismo color, trabajos delicados. Mi pibe ya nos advirtió que si no lo dejamos ordenar este despelote se va a trabajar a Brasil, y mi hermano y yo le dijimos "ma', sí, andate o te lo ordenás vos".

Llegaron a los telares, el ruido era ensordecedor, algunos operarios tenían protectores auditivos puestos y otros los tenían colgando alrededor del cuello. Miraban. Si un hilo se cortaba, saltaban sobre la máquina y con una velocidad que impedía que la vista registrara algún movimiento lo anudaban. Cada uno miraba un color, si no era su color el del problema, ni se movían. Miraban su color y la máquina en general, la caída de la tela que pasaba por una mesa corta para terminar en la enrolladora.

Manuel preguntó:

—¿Cuántos metros tienen los rollos? ¿Los hacen a la medida del cliente?

—Nooo, tienen cien metros en uno cincuenta de ancho. Podemos hacer hasta dos treinta para sábanas, pero hace rato que entran de Brasil.

—¿Quién diseña los escoceses? —preguntó Manuel.

—Lo que se dice el diseño son variantes nuestras, a esta altura tenemos como setenta cuadros. Los colores sí los pueden elegir los clientes. También hacemos cambios de hilado en sus títulos.

—Nacho, ¿sabes qué son los *títulos*? —preguntó Manuel.

—Ni idea.

—Es la combinación de la urdimbre. Por ejemplo, 2/32 son dos hebras en un hilado. El 32 son los gramos que pesan los mil metros de fibra. En cuanto tengamos tiempo te enseño cómo reconocer las fibras al quemarlas, ¡es apasionante! Las proteicas, que son las más naturales (lana, seda, tú me entiendes), al quemarlas arden de manera irregular y dejan un carboncillo que se vuela y huele a pelo quemado. Las de fibras sintéticas (el poliéster) largan un humo negro y se hacen una bolita dura y redonda, un mundo hay allí...

—Eso mismo —dijo Mario—. Veo que el señor sabe.

—Pocas fábricas tenemos nosotros, y ahora con la crisis algunas han cerrado. En Valencia había varias. Veo que ustedes mantienen el oficio.

—Sí, mantenemos el oficio, pero en Brasil en vez del operario hay un

sensor.

—¿Cómo ordenan los pedidos? ¿Cómo está organizada esta planta? —preguntó Manuel.

—Mire, facturamos a mano, con eso le digo todo. Siempre estamos por detrás de la realidad, corremos todo el día, y como dijo usted, mucho oficio, la gente que trabaja acá hace añazos que está y cada uno tiene su forma, su método dice mi hijo, para él es fácil, solo hay que unificar los métodos empíricos, empíricos, ja, ja.

Pasaron a la oficina de Mario. En uno de los costados de la oficina —que no tenía puerta, había tenido, pero ya no, ahora solo quedaban los goznes— estaba su escritorio rodeado de bolsas con cortes de tela, cubierto de cartones con muestrarios, pinches con papeles de distinto color y tamaño ensartados a la espera de ser debidamente clasificados, algunos amarillos y secos, latas con biromes en dudoso estado, ganchitos y bandas elásticas alrededor, en muchos casos ya secas.

Mario tenía un buen sillón de cuero y del otro lado del escritorio, para las visitas, dos sillas cómodas en bastante buen estado.

Ofreció café, Nacho quería un cortado, Manuel un americano, pero no se los pidió a nadie. Dirigiéndose al español le dijo:

—¿Y? ¿Qué le parece todo esto? Es una calesita, no hay que bajarse nunca, mi hijo me dice que delegue así me puedo dedicar a posicionar nuestra marca en el mercado. Mi mujer ya nos pidió a los dos que de eso hablemos en la fábrica, no en la mesa, porque a mí me va a dar algo. El pibe dice que mientras no distinga lo urgente de lo importante, lo eficaz de lo eficiente, mientras no sea capaz de hacer una planificación financiera, no vamos a dar el salto. El salto al vacío vamos a dar. Muy teórico todo. Quiere que contrate un equipo de diseño, un estudio de abogados y otro de contadores. No entiende. Los diseñadores, *las* diseñadoras, son todas pibitas, cuando entran ponen cara de oler mierda, los muchachos del galpón se distraen, me empiezan a pedir Pantones, a sacar muestras, a probar y después resulta que la gente que me vende los pigmentos tiene lo que tiene, se cagan de risa cuando les pedimos color por número, eso es todo importado y entra lo que entra. ¿Cómo le digo a un contador lo que vendo y compro en negro, cuando llega lo del IVA? Ustedes también tienen IVA, ¿no? —preguntó sin esperar respuesta—. El contador, que es el hijo del contador de mi viejo y que trabaja en un banco y hace esto como changa, él no me factura su trabajo..., me dice:

“Mario, ¿cuánto quieres pagar?”. Lo menos posible, ¡cómo voy a pagar el IVA de una factura que todavía no cobré yo!

A medida que hablaba se iba calentando, ofuscando. Pasó uno de los trabajadores y Mario le gritó:

—Felipe, traeme agua de la máquina y café para la gente acá.

Y dirigiéndose de vuelta a Manuel y Nacho dijo:

—Pusimos dos máquinas de agua, comprando los bidones la máquina te la dan gratis y es más seguro que saquen el agua caliente para el mate de la máquina antes de que anden calentando con hornallitas, tachitos, un peligro.

Un poco más calmado les preguntó por qué lo estaban visitando, ¿un pedido nuevo?, ¿algo para exportar? Pero antes de que le contestaran volvió a arrancar, y les aclaró que sabía que para exportar estaba jodido, que con los chinos no había forma, que por lo que él hacía la tela los putos chinos hacían la camisa y le ponían botones, bolsita y caja.

—El milagro chino. Pensar que si no se hubieran organizado así se hubieran terminado comiendo entre ellos —dijo—. Imparables.

Siguió explicando:

—Acá nos equivocamos, les decimos chinos a todos, chinos acá hay pocos y no de los mejores, los mejores se van a Estados Unidos, lo que hay acá son coreanos, manejan todo el textil, no tienen hígado. Hay que fabricar, fabrican, hay que importar, importan o traen de contrabando, no tienen hígado. Ellos tienen los mejores despachantes, los mejores abogados y los mejores contadores. Me han contado cada cosa. Pero, en fin... mejor no sigo que si no van a ir a comprarles a los coreanos, je je.

Le trajeron agua en un vaso de plástico a Mario y dos tazas grandotas distintas entre sí con café instantáneo hasta la mitad. Unas cucharas de sopa salían enormes de las tazas. También trajeron un frasco de edulcorante líquido.

Manuel, que había estado haciendo el gesto y poniendo el cuerpo para adelante para penetrar con alguna pregunta el discurso monolítico de Mario, aprovechó la pausa y le preguntó:

—¿Cuántos metros pueden producir con la tecnología instalada?

—Y, depende... No fabricamos para tener stock, hacemos sobre pedido, o sea a veces estamos al pedo, barremos el galpón, usted me entiende, ¿no? Y a veces los muchachos tienen que hacer horas extras. Nuestra especialidad son los escoceses, la camisa de hombre siempre usa escocés para la línea sport,

más grande, más chico, dos colores, cuatro, pero escocés siempre usa. Eso lo atendemos sin problema, tenemos clientes, como ustedes, que piden cosas más elaboradas, más finas, con fibra pura, algodón o viscosa. A ustedes les hacemos unos cincuenta, cuarenta mil metros por temporada. Promedio, eh. Cuando viene de moda el escocés para la mujer se dispara todo, lo piden primero los que fabrican para las marcas y después los masivos, que acá son los supermercados y después La Salada. ¿Le explicaron acá al amigo español lo que es La Salada? —No esperó respuesta y siguió—. Eso sí, cuando se corta se cortó, lo que te quedó de cuadros con colores para mujer se lo vendés a alguno que haga camisa moderna para hombre o tenés que esperar a que se vuelva a poner de moda, cuatro años mínimo, a veces hasta siete. Mi hijo quiere que yo adivine los ciclos, está loco.

Manuel dijo:

—Admirable lo que hacen con ese nivel de imprevisión. ¿Niños hacen?

—Y... algún tirito de vez en cuando. —Se dio cuenta de que Manuel no le entendía el chiste, y siguió—. Para niños hacemos puro algodón súper peinado, son muy hinchas, y escoceses muy clásicos, es de lo único que me animo a tener stock, se vende siempre, rosa y blanco, celestito y blanco, amarillito. Ahora piden también un verde clarito, clarito.

Nacho miró el reloj, habían pasado casi tres horas, tendría que llevar a Manuel a comer pero no por ahí. Para ir cerrando dijo:

—Mario, ¿y tu hermano?

Mario se paró y dijo casi a los gritos:

—¡Mi hermano! Qué buen tema. Mi hermano está otra vez en Europa, anda por sus pagos —dijo mirando a Manuel—. Viste que él está cada vez menos acá y cada vez más en la fábrica de la familia de la mujer. Un braguetazo pegó mi hermano. Eran clientes nuestros, fabrican acolchados, sábanas. A *la nena* le dijeron que a ver si hacía algo con otra marca que ellos la instalaban. La mujer de mi hermano, eran novios en esa época, no sabía qué hacer. Probó varias cosas pero siempre terminaba pegada a lo que hacía la familia, manteles, ropa de cuna, hasta que se le prendió la lamparita y arrancó a hacer lencería erótica, yo he visto, bombachas que atrás no tienen nada, un hilito, hilo dental, pero con una pluma roja, mamita querida... qué negocio...

Manuel preguntó:

—¿Y cuáles son sus canales de venta?

—Sex shops y venta por catálogo, esas revistitas. En los pueblos es

infernol, porque no la van a ir a comprar a la tienda del turco, pero a la amiga, a la maestra, a la cajera del supermercado que tiene la revistita le encargan. Disfraces venden, disfraces picantes. Se llenaron de guita. Tiene una flota de camiones que distribuye por todo el país. Mi hermano se encarga de esa parte y de los castings para las fotos, un vivo, ¡cómo la hizo! Acá viene cuando viene a ver a los viejos.

Capítulo 10

Nacho volvió a mirar el reloj cuando vio que los operarios iban largando todo, como si hubiera sonado un gong, y movían unos rollos para despejar una tabla montada sobre un caballete, sacar tappers de la heladera, meter cacharos en un microondas, desapilar sillas y armar una especie de fogón. Iban a comer, el mundo seguía andando.

Le preguntó a Mario dónde podían ir a comer por ahí, sabiendo que no lo llevaría a Manuel a ningún *porahí*. Mario le respondió entendiendo el juego, les aclaró que se tenía que ir al banco, que si no los hubiese acompañado, que la próxima, y ya cerrando y para darle un sentido a esa visita, a esa interrupción, le pidió a Nacho que les avisara a los de diseño que las muestras las iba a tener para la semana próxima, y que los rollos lisos para forrería los iba a mandar esa misma tarde.

Manuel dijo que volvería antes de irse a llevarse unas muestras y sacar unas fotos. Mario le pidió que le avisara así los muchachos se peinaban.

Nacho dudaba si volver al centro o ir a la planta. Manuel estaba mudo, pensativo. Nacho resolvió: a Pilar. En el camino comerían algo y después se lo entregaba con moño y todo a Ele y le preguntaba cuáles eran los planes para Manolo, para él.

General Paz, Panamericana. Nacho no le preguntó a Manuel, él necesitaba comer pastas. Cuando pagaba la empresa iban a uno de Pilar que era bueno, sin mucho más, y bien caro. Hoy pagaba la empresa, otro ticket para guardar, ya que iba a la planta iba a aprovechar a cobrar un montón de los últimos días.

Durante el almuerzo Manuel, como despertando de un sueño, o de un mal sueño, dijo:

—Nacho, no entiendo cómo funciona esto. Uno de nuestros principales proveedores, con mucho oficio, está pensando si avanza, si pone tecnología,

no entiendo. Lo consultaré con Rodolfo cuando nos sentemos a hablar de todo esto.

—Manuel, no es lo mío esta parte, pero esto es así, nadie se juega a medio y largo plazo, las reglas cambian constantemente. La última vez que vine yo, el hijo de Mario recién me decía que hay que tener coraje, plata y coraje. Iban a comprar un telar nuevo, afuera, y lo suspendieron porque telas incluso mejores que las que iban a poder hacer ellos con ese telar empezaron a entrar de contrabando, más baratas.

—¿Hay contrabando? Aduana hay, y la OMC, la Organización Mundial del Comercio, Nacho, me imagino que vigila. ¿Tú dices corrupción?

Llegaron los platos, fettuccini con estofado, y en los postres Manolo volvió con su otro gran tema:

—A ver, Nacho, ya me he dado cuenta de cómo me birlaron a la niña y quién ha sido, a callar diría mi madre, y parece que el plan es que la siguen en Montevideo. Yo, mutis. Dime cómo lo resolvemos, me pongo en tus manos, tú me entiendes, no me pongo yo en tus manos, quiero una mujer, joder, para eso... para joder...

Nacho tomó su teléfono y buscó un número, mientras le decía a Manuel: “Mi prima...”.

—Hola, Cande, Nacho, ¿te desperté? ¿Podés hablar? Necesito un favor. Un compañero de la empresa de Madrid, sí, español, quiere salir hoy a la noche y yo no voy a poder acompañarlo. ¿Vos podés?... Espero...

Tapando apenas el teléfono le dijo a Manuel:

—Hoy no puede, mañana puede.

Miró cómo Manuel aceptaba, resignado, y siguió hablando con Cande.

—Eso lo arreglamos... bien... donde quieras... decime ahora o me llamás antes de las cinco.

Bajó el teléfono y le preguntó a Manuel:

—¿Pasa por el hotel? Ella está cerca.

No esperó respuesta, siguió hablando con Cande:

—Sí, yo también, dale, mandame mensaje confirmando y te mando el número de habitación. Cande, ya sé... si no me voy el fin de semana a Rosario nos vemos, paso, beso.

Y le dijo a Manolo, sonriendo:

—Mirá que es mi prima, eh.

—Si es guapetona como tú, será fenomenal.

Salieron para la planta. Ni bien estacionaron Manuel se apuró a bajar y Nacho llamó a Ele:

—Rodolfo se va nomás, ya me avisó, pero no lo tengo que llevar, sale desde el hotel. Ele, arreglá que a Manuel lo lleven a algún taller de costura y nos vamos, a las cinco pero nos vamos. Al cine primero.

Capítulo 11

No fueron al cine, fueron a la casa de Nacho. Ele le pidió de ir. Casi sin darse cuenta Nacho bajó la velocidad al pasar por el puente y le tuvo que explicar a Ele lo que le gustaba ese edificio. Ella, acariciándole la nuca, le dijo:

—Nacho, vos podés estar donde quieras estar, sos tan bueno...

Nacho sabía que no era así, que para Ele no había sido así, que estuviera con él y yendo a su casa era la prueba. El hechizo iba a resistir un poco más, pero sabía que no iba a durar mucho, él no era capaz de tener una mujer así. Sufrir con anticipación, la melancolía avanzaba.

A Ele le gustó el jardín delantero. Subieron por las escaleras. En cada descanso se abrazaron y besaron tranquilos, sin furia. El último tramo lo hicieron de la mano. Ni bien entraron se desnudaron, cada uno se desnudó tranquilo. No hacía frío. Ele se soltó el pelo y movió la cabeza para que se le acomodara solo, Nacho empezó a oler su piel y se recorrieron con las manos, parados en el centro del departamento, cada vez más lentamente, como sabiendo que estaban haciendo memoria con ellos mismos. Se ducharon juntos. Sin secarse, cayeron en la cama e hicieron seriamente el amor como si fuera la primera vez en cada una de sus vidas. Ele le puso palabras a esa sensación y dijo:

—Es como ser una virgen sabia, me asombro de lo que ya sé. Ahora cogeme como si fuera tu primera mujer, andá descubriéndome.

Nacho solo quería que ella gozara mucho con sus manos, su lengua, su pija. Construir un recuerdo.

Se fueron quedando dormidos, sabiendo que no les importaba las veces que habían acabado, juntos o por separado. En ese contrafrente el sol no los iba a despertar bruscamente, el día entraba como de costado, como una luz que alguien hubiera prendido.

Nacho estaba ovillado en el centro de la cama con la cabeza en la panza de

Ele, que se despertó primero y lo fue acariciando y terminó haciéndole cosquillas. Nacho ni se acordaba de que tenía cosquillas. Cosquillas se hacen dos que se están divirtiendo.

Tenía que ir a Rosario, su hermana era campeona mundial de cosquillas.

—Ele, ¿vamos a Rosario? Necesito que me acompañes.

—Años sin ir... déjame pensar. ¿Rosario tiene que ser?

—Mi hermana Analía está en Rosario, la tengo que ir a buscar, la tengo que traer.

Ele se apoyó en un codo, se echó el pelo para atrás y preguntó:

—¿Ir a buscar? ¿Está con problemas? ¿Tus viejos saben?

—Sí, está con un mal tipo, que está en cualquier balurdo. Pero ella lo defiende. Mis viejos saben algo, pero saben que no pueden hacer nada, que si se meten la pierden del todo. La tengo que ir a buscar.

—Voy con vos. Lo que queda de mi familia en Rosario no me interesa, yo tampoco les intereso a ellos.

No le dijo que era él el que le interesaba ahora. Fue subiendo para poder besarla y para poder hacer el amor otra vez; ella arriba, como le gustaba.

El celular de Ele sonó adentro de su cartera cuando se estaban bañando. Le dejaron un mensaje. Era Fredy, que Manuel estaba llamando como loco porque no encontraba a Nacho, que Nacho no atendía el teléfono.

Ele llamó con la taza de café en la mano y le preguntó a Fredy si lo había llamado a Nacho, que en todo caso si Nacho no aparecía ella se encargaba de Manuel. Mientras tanto, Nacho buscaba su teléfono. Se acordó que lo había dejado en el auto.

Bajaron. Ele se tomó un taxi hasta su casa, se tenía que ir a cambiar. Nacho fue para el hotel. Cuando llegó, Manuel estaba fuera de sí. Ni siquiera es que estaba en la vereda, cruzaba la calle una y otra vez. Al ver venir a Nacho salió casi corriendo a su encuentro y en tono alto y con la voz a punto de quiebre le dijo:

—Nacho, pensé que me habías abandonado, que me dejaban aquí, nadie sabe decirme dónde estabas.

—Manuel, el teléfono se quedó en el auto. Llegué, vamos a la planta.

De acuerdo a lo convenido sonó el teléfono. Nacho miró la pantalla, le dijo a Manuel “Es Eleonora” y atendió:

—Buen día, Eleonora, ¿cómo andás, alguna novedad? Sí, yo estoy con Manuel en el hotel, ya salimos, sí, te paso a buscar. Mandame la dirección

por mensaje.

Era un juego. Era una mentira. Era así la cosa.

—Manuel, de pasada la buscamos a Eleonora que va también a Pacheco.

Esperó a que Manuel bajara sus cosas apoyado en el auto. Recibió un mensaje de Cande. Después lo miraba, después lo contestaba. Ahora no.

Recibió el mensaje de Ele con la dirección. Cero comentario. Calle, número, piso, departamento.

La pasaron a buscar, bajó enseguida. Se había cambiado. One de Calvin Klein. Manuel bajó, le dio dos besos, era un caballero. Ele aprovechó y se sentó adelante, le dio un beso a Nacho y le guiñó el ojo.

—Ayer tenía una contractura bárbara, pero elongué un poco y se me pasó. Estoy como nueva.

Manuel empezó a hablar de las virtudes del *ioga*, no decía “yoga”, decía “ioga”, de los méritos de los maestros que había ido teniendo, de la meditación. Ele dijo:

—Ay, Manuel, qué maravilla la meditación. Meditá, meditá que yo te aviso cuando llegamos.

Manuel se sacó los zapatos, se puso en lo más parecido posible a la posición de loto, emitió algunos sonidos, cerró los ojos, movió varias veces la cabeza. Ele y Nacho no hablaron, solo estaban sonrientes. Así llegaron a la entrada del Parque Industrial.

Lo despertaron a Manuel, que actuó como si se hubiera desconectado del planeta y, ya con los zapatos puestos, siguió con las manos con las palmas pegadas. Así saludó a los de seguridad, subiendo y bajando la cabeza, lo que les dio tema de charla para dos horas.

Fredy los esperaba con la instrucción de que ni bien llegaran tenía que avisar a los de corte para que José Luis o Carlos los acompañasen, a Nacho y a Manuel, a un taller de costura externo.

A Ele la esperaban unos cuantos mensajes, llamados y un grupo de dos personas de una fábrica de proveedores y tres diseñadores nuevos para entrevistar. Los proveedores venían a ver al contador y los diseñadores al jefe de producto, pero Ele estaría en las dos reuniones, Ele sabía.

Capítulo 12

Cuando parecía que todo estaba puesto a nivel rutina, ya terminando la reunión, los diseñadores y el jefe de producto demoraron todo: se chuzaban para ver quién estaba dos pasos más adelante en la tendencia y quién era el dueño del “percibido”. El contador se había ido a almorzar con los dos últimos proveedores, que aparentemente eran competidores. Eleonora escuchaba una vez más que tal o cual tela tenía mejor percibido. Ella ya sabía que eso se decía en lugar de decir que tal o cual tela “parecía” más cara, más valiosa, aunque no lo fuera. Ele estaba gloriosamente cansada y la cabeza le navegaba pensando en la gracia que le haría esta discusión a su madrina, que era la reina del “más que ser hay que parecer”. El percibido era justamente eso.

La bajó violentamente a tierra la entrada de Fredy que sin golpear y más bien a punto de tropezar dijo:

—Eleonora, el señor Rodolfo, Liliana, que es urgente, ya cortó, que veas a Liliana, que suspendas todo, que te lleve Nacho, que lo llames con todo resuelto.

Liliana era una de las jefas de la Aduana. Trataba con Ele y una vez por año Rodolfo la iba a saludar muy formalmente, a que lo viera.

Eleonora le dijo a Fredy:

—Pedime en depósito dos conjuntos de los nuevos de mujer y dos de hombre de los clásicos. Si no hay acá los paso a buscar por el local de la Imprenta; colores distintos, talles los de siempre: mujer L, hombre 40. Confírmame en cinco si me los llevo de acá o no. Nacho, vamos. —Repasó: teléfono, cargador—. Ahí vengo, igual Liliana vuelve a las tres de almorzar.

Entró a su oficina y cerró la puerta con el botón. De un estuche largo de cuero rojo sacó la llave del segundo cajón de su escritorio, que estaba más al fondo, que no se veía, parecía que solo había un cajón, el de arriba.

Abrió, sacó dólares que estaban atados en fajos de a diez billetes doblados al medio. Repasó un paquete que tenía las gomitas elásticas que lo cruzaban en los dos sentidos, después otro que era igual. De uno que tenía siete fajos doblados y las banditas en un solo sentido sacó cinco fajos. Del mismo cajón sacó un sobre bolsa de papel madera que parecía hecho a medida para esa cantidad de dinero, lo cerró con cinta scotch y lo tiró al fondo de su bolso.

Se pasó la mano por el pelo, se alisó la pollera, controló si tenía el lápiz de labios, abrió la puerta y salió taconeando y balanceando el bolso como si llevara la compra para hacer una comida ligera, light.

Al borde del tartamudeo, Fredy le dijo:

—Ele, acá había —y le entregó todo en una bolsa. Antes de que ella dijera nada—: Me acordé, adentro hay tres bolsas dobladas.

Eleonora agarró la bolsa, vio que Nacho ya estaba en la puerta con el auto en marcha, lo despeinó a Fredy, suave, como agradecimiento por el apurón, y salió.

—Nacho, todo por el bajo, si llegamos antes nos tomamos un café en el patio y escuchamos los chismes.

Era otra, estaba trabajando e iba a la Aduana, cosa seria.

Todavía en la Panamericana, Ele se rió y llamó por teléfono:

—Fredy, no me nombres. ¡Nos olvidamos de Manuel! Llevalo a almorzar, tardá todo lo que quieras, no vayas a donde va el contador... qué no vas a saber a dónde va, bien que sabés... pedí boleta... sacá de la cajita de los fletes... alcohol no... decile... decile que una emergencia, que un barco, que fue una orden del señor Rodolfo... hablale de tu viaje a Cataratas, de fútbol... no, a un taller no, lo llevo yo mañana. Te llamo, no hay señal en la Aduana, de última le pedís un remis a Miriam y lo mandás de vuelta al hotel que Nacho ya le arregló algo. Vos al hotel no, Fredy... no, al hotel vos no...

Cortó. Le dijo a Nacho:

—Ni me acordé del gallego. Después lo llamás vos cuando terminemos con Liliana y le coordinás lo de tu amiga. ¿Sos buenito? ¿Ponés música y me duermo un ratito que estoy muerta?

Nacho fue tarareando la música que ponía. Buscó algo de Soledad Villamil, que sabía que le gustaba a Ele. Tarareaba porque Ele no dormía, tenía los ojos cerrados y de vez en cuando masticaba alguna de las canciones.

Llegaron dos y media pasadas, dejaron el auto en el estacionamiento de Avenida Belgrano. Antes de bajar Ele metió el sobre de papel madera entre

los pliegues de la camisa de hombre más oscura, color cemento, entre el cartón que arma la forma de la camisa y la espalda. Lo enganchó del lado de adentro, con uno de los broches blancos que ajustan el cartón a la tela. Quedaba justo.

Entraron y, sin decir nada, Nacho se adelantó. Pasó por los molinetes, estaba registrado, fue rápido. Eleonora sacó el celular, se puso a hablar y avanzó sonriente por encima de la flecha que decía “Personal AFIP”. No la paró nadie.

Se encontraron en el patio de planta baja a la derecha. El edificio era hermoso, un patio digno de palmeras, pero estaba techado con lucarnas de colores. Había un kiosco que a esa hora ya estaba casi agotado, lo atendía un ciego que se regodeaba cobrando, acariciando los billetes. Todo lo demás, la entrega de los productos, fríos o calientes, lo hacían un muchacho y una chica que seguramente odiaban al viejo y seguramente eran sus hijos. Se tomaron dos cafés de máquina de ficha, con dos alfajores Amaratotto que se conseguían en muy pocos lugares y que cada vez que iban era su rito. En ese patio se sabía todo. Cualquier conversación, aunque ya estuviese empezada y no se supiese de quién se estaba hablando, era un policial. Las palabras eran: “tacho”, “vista”, “bagayo”, “despacho”, “dejai”, “verificadora”, “registro y cruce”, “sin derecho a uso”, “el María”, “secuestro”, “giro”, “ramo”, “tarifar”, “valoración”, “canal rojo”, “canal verde”, “canal naranja”, “rezago”. Ese día volvieron a oír una expresión vieja: “valor criterio”. Ya se sabía que si el nuevo gobierno sacaba las dejai, o Declaración Jurada Anticipada de Importaciones, para recaudar iba a tener que usar el método del Valor Criterio. Esto significaba que a la Aduana –al gobierno, en definitiva– no le importaba nada lo que valieran los productos en China, por ejemplo, sino que para los efectos tributarios –o sea, la plata que había que pagar para poder sacar las importaciones del puerto– la base de cálculo iba a ser la de los listados de valoración aduanera, y se acabó.

Eleonora se volvió a pasar la mano por el pelo, se puso rouge y frunció la boca para emparejarlo, se alisó la pollera y lo llamó a Nacho que estaba casi con la boca abierta escuchando una de convoys que muy ampulosamente contaba un habitué.

A la Aduana no van los despachantes, salvo los muy nuevos que tienen que pagar derecho de piso. En su lugar van unos pibes y pibas encantadores y veloces que conocen a quien tienen que conocer en cada sector. Se desarrolla

gran experiencia rebotando en las distintas mesas de entradas, se conocen los mejores horarios, las peculiaridades de los distintos empleados y sus tarifas. El menor de los trámites tiene una tarifa cuasi pública. Se puede no pagar y esperar y esperar, ni siquiera te dicen “no”.

Siempre se sube por la escalera. La Aduana tiene tres pisos, la escalera es espléndida, ancha, de mármol, limpia hasta el segundo piso. Del segundo al tercero y de planta baja al subsuelo parece una prima pobre de la grande y blanca escalera principal. El ascensor es muy lento y espástico. En el segundo piso están los ramos: Papeles, Mercería, Drogas.

Iban al ramo 4, Mercería. La jefa era Liliana. El jefe del ramo es el que a su espalda tiene la pared. Viene la pared, usualmente con una ventana con vidrio esmerilado o contact hasta una altura de dos metros desde el piso, el escritorio del jefe, si hay papeles están en una o dos filas de legajos apilados y poco más, una pantalla y a veces un portarretrato, aunque raro eso. Después dos hileras de escritorios con gente que le da la espalda al jefe y que mira –lo que no quiere decir que atienda– hacia el mostrador, que es un hueco con una tabla para apoyar en una pared de madera con una puerta lateral. En la puerta dice: ramo número tal, mercadería cual.

Hay que esperar a que alguno mire y ahí se hace un gesto, se señala, se indica casi sin palabras que se espera poder hablar con Liliana.

A Liliana se le pide que atienda cuando no hay otra manera o cuando hay cambios profundos de normativa. El sùmmum es tener el celular, el teléfono o mejor el handy, así se le avisa que uno va a ir y Liliana dice “sí” o dice “no”. Cada tres jueves –¿o el tercer jueves del mes?, Ele a veces se confunde– Liliana no viene porque se va a hacer color.

Liliana ya vio todo, pero espera a que le avisen, si se da por enterada sin que le avisen es porque el que llegó es muy amigo o el problema es muy grande.

Está siempre impecable, muy impecable, pelo, manos, ropa, joyas, zapatos y a la vista atrás de ella su bolso, siempre nuevo, siempre del color correspondiente, espléndido.

Cuando cumplió 50 la acababan de ascender de subjefa a jefa y estaba medio rellenita, menopausia temprana, y se hizo auriculoterapia, pero se lo mostraba a las clientas mujeres y amigas, cambió el corte de pelo para taparse las orejas. Al final terminó bajando un poco con láser. Sabe que la belleza se la dan el poder y su milagrosa lapicera, que salva vidas o las manda al

infierno.

Ele se había hecho íntima cuando la ayudó a armar el primer viaje a Nueva York con el Gordo, al que nunca conoció, pero que es su marido eterno. Ele la ayudó con los hoteles y los vuelos, Rodolfo lo pagó y Liliana firmó y firmó. Decía “yes”. No quiso saber nada cuando le dijeron que no era necesario hablar inglés, que había muchos latinos por toda la ciudad, los martes después de almorzar se iba a charlas con nativos en confiterías de Recoleta.

“Buenas tardes”, dijo Ele, en el tono justo. La onda de sonido llegó hasta la mesa de Liliana, suave. Liliana siguió escribiendo pero con la mano derecha con la palma hacia arriba hizo el gesto que Eleonora estaba esperando. Avanzó saludando por sus nombres a las que estaban en los escritorios inmediatos al de la jefa. Nacho ya sabía que él tenía que esperar del otro lado. Liliana se paró para saludar a la visita, mejor dicho se paró casi del todo, no dejó su sillón, le agarró el hombro a Ele, se dieron un beso feliz, estaba todo bien, eso era el marco de la cosa. Liliana dijo:

—Chicas, ¿quién tiene el giro del despacho 04 18 34456 A? No, no, no lo giré yo, a ¿quién se lo giro? Ahí te va a vos, Brenda.

La Brenda en cuestión se dio vuelta con una sonrisa de “sos terrible, Liliana”.

—Decile a tu chico que pase que Brendita le va a dar una liberación para que la vaya buscando; pasá, chiquito.

Y siguió en tono más bajo, para que solo la escuchara Eleonora

—Es hermoso ese pibe, tan serio, cuando viene solo se lo doy a distintas chicas, pero nada. Con los bagayos que vienen acá este es un lujo, una alegría a la vista, pero súper serio, ni el nombre le sabemos...

—Nacho, Ignacio. Es muy correcto.

—¿Siempre? No, te pido por favor, no me digas nada, no quiero obligarte a mentirme. Contame qué te trae por acá, me tenés súper abandonada, a Liliana se la viene a ver cuando no hay más remedio.

Mientras tanto Nacho entró, dijo buenas tardes, dejó la bolsa al costado de la silla donde estaba sentada Eleonora y fue hacia la mesa en la que le iban a dar el legajo para ir a otro sector.

—Lili, querida, tenés razón, nos tenemos que ver. Me llamó el jefe que viniera urgente, parece que hubo algún problemita en Terminal 5. Por supuesto que te traje algunas cositas para vos de la fábrica, están mal los

talles de mujer, vos seguís bajando, estás brutal. No revolees todo que en una de las bolsas hay una atención especial. Si no te anda decime qué local te queda cerca que aviso y pasás cuando quieras y te llevás algo lindo.

Liliana escuchaba y no escuchaba, estaba buscando el problemita. Preguntó:

—¿Quién verifica hoy por el ramo en Terminal 5?

—Brítez o Corro.

—Con Corro no me hablo, esperá que lo handeo a Brítez.

—Siguen con los handys ustedes.

—Si me conseguís algo que no registre ni deje grabar como esto traémelo, yo para mí ni loca, pero acá no podemos salir del handy. Betito, ¿me escuchás? Soy Lili del ramo Mercería.

—...

—¿Cómo estás, pichón? Estoy con la gente de Horse que me vienen a ver porque están con un problemita ahí en la terminal, son amigos.

—...

—Ajá, pero no te entiendo, ¿es el BL o el packing el que refleja mal?

—...

—Beto, ¿me lo resolvés? Te van a ver a vos, ojo que va una dama, no te pases de vivo... Te debo una querido, lo de tu chico terminó todo bien, ¿no?

—...

—Bueno, venite mañana mismo que mi gordo le consigue algo, tiene que estar ocupado, te entiendo, te entiendo, venite o lo llamás directo al gordo que yo le aviso...

—...

—Tenés razón, acá no lo metas. Con el problemita que tiene, acá lo liquidan. Besito. —Mientras hablaba, Liliana no dejaba de mover su mano derecha ni un minuto. Con la lapicera hacía garabatos, rayitas, círculos, hasta perforar el papel—. Eleonora, tenés acá como resolverlo, yo no sé qué te dirán pero no coincide la documentación entre sí ni con la carga. ¿Quién es el despachante? Tengan cuidado. Si te lo armó para resolverlo él les va a salir caro, es un lío grande, hiciste bien en venir vos directamente. Andate ya que mañana sortean a los nuevos verificadores, te está esperando. Si no te dejan pasar llamame a mí. Ah, y si tenés que cambiar de despachante pedime que tengo uno de lo mejor, o sea es de lo peor, pero es súper simpático. Me vas a llamar y vamos a Piegari, donde quieras. Pero vamos solas, tantos años y casi

no nos vemos, sos pillá, lo que tendrás para contarme.

—Lili, ¡cómo te quiero! Me salvaste las papas, este despachante es nuevo, se cambió, te debería haber consultado a vos, pero viste que a mí me cae esto cuando ya explotó todo. Te quiero ver, seguro, mucho para contarte no tengo, pero charlemos, te quiero consultar algunas cosas.

—Mientras no sea de amor... yo, fiel a mi gordo, que parece un santo, parece... Andá a saber lo que hace cuando viaja por ahí con los socios. Ah, una cosita más, traele algo a las chicas también. Mandalo con Nachito, así nos recreamos la vista.

Nacho ya estaba de espaldas a la oficina mirando por la ventana que daba al patio central.

—Nacho, a Terminal 5. Volando. ¿Lo viste alguna vez al despachante nuevo?

—Fui a llevarle documentación a la oficina, que es por acá cerca, el día que fui estaba ahí el marido de la niña Sole, se ve que son amigos.

—Nacho, si no fueras tan bueno pensaría que sos tonto, al polista le va todo, vos tené cuidado —dijo Ele, y se alejó taconeando, alegre.

Nacho estaba decidido, una vez que terminaran con este trámite iría al hotel a confirmar la salida de Manuel con Cande. Cuántas cosas.

Capítulo 13

Ele se había quedado pensando en que después de todo había sido solo un susto, que parecía que se había resuelto. No se lo había dicho a nadie, pero por un momento había tenido una de esas pesadillas que se tienen estando despierto, que son las peores, y había pensado que al llegar no iba a estar Lili, que habría gente distinta, que el lugar sería diferente. Después de todo había habido cambios en tantos lugares, reemplazos de gestiones, despidos. La premisa que ella misma había amasado a lo largo de los cambios de gobierno tenía una base cierta: la Aduana era una caja tan grande que no era fácil de tocar sin sangre, sin ruido, sin escándalo.

También era cierto que cuando Lili pedía una cita afuera era un código para hablar, por supuesto que nadie las iba a ver comiendo en un restaurant como esos a los que los empresarios de los sectores más pesados de la industria iban a cerrar apuestas. Cuando Liliana decía eso lo que quería decir era: “Llamame al handy fuera de hora que hay cambios”. Que los cambios los informara la misma Lili era tranquilizador, significaba que ella seguía.

Ele lo había entendido después de una charla con Rodolfo, él le había dicho:

—¿No te llama la atención que acá cualquiera sabe quiénes son los ministros, los jueces más mediáticos, los diputados o senadores más conocidos? Desconfiá de los operadores sin cargo, de los no conocidos, no es un dato quién es el administrador de Aduana.

En esa misma charla le explicó que funcionaba como caja política. La puso al tanto de por qué había tan pocas denuncias de contrabando de bienes, como si lo único que entrara de contrabando fuera droga. Eso sí, cada tanto y con una frecuencia vinculada a conveniencias de otro orden aparecía algo en los diarios, entonces mencionaban a los ministros de seguridad, o a los gendarmes, y hasta ponían el nombre del perro que había olido el alijo, pero

de la Aduana no daban nombres.

Ele esa vez entendió dos cosas. Por qué ningún importador denunciaba Rodolfo se lo explicó corto: pasar de importador a contrabandista es a veces como cruzar de vereda buscando la sombra en verano. Ni hablar de que no había ningún importador nacional que hiciera todo bien, que pudiera decir con tranquilidad que sus contenedores y la documentación respaldatoria pasaban todos los análisis. El que no ponía menos en los papeles y más en el tacho, mentía en la posición arancelaria: camión por camisa, para hombre o para mujer –el lado donde están puestos los botones define esto y paga distintos derechos–, en la composición de los textiles y químicos –poliéster se puede, algodón no se puede. Cuando un verificador saca el encendedor es el momento de arreglar: el tiempo y el olor en que se queman las fibras del algodón y del poliéster son distintos, bien distintos. Hay que verlo, es una escena de lanzamiento de cuchillos de circo, de partir la partenaire por la mitad, sin redoble de tambor.

La otra cosa que entendió Eleonora fue que la Aduana recauda para la corona y que el silencio es un bien muy cotizado.

Una secta.

Esa misma tarde, después de las cinco, la llamaría para que la pusiera al tanto de los cambios. Que le explicara por qué había poco movimiento, disculparse por haber puesto a un despachante nuevo sin consultar o que le indicara cómo eran las tarifas nuevas. Las tarifas para el “todo bien” eran: diez por ciento para recuperar el importe retenido por la diferencia de valor –este era su caso, el caso de Horse–; treinta por ciento si estabas flojo de papeles, si te podían abrir el contenedor ante una apretada de arriba; y un valor en dólares si no había documentación de ningún tipo, ni dibujada. En chiste decían: ni armas ni drogas. Si se pagaba ese valor había que traer mercadería de alto precio en el mercado para poder recuperar el costo. Ele ya sabía que el tacho de cuarenta pies había pasado a ciento cincuenta mil dólares con el nuevo gobierno. En un high cube de cuarenta pies entraban unas cuarenta y ocho mil camisas. Revoleó unas cuentas en la calculadora del teléfono y le daba que al costo en China tenía que sumarle cincuenta pesos, una bicoca, su marca lo soportaba perfectamente. Llegaban con la etiqueta de Industria Argentina y todo.

Iba pensando, mientras sonreía, en cómo explicarle todo eso a Manuel. Nacho la alcanzó y para llamarle la atención le puso la mano en el hombro y

le dijo:

—Ahora tengo que ir al hotel a cerrar la salida de Manuel de hoy a la noche, ¿vos qué hacés? ¿No estás cansada? Me dieron ganas de dormir una siesta...

—Humm, sí, pero en el hotel. Despachalo a Manuel y nos quedamos ahí, así mientras tanto, entre una cosa y otra, hago unas llamadas, lo tranquilizo a Rodolfo y arreglamos lo de Rosario. ¿Es Rosario Rosario o me vas a llevar a Pueblo Esther?

—¿En el hotel? ¿Te parece? Yo por vos lo digo.

—No tengo que darle explicaciones a nadie y hay una habitación con reserva abierta por si la necesitamos para una reunión. Yo la dispongo.

Ele lo tomó del brazo y caminaron así la media cuadra que faltaba para llegar al estacionamiento.

—¿Cómo sabías que era Pueblo Esther?

Capítulo 14

Nacho no esperaba respuesta, pero Ele le contestó con una sonrisa que iba desde los ojos hasta los labios.

Segundos después sonó el teléfono y sin siquiera mirar la pantalla Nacho ya supo que era Manuel. Con esa ansiedad de alta presencia Manuel le dijo que si lo esperaba en el hotel o que cómo hacía. Nacho le dijo:

—Estoy yendo para allá, pero ya sé que vos a mí no me querés ver, querés ver a mi prima. Dejame que la llamo ahora y cuando llego te tengo todo arreglado.

Ele había pagado el ticket del estacionamiento y Nacho vio cómo anotaba algo, unos números, y lo guardaba en el bolsillo de su agenda Moleskine, negra, hermosa, junto con otros tickets, pocos, solo los de esa semana. Eleonora pasaba los gastos.

Mientras tanto Nacho llamó a Cande:

—Hola ¿cómo estás? ¿A qué hora querés ir hoy?

—...—Vos te vas a dar cuenta enseguida lo que quiere hacer, pero te pido que lo canses un poco primero. Llevalo a comer, a bailar.

—...

—Sí, sí, en el hotel buscalo. Yo le dejo el auto, la habitación es la 607. ¿Cuánto te dejo?

—...—Paga la empresa, Cande, ahora no... decime cuánto y listo, es más fácil.

—...

—Despreocupate, te los va a dar él, ya veo cómo. Y gracias. Que no se te enamore, no es para vos.

—...—Ufff, de todo eso hace tanto. Un beso grande. Y gracias.

Eleonora también estaba hablando por teléfono con el despachante, avisándole que lo esperaba en la Terminal 5 antes de que cerrasen, que ella se

encargaba del señor Rodolfo. El despachante le confirmó que estaba desde la mañana en la Terminal 5, sin comer, al sol y muy nervioso.

Ele cortó. Llamó a Rodolfo por handy y le confirmó que entre hoy y mañana quedaba el contenedor liberado a despacho. Lo que decía Rodolfo Nacho no lo escuchaba (Eleonora nunca usaba el handy abierto), pero vio que Ele contestaba sonriente con un “gracias, gracias”.

—Nachito, ¿te acordás dónde queda la Terminal 5? A la altura del Patio Bullrich pero al borde del agua, nos queda bárbaro, ahí terminamos.

—Nunca vamos a las terminales nosotros, la empresa, digo. ¿Por qué será?

—Si los despachantes hacen las cosas bien ni a la Aduana y mucho menos a las terminales deberíamos ir. Aparecemos cuando las papas queman o cuando nos cuentan que hay un problema enorme y acá enorme es igual a costoso y queremos revisar si es cierto. Ahora con el nuevo gobierno hasta que ajusten todo, hasta que lo adapten al plan de ellos, tenemos que estar atentos.

—Viste, Ele, que vos y yo también a veces hablamos como si Horse fuera nuestra empresa.

—Sí, es cierto, Nacho. Son tantos años, tantas cosas que pasan. Lo que pasa también es que nos confundimos, todo está preparado para que nos confundamos: cuando hay problemas la empresa es como si fuera nuestra y nuestros los problemas, en cambio los dividendos no... Las penas son de nosotros, las vaquitas son ajenas. En algún lado necesitamos sentirnos importantes, imprescindibles.

A esta altura, acababan de pasar la terminal de Buquebus. Ele le acariciaba la nuca y no parecía pensar en nada.

Ni bien pasaron Retiro tomaron la diagonal que los llevaba a la zona portuaria y Eleonora llamó por handy al despachante para que avisara que la esperaran y para que la fueran a buscar a la puerta, si no el ingreso siempre demoraba.

Ya eran casi las cuatro de la tarde y quedaba poco tiempo. Ahora, desde el cambio de gobierno, parecía que los horarios se cumplían un poco más, pero después de las cinco –aunque salieran a las seis– ya se ponían en pausa. No dejaba de ser una forma de tratar los problemas que cuando hay plata de por medio la gente tiene más apuro.

El que los fue a buscar a la puerta de la terminal era el polista-marido que se había acreditado más temprano. Casi sin engolar la voz les dijo que el despachante lo había llamado a él primero, porque había pensado que era

parte de su trabajo la Aduana, que él hizo lo que pudo, pero que cuando le preguntó a Rodo –así dijo: “Rodo”–, la orden fue clarísima: que él se corriera y que se llamase a Eleonora.

Después se enredó en una explicación con frases como: “que yo no deje lo mío”, “que la Aduana es una cuestión muy específica”, “que no haga nada sin avisar”, “que ya bastante tengo con lo mío”.

Una vez que estacionaron el auto y bajaron Eleonora se las ingenió para decirle a Nacho al oído “lo mío...”.

El despachante por poco lo tenía agarrado de la mano al verificador para que no se le fuera. Suspiró teatralmente cuando la vio a Eleonora e intentó presentarla, pero Ele se adelantó y dándole primero la mano y no pudiendo evitar el beso que le dio el verificador, dijo:

—Corro, querido, ¡cuánto tiempo! Pensé que lo iba a ver a Beto Brítez.

—Beto me avisó que Lili lo había llamado, viste cómo son las cosas acá, un día somos todos hermanos y otro día te dan un sello más grande y te olvidás, a la larga te olvidás... Si yo te contara, cuando Lili estuvo en el destierro, al sótano de legales la mandaron... ah, ¿supiste? Bueno, como ella sabía que esa factura no se la iba a comer sola, que iba a volver, fue haciendo una lista de los que la iban a ver a esa cueva.

—Fui, casi siempre que tuve que ir por algo pasé a verla. Lloraba, impecable como siempre, pero lloraba.

—Bueno, por eso te digo, ella sabía que si bancaba el temporal volvía con honores, y así fue. Yo quedé fuera de la lista, mi vieja primero, mi viejo después, justo me separé, vos la conocés a Gaby que está en el ramo de Lili, de ella me separé y fue medio a los tiros. Lili, te imaginarás, le avisa a todo el mundo que conmigo no se habla.

—¿Gaby? ¿La de rulos? ¡Es una piba, Corro!

—Y sí, linda piba, pero medio rayada. Y no te olvides de que yo era un capo-capo, no un verificador raso como ahora.

—Para mí es una suerte que estés acá, pero ¿qué pasó?

—Y, viste que te daban el cargo, te daban la firma, te daban la plata, pero el expediente no lo firmaba nadie, así que ahora somos lo que somos en los papeles. A mí me vino bien, salir a tomar aire. Entre los nuevos algún viejo conocido va a haber, y qué sé yo, ya me jubilo y listo...

—Esperá, Corro, ¿cuántos años hace que uno decía “Me lo dijo Corro” y era la llave que abría todas las puertas?

—Bueno, ahora las únicas puertas son las de los contenedores. Acá, mirá: contenedores y el agua. La oficina que tenemos es un asco pero en cuanto empiece el frío la vamos a preparar un poco. Ya me contó Beto el tema tuyo, acá te anoto lo que necesito que me traigas, aunque sea fotocopia. Que se lean bien, te pido, no borroneadas, vos ya sabés.

Mientras hablaban la iba llevando para el lado del contenedor que estaba abierto. Ele hizo un gesto que todos entendieron y se quedaron quietos donde estaban. Cuando estuvieron solos y lejos, Corro le dijo:

—No podés tener ese despachante, una empresa como la de ustedes. Para ser elegantes te digo que no tiene experiencia, por lo menos en esto... je, je. ¿Qué límite tenés para resolverlo ya? Me lo traés mañana. Con Beto decíamos que por ser ustedes y porque venís vos un treinta por ciento del FOB.

—A un veinte llego sin consultarlo, para el treinta perdemos otro día más.

—Hacemos así, un veinticinco: veintitrés, para nosotros y dos para vos.

Eleonora sabía que eso no se rechaza pero que se blanquea. Le dijo:

—Dejame hacer un intento así lo cerramos hoy; y mañana al mediodía, si no vengo yo, te lo trae Nacho, mi compañero.

Se alejó y lo llamó a Rodolfo por handy.

—Por 23 lo sacamos mañana.

—...

—Mañana al mediodía. ¿Cuándo volvés?

—...

—Para nada, no te necesito para nada. Lo cierro, ok.

—...

Se acercó de nuevo al contenedor y se quedó parada esperando a Corro, que estaba charlando con los tres muchachos —el despachante, Nacho y Gusty, el polista— de algo que los divertía.

—Hecho. Mañana al mediodía tené preparada la liberación, no te digo a primera hora por las fotocopias.

Le dio un beso a Corro que pareció olerla o suspirar.

Le dijo al despachante:

—Te mando un mail en un rato con lo que tenés que tener fotocopiado mañana a primera hora. A las nueve lo pasamos a buscar por tu oficina.

—¿Te lo puedo mandar por mail? Estoy muerto, mañana abrimos a las diez.

—A las diez, en papel. Lo retiro yo o va Nacho. Gustavo, no lo llames a

Rodolfo, ya hablé yo. Si él te llama, decíle que está todo ok, que hable conmigo.

Gusty y el despachante se quedaron en la playa, que estaba desolada a esa hora. Corro volvió con un portafolio que había ido a buscar a la oficina y se subió a su auto, no cero kilómetro pero todavía notable. Ele y Nacho se fueron en el auto de la empresa.

Ni bien subieron, Ele dijo:

—¿Quién es esa amiga que lo saca a pasear a Manuel hoy?

—Ufff, una amiga de mi hermana de Rosario que cuando vino a Buenos Aires, hace como diez años, paró en mi casa hasta que se ubicó acá.

—Ubicó... entiendo. ¿Y qué hace?

—Siempre estudia algo... es buena gente.

—¿Trabaja?

—Sí, de esto trabaja, Ele. En una época que no tenía trabajo, que yo no tenía trabajo, paré en el departamento de ella. Pero todo bien, ella quiere una vida que yo ni me imagino.

Dejaron el auto en el lavadero de una estación de servicio grande sobre Avenida del Libertador y se tomaron un café mientras lo lavaban. Ele pidió también un tostado y el café bien grande.

—Qué horrible el olor a río, a puerto —dijo ella.

—El olor a río te acostumbrás. El olor a puerto es olor a máquina, a grasa. A mí me gusta, es olor a trabajo.

Nacho le llenó el tanque al auto, pidió el ticket y le preguntó a Ele qué le anotaba ella arriba. Eleonora se rio y le dijo:

—Es la cuenta contable, lo hago sin pensar, es para que lo imputen y me lo paguen rápido. Me las sé de memoria, después te paso las dos o tres que vos usás. Dame ese que lo cobro yo, tomá la plata.

Llegaron al hotel. Apostaban a que Manuel iba a estar en el hall esperándolos, pero no. Se separaron y fueron al mostrador a que los atendieran dos empleados distintos. Eleonora pidió la llave de la habitación de la empresa, que no era una habitación fija sino una disponibilidad permanente. Pidió entonces con vista al parque, en un piso bien alto y con hidros, no más.

Nacho llamó a la habitación de Manuel, que lo atendió al instante:

—¿Nacho? Me dijeron de la empresa y pensé que era Don Rodolfo. ¿Qué hago?

—Te espero en el bar.

A punto de entrar al ascensor Ele le dijo:

—Once cero tres.

Nacho buscó en el bar semivacío una mesa que diera al parque y cuando estaba llamando al mozo se le sentó enfrente Manuel.

—Nacho, dime qué está pasando, para qué me han hecho venir.

—¿Qué tomás, Manuel?

—Un licuado de plátano. No, mejor no, que me da flatos. Una lágrima o como le digan aquí a un pocillo pequeño de leche con unas gotas de café.

Nacho pidió:

—Una lágrima y un licuado de banana con leche.

Sabía que tenía que tranquilizar a Manuel.

—Manuel, te cuento cómo viene la cosa. Enfrente está el auto limpio y con el tanque lleno. Mi prima Cande ya tiene el número de tu habitación, ella te pasa a buscar, vive cerca. Conoce muy bien Buenos Aires, andá tranquilo adonde ella te diga. El señor Rodolfo no sé si ha vuelto de su viaje, ya se comunicará. Falta que veas parte de la confección y ahí sí, de números y decisiones vas a hablar con él. Para el próximo fin de semana estás de vuelta con todo resuelto.

—Nacho, eres un amigo, me tranquilizas. ¿No vienes con nosotros? Con tu prima y conmigo, digo. Ella tendrá alguna amiga para que salgamos los cuatro.

—Estoy muerto, Manolo. Estuve todo el día en la Aduana con un tema.

—¿Ves? Ahí me hubiera gustado ir a mí, me han dicho que es una de las más complejas del mundo. Será por los cereales, ¿no?

—No hubieras aprendido nada, es muy particular. Cuidala a Cande, mirá que yo la quiero mucho.

—Cuidarla... cuidarla, tu sabés... Si es como me has dicho no me hago cargo de lo que pase, de lo que haga... ni de lo que me haga.

Esto último lo dijo casi a los gritos, casi de pie.

Nacho le pidió que esperara que iba a recepción a buscar un sobre.

Volvió con el sobre abierto, levantó la solapa y le mostró a Manuel que había dinero, dólares, cinco billetes de cien.

—Manuel, ya arreglé con Cande que te va a pedir que le des estos dólares que le debo a ella desde hace un montón de tiempo, no te olvides.

—Faltaba más. Pero no la dejaré gastar nada, es mi invitada.

Capítulo 15

Nacho terminó su licuado y se tanteó los bolsillos, aunque sabía perfectamente dónde estaba lo que estaba buscando. Sacó las llaves del auto y se las dio a Manuel, que le dirigió una mirada de espanto y le dijo:

—¿He traído mi carné? ¿Lo traje? Dime que lo he traído... dime que si tengo el carné español no necesito nada más.

—Manuel, en la gaveta están todos los papeles del auto y mi registro. Tené unos pesos a manos por las dudas y listo, pero tranquilo. Si no, dejás el auto y me avisás mañana dónde esta y yo lo busco. Andá yendo a la habitación que Cande estará llegando en un rato, es puntual, una profesional.

—No me has dicho que hace, ¿una profesional? ¿Abogada?

—Que te cuente ella, Manuel, andá a ponerte lindo.

Lo único que quería era que Manuel se fuera, que desapareciera, para poder subir a la habitación 1103. Iba a llamar a Pueblo Esther desde la habitación, si Ele escuchaba que iba a ir ya quedaba comprometido, no como las otras veces que había amagado y después no había sido capaz.

Llegó al lobby y vio que Manuel no estaba pero que Cande llegaba caminando despacio. Una duda que no supo cómo manejar lo dejó clavado en el piso. Si ella lo había visto, no había generado ningún gesto que la delatase. Tenía anteojos de sol, casi innecesarios a esa hora.

Mientras la veía venir, Nacho se acordó de unas divertidas lecciones que ella le había dado cuando se veían más seguido, cuando habían vivido en el mismo lugar. Ahí había aprendido que se puede leer cómo es una persona por el modo en que se viste, al menos una primera impresión.

Cande estaba vestida de oscuro pero no de negro. Grises, lacres, todo muy sutil. Tenía medias negras y unos stiletos de cóctel. Cruzó la calle adoquinada como si estuviera descalza, cero tambaleo. El largo de la pollera tubo era exacto: donde empieza la rodilla. La tela no brillaba a pesar de que la

última resolana la alcanzaba suave. El brillo delataba el poliéster y el nylon, fibras poco elegantes, aunque hay brillos y brillos: la seda brilla, pero lo hace con una luz como cuajada, discreta.

Tenía puesto un abrigo corto, liviano, línea A, desprendido. Abajo había algo blanco, off white, blanco sucio, no blanco óptico, que es el de los guardapolvos recién comprados y antes de la primera lavada.

El pelo con un color con matices, ni corto ni largo. Sonreía apenas, ya lo había visto. Se sacó los anteojos de sol antes de entrar, los guardó en el sobre de cuero del mismo color negro de los zapatos y entró. Lo saludó con un abrazo, intenso a nivel del pecho, con muy poco movimiento de manos y sin palabras.

Ese perfume.

—Gracias, Cande, no sabía cómo resolverlo.

—Ahora lo hago bajar y lo veo, en una de esas yo te tengo que agradecer a vos.

—Es un plomo, no es mala persona.

—No me digas nada más, la verdad no me interesa. ¿Tomamos un café antes?

—Pero sí, disculpame, acá mismo si querés. El auto mío está enfrente.

—Tu auto no, por favor. Vamos a dejar que tome alcohol y si no conoce es un peligro que maneje, yo tampoco manejo acá. Ya pedí un auto para las nueve.

Se sentaron en la misma mesa que habían ocupado un rato antes Nacho y Manuel. Pidieron cafés.

—Estás lindo, Nacho, ¿estás bien?

—Sí, más o menos como siempre. En unos días voy a ver a mi hermana.

—Analía, un montón de tiempo sin saber nada, ¿todo sigue igual? ¿Te acordás que estuvimos por ir y nos dijo que venía ella? No vino, seguro.

—No, no vino. No anda bien, mis viejos no van tampoco, pero bueno, alguien tiene que hacer algo, es tan joven todavía.

—Mi edad tiene, meses me lleva. No es que yo sea la felicidad andando, pero mis despelotes son míos, mis alegrías son mías.

—Nos tenemos que ver, te llamo y nos vemos.

—Siempre nos decimos lo mismo. Ya ni nos lo creemos. ¿Vos ya te vas?

—Me quedo un rato terminando unas cosas en una oficina que la empresa tiene acá, en el hotel.

—Nacho, Nacho, a veces te extraño, pero quedate tranquilo que solo a veces y como se extraña a un hermano.

—Si eso a vos te tranquiliza, está bien. Yo también te quiero mucho, Cande. Ah, escuchame, ¿conocés a alguien en la Aduana?

—Sí, Nacho. Nunca me acuerdo qué cargo tiene, pero tiene un cargo alto, tan alto que no lo veo hace unos dos meses, la última vez que hablamos por teléfono me dijo que estaba cambiando todo, que si venían así las cosas él se iba y ponía una consultora, lo que me dijo fue: “Se acabó la joda”. Seguro que ya se armará la joda nueva. Pero decime si necesitás algo, busco...

Algo vibró adentro de la cartera de Cande. Ella la abrió, sacó el teléfono y atendió. Era el auto, que estaba a tres minutos.

—Siempre están a tres minutos, todo está a tres minutos.

—Cande, te dejo. Subo así no me lo cruzo a Manuel, que es tan nabo que me va a querer llevar con ustedes...

—Yo voy llamando a la habitación, no quiero tener que subir a buscarlo.

Estas últimas frases se dijeron cargadas de chispas, de sonrisitas. Lo único serio fue el abrazo de despedida, casi más intenso que el anterior, fuerte a la altura del pecho de los dos.

Ese perfume.

Capítulo 16

Nacho llamó uno de los ascensores. Mientras esperaba miró la calle, la plaza de enfrente. Era esa hora rara en que empieza a oscurecer, esa hora triste, donde lo que hace más ruido son las máquinas, los autos, los teléfonos, donde parece que se hace en silencio el balance de un día más.

Llegó el ascensor. Esperó que salieran los que venían bajando, todos con buen olor y bien dispuestos, sonrientes, iban a esa noche brillante y servil que a él le había sido siempre esquiva.

Entró a la habitación y Ele estaba cruzada en la cama, en bata, jugando con el cinturón y hablando por celular. En silencio fue dejando su propio teléfono después de haberle quitado el volumen. Se sacó los zapatos, sacó todo lo que tenía en los bolsillos y lo dejó en cámara lenta para no hacer ruido, como en puntas de pie. Se sonrió al darse cuenta de que esa manera de moverse era una forma de pedir permiso.

Ele hablaba con una voz pausada, sin ningún tono organizador, la voz acorde a la posición de desnudez casi total y con un hombre que la podía estar mirando, con un hombre tan cerca.

Dijo, seguramente para que Nacho supiera:

—Rodolfo, por supuesto que por cada día me tomaré dos, ya sé que será muy interesante, muy, pero te repito ¿por qué no mandás al jefe de producto y al contador?

—...

—Bueno, si no confiás para que vayan a unas jornadas en nombre de tu empresa ¿cómo es que los dejás manejar tu empresa? Deberías ir vos con ellos, yo ahí no pinto nada. ¿Como qué me pensás acreditar? Mirá que la categoría “mano derecha” no va, eh.

—...

—Hagamos una cosa, reenvíame el mail y veo qué te propongo, si armo un

grupo y voy. ¿Dónde estás ahora, seguís en Montevideo, ya te fuiste a Punta, estás en Brasil?

—...

—Je, je, ¿explicaciones? No, jamás. Después de todo me estás llamando fuera de horario laboral, vos me habilitás. En serio, creo que más allá de preparar lo que vamos a decir en estas jornadas de la coyuntura textil en la región, o algo así era el título, ¿no?, creo que tenemos que revisar qué quiere hacer el nuevo gobierno con el sector, y con todo en realidad. No me digas dónde estás ni con quién, decime cuándo volvés.

—...

—Ok, si llegás antes del lunes hay tiempo. Mandame el mail, yo voy juntando información y para el martes o miércoles hacemos una buena reunión de trabajo. Te paso todo en limpio por correo.

—...

—Quedemos así. Cualquier urgencia hablamos. Chau.

Ele se paró y se terminó de quitar la bata. Nacho salía del baño, lo ayudó a desvestirse y le dijo:

—Vení, Nacho, lavémonos, limpiémonos por favor.

Después de esa larga y agotadora ducha amorosa, después de un baño con mucha espuma que decidieron seguir y terminar en la cama, sin hablarlo, sin que ninguno indicara nada, solo el acople de los cuerpos haciendo todo, ya cansados y con las bocas reseca riéndose eligieron comida para que les trajeran a la habitación.

También riéndose jugaron a pedir los platos más caros y después cambiarlos porque no tenían idea de lo que eran. ¿Qué sabor tendrá el erizo?

Cuando les trajeron la comida ya habían tomado varias bebidas del frigobar, aguas Evian, jugos con gustos que después del primer trago era inevitable leer la etiqueta para saber de qué se trataba. Chicos en Disney.

A carcajadas se dieron cuenta de que no podían abrir la puerta desnudos. Ele buscó en su billetera para la propina, se puso la bata, abrió, recibió la bandeja que dejó con un solo giro en una mesa de arrime, firmó y le dio los dos billetes al botones.

La bandeja estaba tapada con una campana metálica que era parte del show. Al levantarla despacio —esas cosas no se hacen rápido si no hay certeza de lo que viene abajo— y después de retirar y colocar en una mesa más grande los cubiertos, las servilletas de tela y la panera husmearon e hicieron girar los

platos para apropiárselos. Ele no tardó nada, Nacho un poco más, comieron con las batas puestas, con vino y despacio.

Mientras se robaban bocados de los platos, Ele le dijo a un Nacho hambriento:

—Rodolfo quiere que vaya a unas jornadas sobre la situación del sector textil para ver el impacto de las medidas del nuevo gobierno. Me parece que están a medio organizar y me quiere adosar eso también. Son el mes que viene, no hay mucho tiempo. Él vendría para salir en la foto.

—¿Van a hacer reclamos o es para saber nomás?

—Eso te lo digo cuando vea la convocatoria. Creo que están viendo si la movida nueva los favorece o tienen que salir a cuidar el espacio.

—Vos sabés de eso Ele.

—Qué sé yo, yo sé lo que sé. Lo que no sé es mostrarlo en dibujitos, tampoco sé cómo se pide o se exige arriba.

Nacho, que casi había terminado, dijo:

—Igual te digo que comer esto todos los días, con tanto firulete, es un embole, comés más con los ojos. Acordate que vamos a ir a Rosario, a Pueblo Esther, no puede esperar más, tendríamos que ir antes de eso que te pidió Rodolfo.

—Sí, igual eso es un fin de semana, ¿no? Este fin de semana vamos, pasado mañana.

—¿Y qué hacemos con Manuel? ¿Tengo que avisar que vamos? ¿O mejor no? ¿Vos qué decís?

Eleonora no dijo nada. Sabía siempre qué decir y hacer, pero cerró los ojos e hizo unos ejercicios de respiración. Después de mirarla un rato sosteniéndose la cabeza con las dos manos, Nacho se fue quedando dormido.

Se despertaron matrimonialmente acomodados en la cama y por un sollozo de Eleonora, que estaba teniendo una pesadilla. Nacho la abrazó medio dormido, sin pensarlo. Ele lo tranquilizó y le dijo que había soñado con su madre.

Bajaron a desayunar sin haberlo ni siquiera puesto en palabras. Eso de comer en la cama de un hotel era un hábito incómodo para ellos. Era temprano, el mismo horario de ir a trabajar.

Cuando Nacho volvió a la mesa con una panera con tostadas y dos cuchillos de untar en las manos, Ele ya estaba hablando por teléfono. No se escuchaba nada de la conversación, ella era de las que hablan por teléfono susurrando,

su entrecejo tenso era lo que marcaba el tono. Nacho se volvió a parar a buscar jugo, prefería no estar ahí, dio unas vueltas y cuando vio que ella se paraba e iba a la mesa en la que se servía el café la alcanzó, le puso su mano a la altura de los omóplatos y notó que ella se estremecía y volcaba la cabeza sobre el hombro para el lado que estaba Nacho.

—Ya está, ya avisé que voy, por si necesitan que lleve algo.

—¿A quién le avisaste? ¿A Rodolfo? ¿Que vas a la charla?

—No, a mi hermana. Me dijo que de mí no necesitan nada. No me van a pedir nada. Ya veré qué les llevo.

—¿Tu hermana tiene hijos? Llévalos regalos a los nenes.

—Y remedios a mi mamá y a mi tía.

—¿Tu papá?

—Ufff, durante el viaje te cuento, ahora ya murió. Nos dejó pagando tantas veces. Tantas veces soñé que se había muerto, tantas veces... que cuando nos enteramos que esa vez sí era cierto ni lo lloré, ni lo lloramos, bah. Casi un alivio, cuidarlo de viejo hubiera sido terrible. Pero bueno, le dije a mi hermana que solo voy a pasar, que no me quedo ni una noche. Después vemos, vamos viendo.

—Sí, Pueblo Esther está ahí nomás. Después de todo vamos a estar dos días, una noche, la del sábado, a no ser que nos quedemos la noche del domingo y salgamos de vuelta el lunes a la mañana. ¿Vos avisás a la oficina?

—¿Avisar qué? Es el fin de semana, y si el lunes llegamos más tarde yo lo manejo.

—Bueno, listo, yo mañana a la tarde preparo el auto. Tengo que comprar un termo nuevo —pero esto último Nacho se lo dijo a sí mismo.

Ele cebándole mate. ¿Ella tomaría amargo también? Era uno de esos deseos chicos que disparan medias sonrisas, lindas. Es como cuando uno es chico y desea que no llueva, que no llueva, que no llueva la tarde del sábado.

Estaban con la segunda taza de café. Se dieron cuenta de que después del café con leche los dos necesitaban un café solo. Sonó el teléfono de Nacho. Era Manuel, medio dormido y feliz, susurrando a los gritos que avisara que no iba a estar disponible hasta el lunes.

Nacho lo nombró para poner en tema a Eleonora y pícaramente le preguntó dónde estaba, con quién estaba, y qué iba a hacer hasta el lunes.

—Tu prima, tu amiga, Candelaria, un sol. La hemos pasado de maravilla, la estamos pasando. Ella me ha dicho que acomoda unas cosas en su agenda y

se puede quedar conmigo hasta el lunes, al Tigre me llevará. ¿Tu qué crees? Me dice de ir en un tren. Ya le he dicho de alquilar un coche, pero me pongo en sus manos, como ella se ha puesto en las mías, Nacho. ¿Crees que será posible que disponga de estos días para mí? Por supuesto que si Don Rodolfo me necesita, me avisa o me avisas tú y suspendo por unas horas los paseos, y voy donde me digan, no quiero que piensen que no tendrán mi aporte, mi opinión.

—Tranquilo, Manuel, vamos a intentar arreglarnos sin vos. La semana que viene hay reuniones para organizar unas jornadas del sector donde creo que participarás, y ya después será cuestión de que te sientes con el dueño de la empresa a definir los planes. ¿Cande me podrá atender?

—Cande está volviendo del tiolet, te la paso. Mientras pediré el desayuno al cuarto.

—Hola, Cande, ¿cómo estás?

De sonido ambiente se empezó a escuchar a Manuel haciendo ostentación de la lectura de toda la carta del room service, completa. Pudieron hablar tranquilos.

—Nacho, querido. Tenía un congreso donde iba a ir con unas colegas pero me mandaron un mensaje con los valores y me parece que me interesa más quedarme con este tema. ¿Puede ser que crea en el amor a primera vista? ¿Puede ser? Quiere salir a pasear, yo lo saco y me quedo. ¿Cómo hago? No quiero tener que hablar de esto con vos, pero no sé qué le dijiste.

—Cande, fijate. Él va a pagar todo, ahora consulto y te digo, me hacés un favor a mi si me lo sacás de encima. Mañana me voy a ver a mi hermana.

—Te lo saco de encima a vos y me lo hecho encima mío, es medio plomo. ¡Al fin vas a ir! En algún momento pensé que te iba a acompañar. Pero yo no pinto nada, tenés que ir solo, se puede poner heavy, tu cuñado digo...

—Sí, no sé con qué me encuentro. La que me cuenta algo a veces, cuando la encuentro llorando, es mi vieja.

—Ya sabés, Nacho, si Analía se quiere venir que cuente con mi casa, con las limitaciones que yo tengo, pero fuimos muy amigas, decile que yo la quiero mucho. Si no se viene, podemos ir nosotros después, ¿no? En otro viaje que hagas.

—Vamos viendo, Cande. Estoy contento de viajar.

—Te dejo, Nacho, que aquí Manuel necesita saber con urgencia cómo quiero el huevo poché.

Mientras Nacho hablaba con Cande, Eleonora se había parado, había alisado su falda y estaba en el vestíbulo del hotel leyendo un diario de economía.

Ese entrecejo.

Nacho se sentó en el brazo del sillón y puso su mano nuevamente apenas debajo de la nuca. Ele respondió con un estremecimiento imperceptible, dejó el diario y cerró los ojos.

Ese era el punto.

Capítulo 17

Ya de regreso en la habitación, Nacho sintió que la respiración de Ele se hacía más tranquila y con un ritmo que pasaba cualquier control de segundero deportivo. Sin quererlo, él empezó a respirar igual. Sintió que los hombros se alejaban de sus orejas y tomó nota de que un nudito de contractura se resistía a ceder.

No le sacó la mano de la nuca. Con el índice moviéndose como un limpiaparabrisas, le acariciaba el pelo.

Ele dejaba que su cabeza cediera y bajase lentamente.

En una inspiración profunda, en el quiebre inmediato anterior a la expiración, ella se paró y sacó de su bolso su computadora blanca chica del trabajo.

Se conectó a la red del hotel.

Nacho irguió altísima la cabeza para salir del estado de gloriosa pereza y dijo:

—¿Te busco la clave?

—La tengo guardada, no es la primera vez que la empresa me invita. O, mejor dicho, que me cuelo a la fiesta.

El ceño de Nacho se trabó y se destrabó enseguida. Entendió.

—Me quedo más tranquilo, pensé que era el único que hacía trampa. Cande, yo... podemos entrar y salir. Tenemos una ventaja sobre muchos que no pueden salir de su mundo.

—Querido, nosotros tres lo podemos hacer, ir y venir. Si supieras cuántos hay que no es que no pueden salir de este lado de la vía, sino que vendieron su alma al diablo para olvidarse que arrancaron del otro lado.

—Ele, deberíamos dejar algún misterio entre nosotros. Esto de ser tan claros me resulta incómodo.

—Reconozco que me sorprende. Vos me sorprendés. Te las vas a tener que

ingeniar para seguir.

Esto último lo empezó a decir cuando Nacho ya la desvestía y ella desvestía a Nacho. Se rieron mucho, era ese momento espléndido de bondad, belleza y tensión; de futuro atado.

El viernes a la mañana, todavía en la cama, se pusieron a mirar cómo llegar desde Rosario a Pueblo Esther. ¿Irían primero a Rosario? Eleonora dijo que se iban ya. Se paró y, desnuda pero cruzando las piernas como si tuviera puestos sus tacos más altos, llamó a la oficina y le avisó a Fredy que se iba a Pergamino, que se había olvidado de que era el aniversario de la fábrica de un proveedor, que Nacho la llevaba, que cualquier cosa la llamaran o le mandaran mail, que no siempre hay buena señal.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho de Nacho y le dijo:

—Es cierto, hacemos una pasadita por Pergamino, el Parque Industrial está ahí nomás de ruta 8. Si salimos ya, almorzamos en la fiesta.

—¿Te parece, así, tan de sopetón? No compré regalos, nada. Plata tengo.

—Dame los comprobantes de gastos y yo te los pago y después los rindo yo. Una vez allá salimos a dar una vuelta y que se compren lo que quieran, que lo elijan.

En una hora y cuarto Nacho estaba pasando a buscar a Ele, que ya había avisado a la fábrica de cinturones de Pergamino que llegarían pasado el mediodía. Eran unos doscientos treinta kilómetros. Llegarían a eso da la una y media. Se iban a ahorrar los discursos del cura y del intendente, ya habría algún mamado esperando el asado.

Ele iba de elegante sport, mocasines de carpincho, un jean oscuro, camisa de la fábrica de la última colección de la línea Premium, cárdigan liviano, campera matelasse roja y un bolso de cuero indudable.

Nacho era la versión masculina, lindo.

—Parecemos Barbie y Ken, en versión sojera.

—No des ideas...

El auto estaba limpio, no hacía casi frío. No pusieron música porque iban charlando de la música que les gustaba y cuando encontraban alguna coincidencia se empecinaban en acordarse la letra y tararearla, como si se hubieran comprometido a ser lo más felices posibles, como si estuvieran ellos dos solos.

Llegaron un poco antes de lo previsto, giraron a la izquierda sobre la ruta. En la lista de la garita del Parque Industrial estaba, arriba de todo y agregado

a mano, el nombre de la empresa y al lado, entre paréntesis, el número dos.

Llegaron y alcanzaron a escuchar los aplausos de un discurso.

Había guirnaldas de las compradas, de las que se hacen en papel biblia de muchos colores y se usan en comuniones y cumpleaños de chicos. Un pasacalle de tela de bolsa plástica blanca pintado a mano con letras azules decía el nombre de la fábrica –que era el apellido de los dueños– y abajo “60 años” y al final, en rojo, “GRACIAS PERGAMINO”.

Eleonora encaró para el escenario por el costado. El movimiento que generó ese avance hizo que de la primera fila se parara un hombre joven, tercera generación del apellido del pasacalle, y con una expresión ampulosa fuera a buscarla. Mientras lo hacía iba llamando la atención del padre –segunda generación, estaba en el escenario– para mostrarle que era cierto, que los clientes que le daban más fama a su trabajo, los que hacían que las modelos más sofisticadas del momento aparecieran en las revistas de moda que estaban en las peluquerías del centro con los cinturones que ellos hacían, habían venido a su modesta celebración.

Eleonora recibió el saludo del hijo e hizo un gesto con la mano en respuesta al saludo del padre dueño. La madre del hijo, y mujer del dueño, le plantó dos besos y se sentó de tal manera que a su lado se quedara sentado Nacho. El hijo de la alegría subió al escenario y aprovechando que había una pausa entre el último orador y lo que seguía anunció la presencia de la marca que vestía a lo mejor del campo argentino y exportaba sus prendas y sus cinturones a Europa, Estados Unidos y Japón.

El locutor oficial –que era el dueño de la radio LT35 Radio Mon– solo quería seguir el orden del programa, que tenía unos veinte minutos de atraso, y cuando empezaron a decirle que iba a hablar la señorita de Buenos Aires se hizo el sordo y habilitó el ingreso al asado a la estaca que estaba a punto. Anunció así:

—Pergaminenses, celebremos como mejor sabemos hacerlo: ¡brindando por la prosperidad de esta empresa familiar que ha llevado a Pergamino al mundo! El asado nos espera, los chorizos, los chinchulines y la mar en coche. Además, acá me avisan que todavía se pueden anotar para la cuadrera de la tarde, que les harán prueba de alcoholismo antes de subir a los caballos. Y me confirman de la comisión organizadora, presidida por doña Nélica, que baile va a haber. Me piden que les diga: abájense de los alambrados que no están puestos para eso –y se tiró del escenario.

Eleonora miró a Nacho y los dos dijeron “llegamos justo”, muy bajito.

Casi sin darse cuenta estaban en el medio de un bandejeo frenético de empanadas fritas, todas de carne. Las paseaban los mozos vestidos de gauchos con bombachas de campo y botas y las chinas de blusas blancas y polleras de flores chicas estampadas. Nacho comió una, Ele hizo un gesto de stop con la mano y con una sonrisa suave pidió algo fresco para tomar.

El hijo de los dueños, que estaba pendiente, se acercó él mismo llevando una bandeja que era un bar portátil, de todo había. Eleonora pidió un agua tónica y le pasó a Nacho, que estaba haciendo malabares con el jugo que chorreaba de la empanada, un vaso de vino tinto. Sin sacarse la sonrisa le dijo:

—Si no es con esto te va a quedar la grasa hasta la noche en la boca. Yo manejo, tomá nomás, no tanto como para dormirte porque me vas a tener que ir hablando.

Enseguida los sentaron casi en la cabecera de la mesa. El dueño de la fábrica le preguntó con cuidado pícaro a Ele:

—Señorita Eleonora, ¿señorita o señora?

—Señorita, señorita; pero dígame Eleonora nomás.

—¿El señor es el contador de la firma?

—No, él es Ignacio Uzabiaga, persona de confianza del señor Rodolfo.

—Y suya también me imagino...

—Absolutamente. Es que usted no va casi nunca a la planta nuestra, si no lo habría visto, años hace que trabajamos juntos.

—Es cierto, casi no voy, pero a ningún lado voy, solo no me gusta y mi mujer es más vueltera, cuando no es una cosa es la otra, que una comunión, que un bautizo, nosotros somos muy de acá. Pero no va a faltar ocasión. ¡Brindemos por la alegría y el honor de que hayan venido! No me diga que se vuelven hoy mismo...

—Sí, salimos hoy mismo. Mañana tenemos un tema en Rosario.

—Pero qué macana. Ojo con los brindis, entonces, si se van a poner en la ruta sin descansar. Ignacio, ¿cómo va para Rosario? ¿Derecho nomás por la 32 y después engancha la 18 o van a hacerse una pasadita por San Nicolás a visitar a la virgen y entran por la 9? Digo, no sé si son creyentes, pero es algo tan lindo de ver...

Nacho estaba viendo su plato, que se lo habían ido llenando con chorizo, salchicha parrillera, chinchulín trenzado, molleja, riñoncito, ni le

preguntaban. Él se dio cuenta de que el gesto de stop con la mano abierta de Eleonora se lo entendían, pero una cosa era en una mujer y otra en un hombre, casi le parecía un desprecio. Solo lo usó cuando vio venir la tripa gorda y la morcilla, dos cosas que nunca había podido comer.

Le contestó al dueño:

—Depende la hora que salgamos, no queremos llegar de noche, hay gente que nos espera. Lindo San Nicolás, pero ya conocemos, en todo caso a la vuelta. Ahora vamos a entrar por la 32 y la 18.

Ele se dejó servir chorizo, morcilla y molleja. La señora del dueño andaba parada controlando que a nadie le faltase nada y habilitando los choripanes, indicando que en las paneras había pancitos de la medida justa y que la salsa criolla y el chimichurri las había hecho ella misma con ayuda de su hermana.

Nacho comió un poco y tomó un poco de vino pero sabía que en cualquier momento Ele levantaba campamento.

Así fue.

Con una elegancia terrible, cuando eran las cuatro y media de la tarde y faltando postre, café, sidra, champagne, baile y etc., Eleonora informó que había sido un honor inmenso, que lamentaba no poder quedarse más y que llevaría los saludos al señor Rodolfo, a la hija y al contador.

Nacho la escuchó pensando qué lindo que decía “me voy”.

Empezaron los apretones de mano. La señora ofreció un cafecito que Eleonora aceptó, lo quería solo, sin leche, ni crema, ni azúcar, ni sacarina, y que el otro solo apenas cortado. El otro era el de Nacho. Pidió que no se lo trajeran a la mesa, que la gente estaba comiendo, y fueron a tomarlo al mostrador de las bebidas de la carpa desde donde se distribuía todo.

El café estaba rico, habían hecho traer la máquina del bar del pueblo que iba a estar cerrado porque era la siesta y porque los clientes del bar estaban todos en el asado. Eleonora felicitó a la dueña, le dijo que se veía cómo se encargaba ella de todo, la mujer espantó el cumplido como se espanta a una mosca pero la sonrisa le inundaba la cara, la boca, los ojos, todo.

Para despedirlos les dio dos besos a cada uno y les dijo que los esperaba a la vuelta, pero de la alegría que tenía lo dijo.

Fueron saliendo hacia el auto y vieron que había mesas solo de jóvenes, mesas cercanas a la mesa principal donde habían estado ellos, lujosas y brillantes, y otras de pobres endomingados casi sobre el estacionamiento. En todas había algún borracho o en ese estado de permiso que da el hacerse el

borracho, con gente que lo festeja o que se avergüenza.

Eleonora sentenció:

—Todas las fiestas son iguales.

Naturalmente Nacho se sentó para conducir, Eleonora se sentó en el asiento del acompañante y le dijo:

—En la primera estación de servicio que veas cargamos nafta, vamos al baño y después manejo yo.

—Mirá que puedo, casi no tomé.

—Me gusta manejar en ruta, es en el único lugar donde me gusta manejar. Así me vas contando qué nos vamos a encontrar en Pueblo Esther. Me parece lo mejor que sigamos derecho hasta Rosario, durmamos ahí y vamos mañana, ¿te parece? Caer hoy a la noche es un lío.

—Sí, sí, es lo mejor. Al final yo ni llamé a mi hermana, le avisé a mi mamá que venía de pasada por un viaje del trabajo, si no me iba a pedir que la traiga. Seguro que si pudo, llamó a mi hermana.

—¿Cómo “si pudo”? ¿No se hablan?

—Y... Mirá, ahí hay una estación grande, por los baños digo. ¿A Rosario cuándo querés ir? A ver a tu familia digo.

—Vemos, depende, uf, es complicado también.

Cargaron nafta, se tomaron otro café, Ele compró unas golosinas y volvieron a la ruta. Manejaba Eleonora.

—Dale, Nacho Uzabiaga, contame quién es tu hermana.

—Mi hermana es lo de menos, tengo que arrancar antes. Mis viejos son los únicos que se fueron de Santa Fe a Buenos Aires. El resto de la familia creo que nunca salió de la provincia, mis primos ahora sí, pero conocieron de grandes, cuando empezaron a andar solos. Algunos primos con la cuestión de la semilla hicieron plata y llevaban a los hijos a Disney y cuando iban para salir de Ezeiza aprovechaban y se pegaban una vuelteita por Capital.

—Pero ¿cómo apareció tu hermana de vuelta acá?

—Nosotros veníamos los veranos a ver a mis abuelos, a mis tíos y sobre todo a mis primos. Los veranos de cuando éramos chicos eran bárbaros. Los bailes de carnaval, las idas al río, ver parir a los animales, todo era una fiesta. En uno de esos veranos mi hermana, que es dos años más grande que yo, empezó a paverse con un chico de Pueblo Esther.

—¿Cuántos años tenía ella?

—Estaba para cumplir los quince, ponele... chica. El pibe era un lindo pibe,

alto, jugaba al básquet, que acá se juega mucho.

—¿Pero era una cosa del verano, nomás? ¿Algo de vacaciones y listo?

—Eso parecía, pero no. Una vez de vuelta allá mi hermana se ligaba cada reto porque se la pasaba llamando por teléfono o la llamaba el pibe, Norberto se llama. Mi hermana se llama Analía. Tienen dos chicos, de siete y cinco. Hace un montón que no los veo. Altos como él son. Norberto la celaba un montón y cada dos por tres el caía sin avisarle, venía con el equipo de básquet y se le aparecía en el colegio a la salida.

—Nacho, está sonando mi teléfono, ¿lo sacás de mi cartera y me lo ponés en el manos libres? Hola, Rodolfo, ¿cómo va?

—Ele, querida, me saltó una alerta en el teléfono para que llame a los de la fábrica de Pergamino de los cinturones, llamé y me dijeron que habías estado en la fiesta con un tipo.

—Ay, ¡con un tipo! Con Nacho, no te dijeron “con un tipo”, son más buenos los de Pergamino.

—No, es verdad, cómo sabes todo vos. Pero me lo describieron y me dijeron que el contador no era. ¿En qué andás, Ele?

—En auto, Rodolfo, necesitaba salir un poco a tomar aire y Nacho venía a Rosario por un tema familiar.

—Tema familiar... me imagino que estás con el manos libres por el ruido que hace... Hola, Nacho, cuidala a Ele, pórtense bien. Ele, vos no me preguntes, yo me estoy portando de diez, el lunes todos a trabajar, sin disculpas, yo incluido.

—Hola, Rodolfo, la cuido, la cuido...

—Rodolfo, no te pregunto cómo te estás portando porque ya estás grande, pero ¿dónde estas?, ¿seguís en Montevideo?

—Sí, es tan linda ciudad. Los padres de Astrid son unos personajes, unos uruguayos zurdos divinos, viste que hasta los zurdos son divinos en Montevideo... La madre pinta, el padre analiza todo, “filosofea” dice él. Envidia les tengo: si hay, toman; si no, esperan que la visita traiga, geniales. Muy viajados, y volvieron al paisito por elección.

—Me dieron ganas de ir a Montevideo.

—Muy salidora estás, querida.

—Bueno, bueno, nos vemos el martes me parece, el lunes me lo tomo, días tengo seguro, ¿no?

—Pero sí. Lo único, estate comunicada por cualquier emergencia. Los de

Pergamino encantados, otro punto te anotaste, Ele.

—Ok, el martes vemos cómo cotizan los puntos —y cortó—. Bueno, se le aparecía y ¿qué pasaba?

—Analía estaba con sus amigas, con Cande, que a Norberto nunca le gustó. Él aparecía y la prepotaba adelante de todos. Las visitas en lugar de ser una alegría eran un despelote. Cuestión que el verano que ella termina el colegio y se iba de viaje de egresados a Bariloche, cae Norberto y dice que si no va él no hay viaje, ¡te imaginás! Mi viejo, que es más bueno que Lassie, empezó a los gritos, que la chica tenía padres, que había sido una buena alumna, que qué se creía. Al final Analía terminó diciendo que el viaje no le interesaba y que ya había arreglado que lo que había pagado se lo pasaba a un pibe medio poligrillo que no iba a ir porque no tenían un mango y que entre todos le iban a devolver la plata y que ella se iba a Pueblo Esther.

Llantos, portazos, llamadas por teléfono en voz baja. Yo me podría haber ido con E.T. que nadie se hubiera dado cuenta.

—¿E.T.? ¿De qué año me estás hablando?

—Sí, tenés razón, era el 98, 99. Bueno, como la película del pibe que se olvidan en la casa y se van de viaje.

—Ahí sí, E.T. es más viejo que yo, Nacho...

—Igual pasaba acá, no en Nueva York, acá en Buenos Aires y en Rosario. Mirá, ahora estamos a mitad de camino. Como dice Fito, Rosario siempre estuvo cerca. Conclusión: mi vieja nos lleva a los dos, a mi hermana y a mí, se queda unos días, las llena de recomendaciones a mis tías, habla con la familia de Norberto, que no eran trigo limpio, el padre andaba con camiones, todo medio raro. Era lindo tipo el padre también, de alguna colonia de polacos o austríacos, mis tías dicen “ustriacos”, no “austríacos”. También dicen que el club se llama “Al-lético”...

—No te vayas por las ramas, ya sé cómo dicen, mis tías son del borde sur de Rosario también.

—¿Tu mamá no?

—Era, ponele que ahora es de Rosario mismo, pero dale...

—¿Cómo termina el verano? Mi vieja se vuelve a Banfield y nos deja a nosotros a pasar el verano. Yo era chico pero no tan chico, y ahí estás todo el día en la calle. El Norberto este era cualquier cosa. Mi hermana lloraba día por medio y por supuesto empezó a aparecer con moretones, con rasguñones, llorando, siempre llorando. Al poco de volver, a finales de febrero, ella iba a

empezar la facultad, zaz, se pudre todo, embarazada.

—Me imagino tus viejos...

—Ni te imaginás, portazos, gritos, teléfono para acá, teléfono para allá. Mi vieja un día diciendo que se tenía que casar, al otro día diciendo que tenía derecho a decidir, mi viejo tranquilo, se fue para Pueblo Esther a hablar con el muchacho y con los padres, sin decirle nada a nadie. Yo, convertido en transparente...

—¿Cómo sin decirle nada a nadie? ¿A tu mamá, a tu hermana no les dijo?

—Él la adoraba a mi hermana, no sé qué estaría pensando, fue a pedir que la cuiden... como pedía Rodolfo recién.

—Uh, Rodolfo no es mi papá...

Nacho empezó a acariciarle la nuca a Ele que inmediatamente inclinó la cabeza hacia su lado y bajó un poco los brazos. También bajó la velocidad y puso las dos manos una al lado de la otra en la parte inferior del volante.

—Ufff, Ele, después sigo. Nunca hablo tanto. Contame vos ahora qué pasa con tu familia.

—Ahora, esperá, no me dan las cuentas, como a las viejas. Si me decís que tus sobrinos tienen siete y cinco años, y esto pasó en el 2000, ¿que pasó con el embarazo ese?

—Que no lo tuvo, que después de la visita de mi viejo a Pueblo, Norberto se vino al humo, la esperó a mi hermana y la fajó de tal manera que ella lo perdió. Él tenía contrato para ir a jugar afuera y no quería ningún bebe. Analía dijo que se cayó, que se la llevó por delante una bicicleta, pero eso no se lo tragó nadie. Al mes se fueron a Brasil por el contrato de él. Ella chau, carrera; chau, amigos; chau, familia, familia nosotros, porque la familia de él se fue entera con ellos. Mi vieja pedía que por lo menos se casaran.

A partir de ahí Nacho dejó de hablar. Ele buscó alguna música gauchita para el momento. Aunque nunca nadie más le hubiera seguido contado la historia de la hermana golpeada de Nacho, del cuñado golpeador de Nacho y de los dos sobrinos asustados de Nacho, Ele igual hubiera podido terminar de contarla ella sola.

Era de esas historias miserables de las que nadie quiere ser parte. Ideales para meter el índice hasta que le quede el olor a mierda, sobre todo cuando le pasan a otros tan parecidos que podrían espejarse medianera de por medio.

Urgencia por buscar rápido los siete errores en la foto.

Algo ha fallado ahí que en nuestra casita no falló.

Esas historias necesarias para que en la comparación nos tranquilicemos.

El esfuerzo de la vida. El esfuerzo de analizar el alrededor para percibirlo, para aprobarlo, para bendecirlo, para escandalizarse y complacer al escandalizador.

Ele entendió que necesitaban un café. Bajó la velocidad, ya había resolana. Si no veía una estación de servicio se metería al primer pueblo. Quería... quería café, quería no llegar muy tarde a Rosario, quería ir a comer cerca del río, quería un buen hotel donde pasar la noche, quería hacer el amor con Nacho, quería que hubiera dos camas grandes en la misma habitación para dormir sola, quería que la habitación tuviera una buena vista, quería desayunar desnuda, quería ducharse en poco rato.

Todo lo que quería lo podía tener.

No estaba obligada a hacer nada que no quisiera.

No quería tener que volver a calmar el vértigo.

Quería no tener que preguntarse qué quería hacer con su vida. Qué importancia podía tener que ella hiciera una u otra cosa con su vida.

Se iba a meter en el pueblo que estaba indicado en el próximo cartel de la ruta, la estación de servicio era un despacho de gasoil con gomería.

Nacho se desperezó, como quien se ha quedado dormido. Dijo:

—¿Llegamos? Ni cuenta me di. Me dormí, ¿no?

—Dormirte... no creo, relajaste. Es lindo que maneje otro. ¿Decís que ya llegamos? ¿A Rosario? Estaba buscando dónde tomar un café.

—El culo sur de Rosario, por acá ni se te ocurra.

—¿Es feo el café? ¿O nos puede pasar algo? ¿Qué nos van a robar? Oro no uso, el auto tiene seguro, la plata es poca, las tarjetas, los celulares son de Horse...

—No te hagas la viva que por acá hay cada nene más rápido que inmediatamente, ligero como mano de novio... y te puedo seguir con frases de payador. No pares hasta el centro.

—En el centro toda gente decente, nadie se queda con lo que no es suyo, ¿decís vos?

—Ele, me hacés reír. Si me dijiste que eras de por acá, ¿no sabes cómo es esto? Acá te matan por nada, en el centro ni te das cuenta y perdiste todo y encima firmaste vos de puño y letra.

—Pensé que al entrar a Rosario ibas a empezar a hablar sin la ese nomás, no que te me ibas a poner anarquista.

—¿Anarquista? Sería anarquista el hermano de mi abuelo que decía eso, entonces. Decía eso y hablando con el cura decía: “Me cago en la hostia”. Siempre tenía una historia para contar, mi abuela decía que en su afán de sacarte la preocupación se iba tan lejos que conseguía que pensaras que nada tenía importancia, que uno no tenía ninguna importancia.

—No está mal. Es una buena actitud.

—Vasco era. Vino de allá ingeniero, pero acá hizo de todo, zanjas, huertas, albañil, pintor. Apenas vi fotos de él, pero se ve que en la familia era necesario, como en todas, bah, tener un distinto. Mi papá me contaba. Me contaba que decía que había que saber leer y tener el coraje de escribir. “Guardar registro”, así decía. Decía un montón de cosas, pero no hablaba mucho. Se aseguró de que quedaran frases como de una lengua propia. Decía también que lo peor que puede pasar en una casa es que se acabe el arroz, que mientras haya arroz en esa casa habrá olores a comida hecha con tiempo. La frase quedó así, cuando una familia va para atrás, entre nosotros decimos: “Es una casa sin arroz”, y ya entendemos todos. Uno de mis primos decía que se ve que había algo que no estábamos entendiendo, que un anarquista no podía hablar, “reivindicar” decía, una comida familiar, que la familia no era un buen ejemplo de organización social para un anarquista, andá a saber si hablaba de una familia...

Ele estaba en estado de escucha pasiva. Un rato corto, como de cinco cuadras de talleres y casas encaramadas y sin terminar, estuvieron en silencio.

Pararon en un semáforo y Ele preguntó:

—¿De qué murió? Tu tío abuelo, ¿de qué murió?

—Murió soltero, en la casa de mis abuelos, era joven. Hice esa misma pregunta y mi abuelo me dijo, como para que no quiera saber nada más: “Murió joven, de cáncer en las carretillas”. Me imagino que sería cáncer de lengua, y se ponía un pedazo de la mejor carne de vaca del lado del dolor para que el cáncer comiera de ahí, para distraer al cáncer. No deberíamos haber parado por el semáforo. Nadie para.

Ele siguió antes de que el verde fuera pleno.

—Nacho, en el próximo semáforo en el que se pueda parar cambiamos y manejás vos. No sé dónde estoy. Me parece que vos sí sabés adónde hay que ir.

—Un poco más adelante. ¿Te sentís mal? Mirá que yo sé dónde estamos y para dónde quedan las cosas, lo que no sé es qué quiero hacer. No quiero

hacer nada.

—Está bueno de vez en cuando salir del refugio. Podemos jugar a que acá tampoco conocemos a nadie, que no nos conoce nadie.

—Yo conozco a un montón de gente por acá. Ah, vos decís jugar... y... para jugar a eso tendríamos que haber agarrado para otro lado...

—Ya es de noche. Busquemos dónde comer, dónde dormir, dónde bañarnos. Mañana vemos.

—Estoy tan cansado.

Capítulo 18

Los edificios habían empezado a aparecer unas cuadras antes. Las luces eran más, más altas, más por cuadra, más fuertes, no alcanzaban para ignorar que ya era de noche, todo lo contrario, hacían más notoria la noche.

Cuando vio un lugar para estacionar sobre la avenida Eleonora paró, bajó del auto, dio la vuelta por el frente, abrió la puerta del acompañante y casi lo empujó a Nacho al lugar del conductor. Nacho ajustó el asiento, giró la cabeza para mirar cómo enganchaba el cinturón de seguridad y sin saber cómo le dio el beso más apasionado del mundo a Eleonora, que sincronizó perfectamente la escena como si la hubiera ensayado y ensayado mil veces.

En el momento exacto se despegaron. Nacho subió apenas la música, abrió el semáforo y el auto, Nacho y Ele siguieron el viaje.

Entrá por Bulevar Oroño dijo Eleonora, es más seguro, te acordás de algún hotel?

—Nunca paré en ningún hotel en Rosario, veníamos de paseo desde Pueblo Esther pero nos volvíamos o en la chata o en micro, es acá nomas.

—Dejá que busco —mientras lo decía, ya estaba tecleando en el teléfono. Escuchó que Nacho le pedía:

—Que sea algo sencillo, Eleonora. Es una noche nomás.

—Ahí encontré, un apart, nos subimos algo de comer y ya no bajamos. Está a dos cuadras de Oroño, no para el lado del Monumento sino para el otro lado.

—Avisame cuándo doblo.

—Si no hay giro, doblá en San Luis a la derecha. Hacés dos hasta Moreno, por Moreno, tres...

—¿Paso Córdoba?

—Mirá como te acordás.

—Veníamos casi todos los días al centro. Conocí mucho más Rosario que

Buenos Aires de chico. Nos dejaban más venir solos, no sé si era la época o si se pensaban que la gente se conocía más, no sé, pero ni locos nos hubieran dejado ir de Banfield a Capital como nos dejaban venir a Rosario. Una vez acá dábamos la vuelta al perro a pata, íbamos al Monumento... Al final ya llegamos y vos que sos de acá no me contaste nada...

—No hay nada para contar, nada bueno seguro. No sé si tengo miedo o si mi familia me da vergüenza...

—¿Vergüenza porque son pobres?

—No, son pobres de malos que son, son mezquinos...

—Mirá que si querés vas sola a verlos. O te acompaño. O no vas nada. Lo que te sea más cómodo.

—Sí, lo voy a pensar y te voy a pedir ayuda, no sé pedir ayuda, voy a tratar, con esta cuestión sola no puedo.

—¿Qué hacen ellos, tu hermana, tu mamá, tus tías...? ¿Primos no tenés?

—Han tenido y ya no tienen, han sido y ya no son. Un tío viejo, tío abuelo sería, que era socialista, viste que Rosario es de ser muy socialista, decía que la familia —añorando lo que habían sido, que nunca lo supe bien, lo que habían sido, habrán andado en los negocios del puerto— no se acomodaba a trabajar de trabajadores, así decía, decía que eran medio lumpestrines, que estaban preparados para ganar, no para perder. No supe nunca qué hacer con todas esas palabras, había mucha pelea, mucha gente en la casa sin obligaciones de horarios. Ese mismo tío decía que, como los gringos, se creían que eran lindos, más lindos que los criollos, y que eso les daba derechos. Hay familias que hablan de trabajos, de ascensos, de títulos, de viajes; otras que hablan de enfermedades, de sufrires. En mi familia no se hablaban, se ladraban... mujeres hermosas amargándose sin poder casarse. A veces pienso eso, que han querido seguir viviendo de los conocidos, de la suerte. Muchas cosas que pasaban dependían del hilo tirante de la suerte, ellos ponían la belleza, la elegancia, la cultura, decían, que otros pongan el trabajo. Esto de que otros pongan el trabajo no lo decían pero me doy cuenta ahora de que era lo que esperaban. Tertulias hacían, mis abuelas declamaban, ¿sabés lo que es?

—Sí, recitar, ¿no?

—Sí, es cierto, también es recitar. Pero estas eran reuniones donde se decidían leyes, acuerdos, chanchullos. Cuando se pierde y ganan los otros, solo queda resentimiento y un reclamo a la bendita suerte. Familia de

jugadores, galanes, tenistas, rugbiers, que si hubiera tenido mejor... suerte, o si se hubieran venido a Buenos Aires, otro gallo cantaría, pero quién los conocía en Buenos Aires, ¡ahí hubieran tenido que trabajar! La única que se atrevió fui yo, y no me lo van a perdonar nunca. Prefieren creer que me dedico a algo turbio. Algo turbio, oportunista y sin largo aliento, un mientras tanto. No sé si me da el cuero para volver a escuchar, para estar sin escuchar, inventándome un ruido en la cabeza que no me deje oír lo que me dicen. Hablan del vino bueno que tomaron, no del vino que van a tomar. Mirá qué curioso, Rodolfo me dijo eso, hablándome de su propia familia. Es penoso vivir tratando de traer de nuevo a la boca el sabor de algo que pasó hace mucho. Quedarse agarrado de eso que es antiguo es como pensar que fue un error, que les tocó esa copa porque alguien se equivocó. Hay algo peor todavía: pensar que no van a volver a tomar por su propia cuenta vino del bueno, botella de tres cuartos, diría mi tío...

—Pero se ve que es un tema que lo tenés como pendiente. En una de esas te conviene ir cerrándolo, como si fuera una herida. Cuando las heridas quedan abiertas se embichan.

Sin dejarlo terminar la frase, Eleonora le dijo:

—¿Sabés qué pasa? Que con dolor, eh, con mucho dolor, decidí que no tenía ni un rasguño, que no me dolía nada, que no tenía que ver conmigo. Es el aire del río, es el color que tiene esta ciudad cuando atardece que me revuelve todo para atrás. No debería haber venido, o haber venido a acompañarte a vos nada más, no imaginarme una visita a tomar el té. No hay nadie que me espere con un té en esta ciudad. Uno se acomoda mejor cuando se cree que lo esperan en algún momento, en algún lugar, ¿no?

—Me hacés pensar mucho, Ele. Yo vivo convencido de que me esperan mi mamá, mi papá, hasta mi hermana, mirá, creo que me espera; y que me esperan con alegría.

—Esos esperadores son de tu vida de antes, lo difícil es amasar algo con alguien que te espere sin saber quién sos, mejor dicho, que te espera porque no sabe quién sos, ni le importa.

—Entonces hagamos así: no nos contemos más cosas, que encima nos entristecen, de antes para hoy. Arranquemos de nuevo.

Soltando la mano derecha del volante, Nacho la extendió para un saludo:

—Mucho gusto, Ignacio es mi nombre, pero me podés decir Nacho. ¿Tu nombre era?

—No, Nacho, mucha película lo tuyo, no funciona así.

De todas maneras Ele le agarró la mano y se la acarició despacio con las dos suyas. Después puso su palma izquierda contra la palma de Nacho, la dio vuelta y con su mano derecha le abrazó los dedos.

—Tenés la marca de sol de un anillo, Nacho, ¿lo perdiste?

—No, dejé de usarlo. Ah, pero no, no era de nada, de compromiso ni de nada. Era un anillo que daba vueltas por la familia. Se lo habían dado a mi hermana y ella en una de las pocas visitas de mis viejos se lo devolvió y quedó dando vueltas, con cuidado pero sin dueño, hasta que lo usé yo un tiempo. Ahora que me decís ni sé dónde lo guardé. ¿Vos no tenés anillos, Ele? Porque te he visto pero me parece que como adornos combinando con los colores de la ropa.

—Sí, me gustan grandes y de colores, uno solo, pero a la noche me los saco, no son anillos de dejarme puestos. Mi abuela tenía uno que era un hilito de oro y no se lo sacaba nunca jamás. Uh, tanto hablar pavadas nos pasamos. Tiene que ser en la cuadra que acabamos de pasar el apart. Estacionate que yo voy.

—Ele, esperá que doy la vuelta manzana, tenía cochera, ¿no te acordás? Así ya lo guardo y listo.

Eleonora se volvió a sentar. Mientras se volvía a abrochar en cinturón, mientras miraba cómo engancharlo, mientras el pelo le tapaba la cara por el movimiento, dijo:

—Listo, Nacho, en este viaje no voy a ver a nadie de mi familia. No me esperan. ¿Para qué? Si ni les confirmé. Les ahorro los inventos que se van a hacer para verme poco, no verme o equivocarse de hora o de lugar.

—A mí me da curiosidad conocerlos, me los imagino...

Eleonora lo interrumpió:

—Eso, mejor imaginátelos, imagínate lo que quieras. Para conocerme a mí no necesitás conocerlos a ellos. Son lo que te imaginás.

—Bueno, quedamos así. Si cambiás de idea y querés que te acompañe, vamos...

—No soy de cambiar de idea, Nacho. No soy de cambiar de idea.

—Cómo se va conociendo la gente. Para mí es un misterio, siempre hay una parte que queda escondida, oculta, no te las ves venir, tenés todo pensadito y se cruza algo y aparece la reacción inesperada.

—Tenés razón en eso. Es difícil saber, y la verdad es que ahí está la gracia,

la sorpresa. Paró acá nomas, el apart está enfrente, ¿lo ves? Yo bajo y pregunto todo.

Ni bien paró el auto junto al cordón, Ele bajó con esa manera tan suya, tan segura, tan firme, tan sabida, tan esperada y que tranquilizaba a los demás: ella se hacía cargo de las cuestiones. Nacho lamentó no ser un fumador, hubiera tenido algo que hacer mientras esperaba las indicaciones que vendrían. Se puso a buscar en la radio algo para escuchar, no música, alguien que le hablara con los giros del lugar, para sentirse menos sapo de otro pozo, más propio.

Cuando volvió del apart, Ele no entró al auto. Por la ventanilla le dijo que abriera el baúl para bajar los bolsos y le indicó cómo guardar el auto en la cochera, que estaba dando la vuelta a la manzana, en el fondo del apart.

En ese momento Nacho se sintió chiquito. Puso cara, gesto, y no hizo ninguna pregunta, no se dio cuenta de que estaba perdiendo la propiedad del viaje, su viaje. Frunció el ceño, no de enojo, de desconcierto. Los hombres de su casa, su padre, su abuelo, fruncían el entrecejo mientras pensaban qué hacer con una situación que no entendían o que esperaban que fuera distinta. El gesto les daba tiempo. Ya se los había explicado su tío el anarquista: resolver un problema no es un éxito, no es para andar brindando. Resolver un problema es solamente volver a poner las cosas como antes, volver al punto cero.

Pero Nacho no pensaba en todo eso, solo fruncía el ceño. La firmeza de Ele no le había dado lugar a plantear sus dudas, decir por ejemplo: “¿Y si dejamos el auto acá por si salimos a comer algo o a dar una vuelta? ¿O el lugar está bien y nos vamos a quedar ahí, ya viste la habitación?”. Entendió parte de la confusión, Ele lo estaba resolviendo como un trámite de los muchos que hacía todo el tiempo. De todas maneras dio la vuelta a manzana y encontró un portón de color indefinido entreabierto y con un hombre que lo sostenía, esperándolo, que empezó a mover los brazos como aspas para que pudiera entrar y estacionarlo en uno de los pocos lugares libres. Este mismo hombre sin decir palabra lo esperó a que cerrara el auto y lo guió hacia la recepción, pasando por al lado de la cocina. Nacho registró que la cocina estaba preparando el desayuno de la mañana siguiente, no la cena de esa noche. Ahí no habría cena. En la recepción un muchacho más o menos de su edad lo saludó, no le pidió ni datos ni documentos, lo que le confirmó que la dueña de la habitación era Eleonora, y siguió indicándole a ella que podían

pedir algo para comer de algún moto-mandado, que en la cocina del departamento tenían todo lo necesario, incluso una heladera con bebidas, o ir a comer afuera. A dos cuadras había varios restaurants de precios y menús variados.

Ele contestó que ya verían, levantó su bolso del piso, le alcanzó el otro a Nacho y preguntó por dónde iban a la habitación.

Giró y le dijo a Nacho que había pedido un piso alto y no al frente, por los ruidos, que necesitaban descansar.

Nacho contestó que estaba bien y para hacerse notar aunque sea un poco le preguntó al recepcionista por el horario del desayuno.

No los acompañó nadie. Ele tenía las llaves y su bolso, Nacho solo su bolso.

En el ascensor mantuvieron la mayor distancia posible, metiéndose en diagonal en los ángulos de la caja metálica. Subieron sin hablar, antes de que se cerrara la puerta el muchacho de la recepción había marcado el piso.

Nacho tuvo la certeza de que ahí se definía si era local o visitante. Se abrieron las puertas, salieron del ascensor. Nacho le sacó las suavemente las llaves a Eleonora, buscó el número de habitación, avanzó en esa dirección y la sintió caminar unos pasos detrás, guardando la misma distancia a lo largo del pasillo. Abrió la puerta, entró, dejó su bolso en un costado de la cama, abrió la heladera, sacó un agua, se sirvió un vaso, tomó un trago largo, lo volvió a llenar y le pasó el mismo vaso a Ele, que se tomó el resto con la misma sed. Ella se sacó los zapatos, se sacó la campera, la colgó en el armario, sacó su neceser del bolso, entró al baño, cerró la puerta, se escuchó enseguida que tiró la cadena, abrió la puerta pero no salió, abrió la ducha y la dejó correr un largo rato, cerró la ducha y casi enseguida salió envuelta en una toalla. No pudo pasar el umbral, Nacho ya desnudo le desenvolvió la toalla a Ele y suavemente la pegó a su cuerpo. Entraron a la bañera y dejaron que el agua los limpie.

El silencio era muy denso. Nacho la limpió como si ella no pudiera hacerlo sola. Ele inspiró por lo menos tres veces, corriendo la cabeza del agua y apoyando el mentón en el hombro de Nacho. Después expiró desde debajo del estómago, completando la limpieza. Distendió el cuello y dejó caer lágrimas de un sollozo muy viejo. Nacho estaba tranquilo, en cámara lenta, sin ningún apuro, con los ojos casi cerrados. El abrazo mutuo no tenía ninguna tensión, de ningún tipo, era casi una respuesta organizativa para que

el agua de la ducha los mojara a los dos, que la esperaban parados debajo. Ele recostaba la cabeza sobre su pecho. En el momento en que empezó a acariciarle la nuca, Nacho cerró la canilla, salió de la ducha, envolvió a Ele en una toalla grande y la ayudó a salir.

—Tengo mucha hambre y sed, también tengo sed. ¿Dónde dijo el pibe que había buen pescado? ¿Te acordás? Si no le preguntamos ahora al salir. Llevate algo de abrigo que refresca, no sé si te acordás...

Ele se secó y se acercó a secarlo a él, pero antes le preguntó:

—¿Querés que te seque?

Nacho estaba extrañado de sí mismo. Su hambre era enorme. Se vistieron haciéndose bromas y cosquillas. Se abrigaron y salieron a comer pescado en Rosario.

Escauriza era el lugar. Una parrilla de pescados de mar y de río en la costanera, cerca del puente, cerca de La Florida. Tomaron un taxi, el taxista era muy simpático. Iba escuchando música a todo volumen. Ni bien subieron estos dos pasajeros lo bajó para poder escucharlos hablar y por supuesto poder meterse en la conversación. Nacho y Ele hicieron el viaje reconociendo los lugares, confundidos, mezclando años y asombrándose de lo nuevo, que era nuevo para ellos, les aclaró el taxista. Pasadas dos cuadras del viaje Nacho hablaba como un nacido y criado en Rosario que nunca hubiese salido de ahí. Eleonora se lo hizo notar y Nacho lo tomó como un piropo. Se encargó de decirle que cuando venía de chico no le pasaba, al revés, le gustaba cuando le preguntaban de dónde era, descartando que no era de ahí.

En Buenos Aires se cuidaba de no comerse las eses, era más cómodo ser un propio en la gran ciudad. La gran ciudad... solo desde lejos se ve así. Estaba distraído pensando en eso cuando llegaron al restaurant. Pagó Nacho, escuchando la última recomendación del taxista sobre el menú. Eleonora mecánicamente pidió y guardó el ticket del viaje.

Tuvieron que esperar un poco para conseguir una mesa, era fin de semana y era un lugar lleno de familia endomingada.

Eleonora se puso a bajar mails en el teléfono mientras esperaban. No iba a tener muchos, después del viernes al mediodía habitualmente no tenía ninguno, por ahí uno descolgado de Rodolfo con algún tema pendiente para el lunes.

Tenía seis. Cuatro de propagandas, de ofertas. Uno del encuentro del sector que seguía trabajando contrarreloj y otro de Rodolfo que se ve que en un

momento de distracción le había reenviado el mail de la comisión textil sin darse cuenta de que ella estaba copiada. Lo releyó, no pudo abrir los adjuntos y no era lugar para ponerse a hacerlo. Volvió a mirar el de Rodolfo y se dio cuenta de que no importaba que ella estuviera copiada o no, Rodolfo le escribía reenviándole el mail pero agregando una orden: “Eleonora, yo no estaré disponible, pero quiero que estemos presentes, avisá en Pilar que vas a este encuentro y dale prioridad. Nuestra posición la tenés. Queremos que se bajen las importaciones y exportar lo más posible, con subsidios, y que nos dejen cobrar afuera y que nos devuelvan el IVA” etc., etc.

—La mesa ya está, Ele, vamos. ¿Problemas?

—Dale, vamos. No, para nada, trabajo.

—Ni me digas, es fin de semana...

—Para el lunes, después del fin de semana viene el lunes, para nosotros al menos.

Iban hacia la mesa esquivando chicos que ya habían comido el postre y corrían transpirados y potenciados por las proteínas y la gaseosa.

Cuando se sentaron, mientras esperaban el menú, Nacho le tomó la mano y poniéndose serio le dijo:

—Ele, del lunes hablemos el lunes. ¿Qué hacemos con este fin de semana?

—Nacho, querido, vos y yo sabemos que este fin de semana es un capricho. El lunes es una realidad. Pero bueno, tenés razón, ni bien nos traigan el vino vamos a brindar por esta maravillosa escapada. Es eso, Nacho, una escapada... y me parece que es tarde para que nos podamos escapar.

Capítulo 19

Diez días después, ya de vuelta en Buenos Aires, en sus casas, en sus trabajos, en sus casilleros, Ele y Nacho se saludaban en los pasillos con un delicado choque de palmas, algún beso en la mejilla y solo a veces una mirada cómplice.

El lunes a la mañana, cuando volvían de Rosario, manejó Nacho. Durante todo el viaje Ele trabajó con el celular, a veces en altavoz, a veces con auriculares.

Todo lo que Nacho escuchaba tenía que ver con las reuniones del sector, las nuevas medidas, protección, despidos, acuerdos, importación, valores de referencia, dólar, costo de oportunidad, tendencias. De moda no habló, solo de negocios.

En las distintas conversaciones la escuchó cambiar el tono de muy formal a una cercanía generacional y de frecuencia. Si hablaba con el que quería hablar directamente, era una; si tenía que pasar algún filtro, era otra. Nacho pensó que había un escalafón de tonos y hasta de volumen de voz.

En un momento Ele tiró la cabeza para atrás e hizo girar el cuello a un lado y a otro y después dos veces para cada lado, dio un giro completo y hubo unos crujiditos que la hicieron sonreír con los ojos cerrados. Nacho puso su mano en la nuca de Ele y ella no lo rechazó, pero desplazó la cabeza para el lado opuesto. Nacho no quitó la mano y Ele no abrió los ojos.

Unos kilómetros anduvieron así.

Ele dejó el teléfono y le contó a Nacho.

—Hay mucha preocupación por varias cosas. Algunos se quedan más tranquilos cuando varias cosas no funcionan y no es uno solo el problema. Cuando las crisis no son claras-claras, cuando se interpretan de distintos ángulos, parece que importan más los distintos análisis que el problema en sí mismo. La macana es cuando se profundiza y solo queda expuesto lo que ya

no tiene arreglo. ¿Me entendés, Nacho, o te aburre?

—Entiendo cómo me lo explicás, no sabía que sabías de economía y esas cosas.

Ele sonrió y hasta se le escapó un ruido de risa, un ja ja ja.

—Vos también sabés de economía, más de lo que te imaginás. Lo que pasa es que es cómodo para vos y todo que no entiendas, que te sorprendas cuando ya no tiene remedio. No nos explican pero tenemos olfato, la vemos venir.

—¿Cuándo es la reunión esa que están armando, y dónde es?

—Estamos viendo, pronto. La semana que viene no, la otra. Me imagino que en Buenos Aires. No sé si están en el momento que van a convocar a alguien de la Aduana, del Ministerio de Economía o ya se juntan para salir con los taponés de punta.

—Ah, vos decís que van a la guerra.

—Una guerra jodida. El enemigo es tan grande que no se hace cargo de la pelea. ¿Te imaginás los textiles argentinos contra todo China? ¿O contra el gobierno por la inflación, el valor del dólar, la baja en las ventas? Creo que van a enfocarse en ver cómo exportan casi todo ahora que la mano de obra les va a salir más barata.

—Me acordé de una profesora de historia que tuve, la Tausend. Ella decía, ya cerrando la clase: “el capitalismo es que el obrero no puede tener el bien que fabrica”. Ella lo decía mejor, seguro, eso es lo que me quedó. ¿Por qué empiezan la guerra cuando se les complica?

—Buena pregunta. Poné algo de música, bajito. Veo si me duermo un poco antes de llegar que a la tarde tengo que ir a Horse.

—Dale, igual falta una hora, una hora y cuarto para llegar.

—¿Llegar a dónde? Ni cuenta me di.

—A tu casa, te dejo en tu casa.

Capítulo 20

Pasaron unos cuarenta kilómetros y Ele, que no parecía dormida sino en relax, pegó un salto en su asiento y dijo:

—Manuel, ¿dónde estará Manuel? Me re olvidé de Manuel.

—¿Lo estabas soñando? –dijo Nacho con tono pícaro.

—¡No! Por unos días más no voy a soñar a nadie. Pobre Manuel. ¿Tengo su teléfono? Dame tu teléfono así me paso el contacto.

—Fijate que está en el bolsillo de mi campera.

Ele se desabrochó el cinturón de seguridad y buscó la campera, sacó el teléfono, se lo dio a Nacho y él le dijo:

—Buscalo. Lo tengo como Manuel España.

—Tenés un montón de llamadas perdidas de tu hermana.

—Fijate a qué hora me llamó.

—Desde que nos fuimos de la casa ayer que te llama. ¿La querés llamar ahora? Paramos.

—No, lo que vimos no se arregla con una llamada. La llamo después de hablar con mis viejos.

—Bueno, lo llamo a Manuel... Hola, Manuel...

—Cande, ¿eres tú? Me has dejado tirado tú también.

—Manuel, soy Eleonora, ¿estás en el hotel?

—Sí, Eleonora, ¿dónde quieres que esté? Esperando estoy.

—Ok, después de almorzar te pasará a buscar Nacho con instrucciones de llevarte a algún lado. No nos olvidamos, estamos a tu disposición.

—Os espero, y lo que me tengan que informar me lo informáis pronto, lo que sea.

—Tranquilo, Manuel, nos vemos luego.

Ele volvió a poner el teléfono en el bolsillo de la campera de Nacho. Se alisó el pelo. Bajó el espejo del auto y se miró, aflojó el entrecejo, levantó el

espejo, buscó en su cartera y se pasó brillo en los labios.

Se puso apenas de costado y tocando el brazo de Nacho le dijo:

—El gallego se avivó, le voy a pasar el tema a Rodolfo, no hay derecho. Por ahí cambian de planes y nos vamos todos para España a recibir la importación de Argentina hacia Europa.

—¿Te imaginás? ¿Vos te irías, Ele?

—Era un chiste, Nacho, pero quién te dice. Por ahí una vez más hay que salir de acá.

—¿Acá viene a ser Argentina?

Marta Lopetegui en 1955 en la Ciudad de Buenos Aires. Fue empleada bancaria, vivió en España y ahora trabaja en la industria textil. Publicó el libro de cuentos *La permanente y otros relatos* (Blatt & Ríos, 2015).

Lopetegui, Marta
Los plebeyos. - 1a ed. - Buenos Aires : Blatt &
Ríos, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4941-19-0

1. Novela. I. Título.
CDD A863

© 2019 Marta Lopetegui

© 2019 Blatt & Ríos

1ª edición: febrero de 2019

1ª edición digital: febrero de 2019

Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | www.jij.com.ar

Producción de eBook: Libresque

blatt-rios.com.ar

facebook.com/BlattRios

eISBN: 978-987-4941-19-0

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

Otros títulos de Blatt & Ríos disponibles en eBook

Los sueños no tienen copyright
Cecilia Pavón

Yo era una mujer casada
César Aira

Gracias
Pablo Katchadjian

Cuaderno nuevo
AA. VV. (Hebe Uhart comp.)

Un año sin amor
Pablo Pérez

Lo que la gente hace
Marina Yuszczuk

Se conoce que sí
Leticia Obeid

La cadena del desánimo
Pablo Katchadjian

Vikinga criolla
Lila Siegrist

Frío de Rusia
Ricardo Strafacce

Exposiciones
Daniel Link

Intercambio sobre una organización
Violeta Kesselman

Lobo rojo
Majo Moirón

Desierto dividido en centímetros por piedras
Cuqui

Más nunca
Adela Pantin

Taller Literario
Facundo R. Soto

Once Sur
Cecilia Pavón

Brandsen
Marcel Pla

A rebato
Emilio Jurado Naón

Crónicas Canallas
Santiago Llach

Nuevas crónicas
AA. VV. (Hebe Uhart comp.)

El gato tuvo la culpa
Hebe Uhart

Cerdos & Porteños
Osvaldo Baigorria

Paz o amor
Marina Mariasch

Artforum
César Aira

Hija boba y otras obras
Maruja Bustamante

Ojo por diente seguida de El chino que leía el diario en la fila del patíbulo
Ricardo Strafacce

Santoral
Acheli Panza

Destrucción total
Lila Siegrist

La poética del asunto
Federico Merea

Miss Tacuarembó
Dani Umpi

El gran misterio
César Aira

Avión
Eduardo Muslip

Las clases de Hebe Uhart
Liliana Villanueva

Los lugares
Elvio E. Gandolfo

Noche caliente

Lee Child

Sin segundo nombre

Lee Child

Florentina

Eduardo Muslip

En cualquier lado

Pablo Katchadjian

Luis Ernesto llega vivo

Fabián Casas

Memoria romana y otros relatos inéditos

Fogwill

El Quinquela

Edmundo López

blatt-rios.com.ar

blatt & rios